
DUKE DARE
LA DIOSA del DUQUE
ELIANA PIERS

La diosa del duque

Eliana Piers

Declaración de Copyright
La diosa del duque
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
Copyright © 2025 por Eliana Piers
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, salvo lo permitido por la ley de copyright de Estados Unidos. Para solicitudes de permiso, contactar con la autora.
Imagen de portada © Eliana Piers
Diseño de portada Copyright © 2025 Eliana Piers
Todos los derechos reservados.

ISBN ebook 978-1-83420-362-1

ISBN paperback 978-1-83420-363-8

ISBN audiobook 978-1-83420-364-5

Contents

Dedicatoria

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11

12. Capítulo 12

13. Capítulo 13

14. Capítulo 14

15. Capítulo 15

16. Capítulo 16

17. Capítulo 17

18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Epílogo

¡Gracias por leer!

Otros títulos de Eliana Piers

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi papá,

Eres una de las mejores personas que conozco.

Capítulo 1



—A veces el acto más valiente es simplemente ser una misma en un mundo que quiere que seas otra persona.

-Juana de Arco

Inglaterra, 1816

AUNQUE ERA CALLADA, era aguerrida. Lady Joan era la hermana tranquila, prudente y formal de un grupo de cuatro. Le resultaba fácil morderse la lengua y dejar que las demás vivieran su vida, afrontaran las consecuencias de sus propias decisiones y aprendieran de sus errores. Si le preguntaban, daba su opinión. Pero solo en situaciones extremas ofrecía consejos no solicitados. Le encantaba mostrar su apoyo con una palabra amable o un gesto. Pero ella era más que la callada del grupo. Había algo en lo más profundo de su ser… que se cocía a fuego lento. No es que ya lo hubiera reconocido. En ese momento, sentía que el mundo estaba (en su mayor parte) a su favor. Tenía una familia que la quería y tres

hermanas maravillosas, con las que estaba tomando el té en ese preciso instante.

—¿Estás emocionada, Bodi? —preguntó Mimi con estrellas en los ojos.

—Sí, Mimi. Estoy emocionada. Por quinta vez —dijo Bodi negando con la cabeza hacia la más joven, y Joan supo que aquella fingida exasperación era puro cariño.

—Es. Tu. Boda. Bodi —dijo, como si ninguna de las hermanas supiera de qué estaba hablando.

Las cuatro hermanas estaban sentadas en la cama de Boudicca, saboreando la última noche como cuatro solteras. Mañana Bodi se casaría y todo cambiaría. Por suerte, las hermanas lo celebraban, ya que Bodi iba a casarse con el hombre al que amaba, y todo por culpa de un reto. Un reto que a Joan le pesaba en el pecho. Casi tanto como le pesaría un elefante.

El reto del duque… ah… aquel pequeño, tonto y fastidioso acuerdo. Un acuerdo que la vinculaba a sus hermanas. Un acuerdo del que nunca se echaría atrás, pero si pudiera elegir, de verdad que retrocedería en el tiempo y dejaría que las otras tres lo llevaran a cabo, manteniéndose ella al margen. Se conformaba con observar. Incluso animarlas. ¿Pero participar activamente? Deseaba poder retractarse. Pero no lo haría. Les seguiría la corriente para mantener fuerte el vínculo entre ellas.

Pero aquella no era noche para lamentos, sino para la ilusión. Al día siguiente, una boda llena de alegría y calidez las envolvería a todas.

—Ya lo sé —Bodi miró a Mimi como para poner fin a las incesantes preguntas, pero entonces una sonrisa se le escapó de los labios—. Lo sé. Tienes razón. Y estoy encantada de casarme con el hombre que amo.

—Ooooh. De verdad que lo amas —bromeó Mimi.

—Ya sabíamos que lo amaba, Mimi —intervino Nobi.

—Todavía me sorprende que él me ame a mí —dijo Bodi con los ojos soñadores, un gesto muy impropio de su habitual pragmatismo.

—Pues claro que te ama. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Cómo no quererte? —preguntó Joan.

—Exacto. Eres un alma bella que esgrime el florete, roba campeonatos, crea negocios y que ha dejado de ser una solterona —sonrió Mimi, mostrando todos sus dientes.

—Por favor, dime que no les sonríes así a los caballeros, Mimi —la reprendió Bodi.

Mimi bufó. —¿Me riñes? ¿Después de decir todas esas cosas bonitas de ti? —se cruzó de brazos e hinchó el pecho. La dinámica entre la mayor y la menor estaba en pleno apogeo esa noche.

Y Joan ya podía predecir lo que Nobi —la pacificadora— iba a hacer.

—No es momento para ofenderse. Haz honor a tu nombre, Artemisia.

Mimi le sacó la lengua a Nobi, y Joan tuvo que reprimir una risita.

—Mañana será el mejor día de nuestras vidas. La primera de nosotras se casa. Centrémonos en eso —dijo Joan una vez que hubo controlado la risa.

—Me alegro de que estéis tan felices por mí. Vuestros mejores días están aún por llegar. El tuyo podría ser el siguiente, Joan —dijo Bodi mientras le apretaba el antebrazo.

—No estoy tan segura de eso —Joan bajó la mirada al suelo, siguiendo el dibujo de la alfombra de Aubusson. Quizá llegara el día en que tuviera que casarse… y nada menos que con un duque —por culpa del reto—, pero dudaba que fuera a encontrar el amor verdadero en esa aventura. Pero si tenía que aceptar un matrimonio sin amor para mantener a sus hermanas contentas, lo haría. Por supuesto, si pudiera casarse con un duque por amor, esa sería la primera opción. Pero no podía imaginarse que eso fuera a ocurrir. ¿Quién era ella para atraer la atención de un hombre poderoso? Era la tercera hermana, la callada, la que a menudo pasaba desapercibida. Era una mujer lo suficientemente excéntrica como para que algunos hablaran de ella, y no lo bastante escandalosa como para ser rechazada por la sociedad. Ir sobre seguro era su forma de moverse por la vida. Y este reto era de todo menos seguro…

—Espera —Mimi redirigió su ataque (aunque leve) hacia Nobi—. Debería ser el turno de Nobi, ¿no? Es la segunda mayor.

Nobi, nerviosa, intervino: —No hemos establecido un orden para cumplir los retos.

—Entonces, ¿por qué he sido yo la primera? —preguntó Bodi, incorporándose en la cama.

—¿Te estás quejando? —preguntó Mimi.

—No, es solo curiosidad.

—Bueno, es sencillo. Es porque eres nuestra líder. Te seguimos. Eres la mayor —respondió Nobi.

—En ese caso, tú deberías ser la siguiente, Nobi —Bodi señaló con firmeza a Zenobia.

—Bueno..., eeeh..., es decir... No estoy segura de ser la mejor candidata. —Un rubor flanqueó los tersos labios de Nobi mientras cogía un cojín de la cabecera de la cama. Abrazándolo contra el pecho, casi como si se escondiera detrás de él, parpadeó con fuerza un par de veces, a la espera.

—¿Por qué? —preguntó Mimi.

—Simplemente, no estoy preparada todavía. —Nobi apretó más fuerte el cojín. Retorció las esquinas en direcciones opuestas y Joan pensó que el cojín podría reventar. Aunque, entre el cojín y Nobi, no estaba segura de cuál explotaría primero, sobre todo porque Mimi no cejaba en sus preguntas.

—Voy a necesitar algo más que eso para darme por satisfecha. —Y para muestra, un botón.

Nobi se llevó las manos a la cara, aún agarrando el cojín, y por un segundo Joan pensó que podría romper a llorar.

—Es por Christopher. —Inspiró hondo—. No puedo plantarme sin más delante de mi mejor amigo y decirle que lo quiero.

—La verdad es que sí podrías.

Claro, eso tenía que decirlo Mimi. Era la descarada del grupo. Si quería decir algo, simplemente lo hacía. Quizás porque era la más joven y se reía ante la idea de las consecuencias.

—No puedo, Mimi. No es tan sencillo. ¿Y si dice que no? —Joan observó la tensión que se reflejaba en los ojos de Nobi. Tenía el

ceño fruncido. Los labios apretados. Y las arrugas de las comisuras de los ojos apuntaban hacia abajo.

—Bueno, no diría que no en respuesta a lo que acabas de decir. No es como si le fueras a decir —la voz de Mimi adoptó un tono agudo, casi burlón—: *«Oh, Chris, te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré»*. Y que entonces él simplemente respondiera —y su tono bajó una octava para una sola palabra—: *«No»*. No seas ridícula, Nobi.

—No estoy siendo ridícula, Mimi. La que lo es eres tú. Puede que él no sienta lo mismo, y entonces me quedaría destrozada. No puedo perderlo.

—¿Prefieres tenerlo como amigo que como amante? —insistió Mimi.

El rubor de las mejillas de Nobi se intensificó. —Sí.

Mimi se puso las manos en las caderas y fulminó a Nobi con la mirada. —¿Me estás diciendo ahora mismo que preferirías ser amiga de Chris, como mucho unos pocos años, hasta que se case con otra y entonces lo pierdas como amigo para siempre? —Levantó un dedo en el aire para cortar las protestas de Nobi—. ¿Y en todo ese corto tiempo, prefieres no haber tenido nunca intimidad con él? Ni una sola vez. Ni un solo beso.

—¡Mimi! —la regañó Bodi por segunda vez en lo que llevaban de reunión.

Mimi se volvió hacia su hermana mayor. —Bodi, soy la única dispuesta a decirle la verdad. A pintarle un panorama realista. Necesita saber lo que se perderá.

Con voz tímida, Nobi intervino: —Podríamos seguir siendo amigos.

—Puf. Nobi. Por favor, sé sincera con nosotras. Somos tus hermanas. —Mimi lanzó las manos al aire cuando Nobi permaneció en silencio—. Si no vas a ser sincera con nosotras, al menos sé sincera contigo misma. No puedes ser su amiga cuando se case y empiece a tener hijos. Es un buen hombre. Quienquiera que sea su esposa se convertirá en su mejor amiga. No habrá lugar en su vida para una mejor amiga que no sea de su familia.

Normalmente, Joan habría permitido que sus hermanas discutieran y llegaran a sus propias conclusiones, pero al ver las lágrimas asomando a los ojos de Nobi, tuvo que decir algo. —Ya has dicho lo que tenías que decir, Mimi. Deja que Zenobia lo piense ahora. Ya ha aceptado el reto, como todas nosotras. Quizás solo necesite más tiempo. —Entonces Joan se giró hacia su hermana y captó un leve asentimiento de Nobi.

—Pues eso significa que ahora te toca a ti, Joan —anunció Mimi.

Cierto. Aquello. ¿Por qué había aceptado otra vez el estúpido reto del duque? Ah, sí. Porque quería que todos a su alrededor fueran felices. Quería ver a sus hermanas triunfar en la vida. Conseguir a un duque. Ese parecía el mejor plan posible para cada una de ellas. Sobre todo porque aseguraba que Nobi por fin se arriesgara con Chris. Habría sido ideal que Nobi hubiera sido la primera. Pero de alguna manera habían convencido a Bodi para que las guiara. Ahora, lo más lógico era que Nobi tomara su turno. Así, si las otras hermanas (incluida ella) no llevaban a cabo el reto del duque, al menos el objetivo subyacente se habría cumplido.

Joan tenía sus propios objetivos que le preocupaban más, como el negocio clandestino que quería hacer crecer.

—Aunque estés buscando aumentar el número de encargos que recibes, tendrás que pasar un poco menos de tiempo forjando dagas y un poco más de tiempo forjando un plan para atrapar a un duque. Fue el reto que todas aceptamos —dijo Mimi. Y Joan no pudo evitar notar un deje de suficiencia en la pequeña.

—¿Y por qué no eres tú la siguiente, Mimi? —preguntó Joan.

—Soy demasiado joven —dijo Mimi, cruzándose de brazos.

—¿Y unas pocas semanas van a marcar la diferencia? —Joan no pudo evitar desafiarla. Podría ser la única pregunta que le comprara algo de tiempo.

—Solo podemos esperar que unas pocas semanas marquen la diferencia —murmuró Bodi.

—Te he oído —Mimi sacó la lengua.

—Esa era la intención.

—Tiene sentido que tú seas la siguiente en el reto del duque, Joan —viniendo de Nobi, Joan realmente no quería contradecirla.

Sí. Aquello. El maldito reto del duque.

—¿Tienes a alguien en mente? —preguntó Nobi esperanzada. Y Joan supo interpretar el ambiente. El lenguaje corporal. Bodi: los ojos expectantes. Nobi: los ojos inquisitivos. Mimi: los ojos desafiantes.

Cada hermana era diferente, aunque todas se llevaban bien. Cada una tenía sus propios talentos y sueños. Bodi iba por buen camino. Estaba a punto de inaugurar su academia de esgrima para señoritas. Los cotilleos seguían circulando, pero Bodi contaba con el apoyo de al menos cuatro duques (uno de ellos su futuro marido) con los que nadie se quería buscar problemas. Pero, más importante aún, había

encontrado el amor. Y Joan estaba bastante segura de que Bodi había sido la más escéptica de las cuatro. Nobi ya estaba enamorada. Y a Mimi le encantaba estar enamorada. Y Joan..., bueno, ella estaba abierta al amor. Solo que no tan centrada como Nobi. Ni tan resuelta como Mimi. Ni tan testaruda como Bodi.

—Bueno, ¿y tú? —volvió a preguntar Nobi.

Cierto. La pregunta. —Nadie en particular.

—¿Y qué me dices de uno de los amigos de Wes? ¿Uno de los «Compañeros de Apuestas»?

Mimi levantó la mano y sonrió. —Chris ya está pillado.

Joan soltó una risita. —Bueno, eran cuatro. —Levantó los dedos de la mano—. Wes está pillado. —Bajó un dedo—. Chris está pillado. —Bajó el segundo dedo—. Samuel es demasiado competitivo para mí. —Bajó el tercer dedo—. Así que queda James. El...

—... duque de Cornwell. Es guapísimo —interrumpió Mimi—. Pelo oscuro y espeso, ojos risueños.

Sí, eso era muy de Mimi. Era la primera en señalar la... virilidad... de un hombre.

—Es... —intentó Joan de nuevo.

—...tan alto. —Mimi tenía la mirada perdida.

—Es un conocido... —Seguro que al tercer intento conseguiría exponer su argumento de por qué no podía interesarse seriamente por James.

—...bromista. Y, aun así, parece lo bastante fuerte como para llevarme en volandas. —Joan tuvo que admitir que aquel hombre probablemente podría llevarse en volandas a cualquier mujer con un

simple guiño. Era peligroso, pero conocer el peligro ya era media batalla ganada.

—¿Estamos hablando de mí o de ti, Mimi? ¿Quieres ir a por James?

Mimi salió del trance en el que se había sumido. —No es para mí.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

Con toda naturalidad y una expresión impasible, dijo: —Es un calavera. Pensaba que ya lo sabías.

—Sí. Bueno... —Exacto. Era imposible que Joan, la hermana tranquila, serena, formal y habitualmente ignorada, pudiera tener el más mínimo interés en un mujeriego temerario e imprudente que no quería sentar la cabeza. Nunca. Ningún interés en absoluto. Ni una pizca. Nada.

Capítulo 2



«El coraje no es la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él». - Juana de Arco

EL VIENTO AZOTANDO el pelo de James. El atronador galope de los cascos sobre el campo abierto. La fuerza del caballo bajo él.

Eso era lo que hacía que James se sintiera vivo. El subidón. La temeridad.

Estaba echando una carrera con sus amigos. Es decir, si se podía llamar carrera a la insalvable ventaja que les sacaba a los otros tres. A esas alturas, no tenían ninguna posibilidad. Lo supieron en cuanto sugirió una carrera de caballos. Pero, como de costumbre, aceptaron de todos modos. James sería el claro vencedor, y Samuel y Wes competirían por el segundo puesto, que ellos consideraban el primero, ya que James siempre ganaba y, por lo tanto, no contaba. Chris iba a la zaga, varios cuerpos por detrás.

Siempre que James montaba, y lo hacía a menudo, cabalgaba rápido y con brío. Ni muerto lo habrían visto sobre algo que no fuera

el semental más rápido.

James echó un rápido vistazo por encima del hombro. La carrera terminaría en tres..., dos..., uno. Frenó a Indra con un suave toque y un ligero gesto de las riendas. Podía cabalgar con brío y a toda velocidad, pero era la sutileza personificada a la hora de guiar a un caballo.

—He ganado —gritó Wes, mientras James tenía que contenerse para no rebatir esa afirmación. Era inútil intentar convencer a esos dos de su victoria.

—No es verdad —protestó Samuel. Y su réplica habría sonado petulante de no haberla murmurado con tono condescendiente. Se echó el pelo hacia atrás con ambas manos, sin siquiera dedicarle a Wes una mirada de reojo.

—Te sacaba kilómetros de ventaja, Sam.

Para entonces, Chris los había alcanzado con expresión indiferente. El hombre era el menos competitivo de todos, pero aun así se apuntaba a una buena apuesta. E incluso a algunas malas.

—Claro. ¿Así que esa baba de la boca de tu caballo no me ha caído en los guantes? —se mofó Sam.

—Exacto. Iba por delante de ti. Lo acabas de admitir. —Wes no parecía dispuesto a rendirse.

—Claro, duque. Quédate con la victoria. Parece que la necesitas —dijo Sam, mientras recogía las riendas con una mano.

—No necesito ninguna victoria. Me caso mañana. Con esa victoria tengo para toda la vida.

Sam y James soltaron una carcajada, y Sam le dio a James un codazo con los nudillos. —¿Cuándo se ha vuelto tan

empalagosamente romántico?

—Demasiado pronto —dijo James—. Va a romper a los Colegas de las Apuestas.

—El matrimonio no nos afectará en absoluto.

—Ya lo ha hecho, Wes —dijo Sam.

Wes se mofó de una forma que no era claramente una mofa. Fue más bien una tos. Y una risa. Con una especie de zumbido.

—¿Puedo recordarte el torneo de esgrima? —Sam enarcó una ceja.

—¿Qué pasa con eso? —lo desafió Wes, aunque los cuatro sabían que no tenía dónde agarrarse.

—¿Cuando dejaste que tu mujer se enfrentara a mí?

—No era mi mujer.

—Pura semántica, Wes. De verdad. Dejaste que esa tipa se infiltrara en nuestro sagrado y viril torneo. —Sam ya estaba en pleno modo de burla. James pudo ver el destello de diversión y picardía en sus ojos.

—No la llames así —retumbó la voz de Wes por el campo desierto.

—Bueno, bueno —dijo Sam, sabiendo cuándo aplacar a la bestia—. Dejamos que ganara el torneo…

El gruñido de Wes hizo que Sam reformulara su frase. —Dejamos que *se quedara* con la victoria. Pero, en serio, espero que no pienses invitarla a la partida de piquet de esta noche.

James resopló una carcajada y trató de disimularla cuando Wes lo fulminó con la mirada.

—Pero tiene razón —dijo James, señalando a Sam—. Prefiero no ver a ninguna mujer esta noche mientras jugamos a las cartas.

—¿Mujeres o damas? —terció Chris, que solía ser el más callado.

—Ninguna de las dos cosas —rio James—. O ambas.

—¿En serio? —Los tres se volvieron para mirarlo, probablemente cuestionando su cordura. O quizá su capacidad para tomar decisiones—. ¿Te sientes superlibertino hoy?

James ignoró el comentario de Sam y se volvió hacia Wes. —¿Hemos hecho la carrera, que obviamente era mi elección? Antes hemos hecho tiro con arco, elección de Sam. ¿No va siendo hora de que vayamos al club para la elección de Chris?

Sam negó con la cabeza. —Sigo pensando que es un poco raro que Wes nos deje a nosotros tres, un trío de cabezahuecas, elegir las actividades de su último día de soltero.

—No necesito hacer nada más. Estoy listo para casarme —anunció Wes con una sonrisa irritantemente resplandeciente e inmensa.

Los otros tres soltaron un quejido. O al menos, James creyó que los tres lo habían hecho a la vez. Pero, en realidad, no podía estar seguro en lo que a Chris respectaba.

—Vámonos antes de que este tonto suelte más sensiblerías sin sentido sobre el amor y el matrimonio —dijo Sam. Ya estaba tirando de las riendas para guiar a su caballo hacia el club.

—¡Eso, eso! —asintió James.

—Venga, pues —masculló Chris, siguiéndolos.

Sam señaló un seto en la distancia:

—James…

Antes de que pudiera terminar de proponer la apuesta que James sabía que iba a llegar, este salió disparado hacia él.

Los cascos retumbaron contra la hierba, marcando el ritmo del corazón de James. El seto parecía medir algo más de metro y medio

de altura. Era alto, pero, en realidad, no tanto. No tan alto como para que no se arriesgara a saltarlo.

La sangre le bombeaba en las venas. Parpadeó para enfocar la vista y eliminar el velo vidrioso que cubría sus ojos. Una gota de sudor le resbaló por la nuca. El momento había llegado. Podía optar por guiar a Indra para rodear el seto, reunirse con sus tres amigos y llegar juntos al club.

O.

O podía arriesgarse. Podía saltar el maldito obstáculo que se interponía en su camino, superarlo triunfalmente y llegar al club uno o dos minutos antes que sus amigos. Merecía la pena.

No es que adelantarlos fuera un factor en su decisión. En realidad, el único factor era: ¿podía hacerlo? La respuesta era: probablemente. Eso era suficiente.

Se inclinó sobre Indra, dios hindú del rayo y el trueno, acercándose a su crin, y saltó.

***

JAMES YA ESTABA SENTADO EN EL WHITE'S, tomándose un whisky solo, para cuando los otros tres entraron. Chris negaba con la cabeza en el momento en que su mirada se cruzó con la de James. Sam lucía una sonrisa tontorrona y Wes enarcaba una ceja inquisitiva. En singular. Solo una, como diciendo: *«En serio, James. ¿De verdad tenías que poner tu vida en peligro el día antes de mi boda?».*

Y si Wes hubiera hecho la pregunta en voz alta, James habría respondido afirmativamente. Como no fue el caso, se limitó a sonreír

con suficiencia y a asentir.

—Bienvenidos. Ya era hora —dijo James, alzando su vaso a modo de saludo.

—Sí, bueno, no todos sentimos la necesidad de participar en actividades que ponen en riesgo nuestra vida a cada momento. —Eso lo dijo Wes con otro tono condescendiente. Similar al que James imaginaba que tendría un hermano mayor.

—Buen salto, James. —Sam le dio una palmada en la espalda, aplaudiendo su hazaña.

—¿De verdad medía más de dos metros? —preguntó Chris.

James soltó una risita. —Podría decir que sí, pero mentiría. Se acercaba más al metro y medio. —Le restó importancia al elogio encogiéndose de hombros, porque no hacía esas cosas para recibir adulación—. Ya lo he hecho antes.

—Sí. Bueno —Chris negó con la cabeza—, parecía bastante alto desde donde yo estaba.

—¿No te alegras entonces de no haber dado el salto? —preguntó James. Y por supuesto, la pregunta se refería al seto. Y al caballo. Y a la temeridad. Pero algo en los ojos de Chris transmitió que su interpretación de la pregunta iba mucho más allá de los saltos a caballo.

—Sí. Supongo que sí… —su voz se fue apagando.

Sam empezó a dar palmadas en la espalda a todo el mundo, diciéndoles que se sentaran y pidieran bebidas. Intentaba contener la energía que Chris estaba a punto de absorber de ellos.

—Piquet, ¿verdad? —insistió Sam.

—¿Antes de comer? —Chris levantó la vista del pozo sin fondo en el que su mente había caído, y a James lo único que se le ocurrió fue que alguien probablemente podría escribir un libro sobre el viaje que su mente acababa de recorrer.

—Estoy muerto de hambre. Comida antes que cartas —sentenció Wes.

Así que los cuatro pidieron comida y la devoraron con la voracidad que solo podrían demostrar unos hombres adultos y sanos que acababan de terminar algún tipo de competición.

Tras dar los últimos bocados, se repantigaron en sus sillas mientras Chris barajaba una baraja de cartas. Pero incluso después de la comida, por breve que hubiera sido, la mente de Chris no había logrado desconectar de la idea que le rondaba la cabeza.

—No deberías haber saltado, James.

—¡Chorradas! —replicó James con más brusquedad y a la defensiva de lo necesario.

Pero Chris no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Él, que solía ser el más callado, había decidido plantar batalla en esta ocasión. —Mañana es la boda de Wes. Podría haberte pasado algo.

—No ha pasado nada. —James sintió el impulso de bufar, de restarle importancia con un gesto. No tenía por qué ser un problema. Estaba perfectamente. Pero Chris era engañosamente tenaz.

—Podría haber pasado algo.

—No es mi boda —argumentó James.

—Podría haberlo sido.

—No lo es. Y nunca lo será. —Ahí estaba. Eso debería bastar para que se callaran. Pero no. Había sido completamente inapropiado. En retrospectiva, James debería haber tenido la sensatez de *no* burlarse de las bodas, del amor o del matrimonio delante del tonto enamoradizo del duque de su cuarteto. Como mínimo, debería haber sabido que ese grupo de hombres en concreto, ese día en concreto y a esa hora en concreto, no soltarían la pequeña soga que les había lanzado. Especialmente una soga atada al matrimonio.

—¿Qué quieres decir? —La pregunta de Wes parecía bastante inocua. No lo era.

—Lo que he dicho. No pienso casarme.

Sam intervino: —Bueno, ningún hombre *planea* realmente casarse, ¿o sí? Alguien lo planea por ellos. Un padre o una madre los sienta un día y les dice: *«Escucha, hijo, eres un duque. Tienes que casarte y tener un hijo. Es por el ducado, ¿entiendes?».* Todos somos duques. Todos hemos tenido esa conversación, ¿o no? —No esperó ninguna respuesta, simplemente continuó—: Y luego, cuando encuentran a la afortunada prometida —sin ofender, Wes—, el hombre no *planea* la boda. La futura suegra —o alguna pariente de la prometida— *planea* la boda. ¿No es así?

—Se diría que hablas por experiencia propia —lo observó Wes.

—Ninguna. Todo de oídas. —Sam sonrió con aire de suficiencia mientras Chris asentía. James no estaba seguro de si el asentimiento era en señal de acuerdo o para mantener la paz.

—Sea como sea, no creo que nuestro querido amigo James se refiera a eso. —Wes le lanzó una mirada de asombro mientras se

erguía en el asiento—. ¿Que no te casarás? Eres el duque de Cornwell. Es tu deber.

—Creo que todos sabéis lo que opino del deber. —Rechazó la idea con un gesto de la muñeca—. Le tocará a mi primo. Lo hará lo suficientemente bien.

—¿Lo suficientemente bien? —Wes casi saltó del asiento al oír esas tres palabras resonar en la habitación.

—¿Por qué te preocupa tanto? No es tu ducado. No es tu vida, Wes. Es mi vida. Y elegiré vivirla como me parezca.

—Vamos, vamos. James no quiere casarse ni tener hijos. Probablemente porque sus padres lo trataron como a una mierda. No quiere perpetuar el ciclo. ¿Me equivoco? —Sam pronunció las palabras con despreocupación, como si no clavaran puñales en el corazón de James. Casi como si estuviera hablando de otra persona. No de uno de sus mejores amigos, que estaba en la habitación, sentado a su lado, de hecho.

Habría sido una imprudencia por parte de James levantarse y darle un puñetazo en la cara. Pero habría sido impulsivo. Y James era cualquier cosa menos impulsivo. Asumía riesgos calculados, por muy poco calculados que pudieran parecer a los observadores. Así que, aunque habría sido bastante fácil, y jodidamente satisfactorio, darle un puñetazo en la cara a ese cretino, se quedó sentado en su silla, con la mano aferrada al vaso.

—Tienes razón —dijo. Y casi lo dejó ahí, pero luego tuvo que añadir—: Pedazo de gilipollas.

—Bien. Bueno, ahora que eso está zanjado, tengo una pregunta. Si fueras a casarte —sí, sí, sí, ya lo sé, no lo harás—, pero si fueras a

casarte, ¿qué tendría que tener de especial la dama para que te enamoraras de ella, suponiendo que solo te casarías por amor?

Como si eso fuera un hecho... y no lo era. James no pensaba casarse. No quería casarse. Ni un solo hueso de su cuerpo estaba hecho para amar. O para ser amado. Siempre lo había sabido. Y siempre lo sabría.

—No va a pasar...

—Dame el gusto, James.

Así que a James se le ocurrió la lista de requisitos más ridícula que pudo improvisar. Pero, por supuesto, se dio unos golpecitos en la barbilla antes de soltar la lista, como para dar a entender a sus amigos que le había dedicado algo de tiempo a pensar en ello antes de la pregunta de Sam.

—Bueno, hay tres cosas, si tuviera que expresarlas con palabras y ponerlas en una lista. —Toc. Toc. Toc.

—Que es lo que tienes que hacer.

—Gracias, Sam. —Se dio unos golpecitos más en la barbilla—. En primer lugar, tiene que estar dispuesta a llamar a su primera hija December.

—James... —empezó Wes.

—Deja que hable —dijo Sam con los labios apretados. ¿Estaba conteniendo una sonrisa?

—En segundo lugar, tiene que tener un lunar con forma de luna en el trasero.

Y entonces, solo porque estaba en racha y veía que a Sam le costaba contenerse, añadió:

—En tercer lugar, debe besarme el globo ocular.

—¡Oh, Dios mío, James, déjalo ya! —Wes dio una palmada en la mesa—. Vamos a jugar al piquet antes de que este tonto empiece a beber.

Eso era. Esa era la respuesta que James buscaba. Que lo dejaran en paz. Por ahora.

Capítulo 3



«Cree en ti misma y en todo lo que eres. Sabe que hay algo dentro de ti que es más grande que cualquier obstáculo». —Juana de Arco

BOUDICCA ESTABA PRECIOSA mientras recorría el pasillo. Llena de fuerza. Llena de vida. De amor. Y de esperanza. Joan nunca había visto a su hermana tan plenamente ella misma como cuando avanzaba hacia su destino. Era un destino que Joan jamás había creído posible, y sabía que Bodi sentía lo mismo. ¿Le daba esperanza a Joan ese conocimiento? Debería. Significaba que el amor existía. El amor estaba por todas partes, si una estaba dispuesta a recibirlo.

Era un matrimonio, pero también era mucho más. La academia para señoritas de Boudicca formaba ahora parte de su futuro. Eran cosas que Boudicca había deseado durante mucho tiempo, y ahora por fin se estaban haciendo realidad. Todo porque se arriesgó por amor. O quizá, más bien, porque el amor se había arriesgado varias veces por ella…, pero daba igual. El amor le estaba dando a Boudicca todo lo que siempre había querido. Joan se alegraba

muchísimo por su hermana y por él. Quizá con un punto de envidia. No es que quisiera a Wes para ella en modo alguno, pero..., bueno, en realidad..., un futuro con alguien a quien amas y que te ama sonaba bastante bien.

La ceremonia se celebraba en Bellator Manor, en la Sala de Prácticas, con Boudicca recorriendo la pista de esgrima hacia Wes. Aunque la Sala de Prácticas estaba casi irreconocible con todos los adornos y las flores.

Ver a su hermana llevar su estoque junto al ramo hizo sonreír a Joan.

Pero en el momento en que Boudicca le entregó el estoque a Wes..., Joan no pudo contener las lágrimas. Parecía una tontería llorar por algo así. Pero era el gesto y el sentimiento que había detrás. Boudicca quería un compañero de vida. Alguien que pudiera desafiarla, pero también que supiera apreciar sus puntos fuertes. Sobre todo cuando esa fuerza eclipsaba la de él.

Desde luego, era un hombre excepcional el que podía apreciar que una mujer le sacara ventaja. Y más raro aún era encontrar uno que celebrara esa fortaleza.

Muy a menudo, las mujeres tenían que ocultar su talento, su sabiduría, su intelecto. Todo por la fragilidad del ego masculino. Si alguna de las hermanas se hubiera quedado soltera, Joan habría apostado por Boudicca. Nunca se conformaría con nada que no fuera perfecto. Ni que decir tiene que Wes era perfecto para ella. Sería su compañero en todos los sentidos. Compartir el estoque era casi un gesto de igualdad en su relación. Cada uno tenía sus virtudes, y celebraban ese hecho.

Ser testigo de este gran amor era agridulce. Joan no podía evitar pensar en lo profundas y, sin embargo, lo poco comunes que eran esas relaciones. Era excepcional, en todas las acepciones de la palabra. Lo que hacía que Joan se sintiera de todo menos excepcional. Confiaba en quién era, pero también sabía que a menudo se encontraba a la sombra de bellezas rubias como Bodi y Mimi. ¿La atención de quién podría atraer? No se lo imaginaba.

Pensar a quién podría cortejar Joan como parte del desafío del duque que todas habían aceptado le revolvía el estómago. Podría incluso haber dado unas cuantas volteretas por las náuseas que sentía.

Pero, por el momento, apartó esos pensamientos y sentimientos. Durante todo el tiempo que pudiera. Bueno, al menos durante la ceremonia. Se suponía que este era un momento sagrado.

Y lo era. Los votos que se intercambiaron provocaron una nueva oleada de lágrimas en las hermanas y, para el final de la ceremonia, sus pañuelos estaban empapados. Por suerte, la recepción no provocaría ninguna respuesta lacrimógena. La cena y los brindis habían terminado y el baile estaba en pleno apogeo.

Tomándose un breve descanso, Joan estaba de pie con sus hermanas Mimi y Nobi, observando a los bailarines.

—No puedo creer que se haya casado —dijo Nobi asombrada.

—Si no hubiera presenciado la ceremonia, quizá tampoco lo creería —dijo Joan, mirando a las parejas que daban vueltas por la pista.

—Yo sabía que pasaría. —Mimi les dedicó una sonrisa de medio lado.

—¿Ah, sí? —preguntó Joan.

—Siempre son los más reacios los que caen primero.

—Tú... —Joan puso un gran énfasis en esa primera palabra, por si Mimi no prestaba atención, y luego, por si acaso, la repitió—, ¿tú crees que Boudicca es la más reacia de las cuatro?

Joan observó por el rabillo del ojo cómo Nobi reprimía una risita.

Sin dudarlo, Mimi replicó:

—Claro que sí. ¿Quién crees que es si no?

Cuando Joan captó la mirada de Mimi, tanto ella como Nobi anunciaron al mismo tiempo:

—Tú.

Mimi se limitó a agitar la mano con desdén, como si ese pequeño movimiento de muñeca pudiera disuadirlas de una idea tan arraigada. Y, en realidad, no era solo que estuviera arraigada, sino que lo estaba con razón. Artemisia era la más rebelde de las cuatro. Argumento número uno: fue ella quien sugirió el desafío. Argumento número dos: nunca se reprimía al expresar su opinión. Argumento número tres: sus opiniones solían ser contrarias a las de los que la rodeaban. Argumento actual: su resistencia a la idea de que ella es la más reacia.

—¿No te ves a ti misma como una persona reacia? —preguntó Nobi con delicadeza.

—No.

—¿Ni siquiera, por ejemplo..., ahora mismo?

—Pff... Esto no es ser reacia. En realidad, no. Al menos no del tipo de reacia del que hablo. Yo estoy abierta al amor. Diría que soy la más abierta al amor de todas nosotras.

Bueno, la verdad es que Joan no tenía nada que replicar a eso. Boudicca había sido una puerta cerrada, dentro de una cámara acorazada, bajo una roca. Nobi era como una niña tímida con miedo a pedir lo que quería. Y Joan... no estaba segura de cómo describir la apertura de su corazón al amor. Suponía... que estaba abierta... lo suficiente. Pero quizá necesitaba saber más sobre esa apertura de la que hablaba Mimi.

—¿Cómo es que estás abierta al amor? —se humilló Joan al pedirle consejo a su hermana pequeña.

—Me alegro mucho de que lo preguntes, Joan. —Los ojos de Mimi centelleaban—. Mire donde mire, veo la oportunidad de encontrar el amor. La posibilidad del amor, del matrimonio, de un futuro... Está por todas partes. Cualquiera de estos caballeros podría ser tuyo.

Joan casi podía oír esas palabras como si provinieran de un charlatán en plena calle. Alguien que vendía una tintura capaz de curar la gota, aliviar la fiebre, saldar todas las deudas de una persona y hacer que se enamorara.

Si uno se limitaba a comprarla. Y a bebérsela.

Su escepticismo debía de ser evidente.

—Puede que te rías de mí. Por dentro. Pero te lo aseguro: los caballeros están tan dispuestos a enamorarse como las mujeres. Solo que no lo saben. Y si por casualidad lo saben, desde luego no lo admitirán. No hay nada tan humillante para un hombre como compartir sus sentimientos, sobre todo los relacionados con el amor.

—¿Y qué me dices de la poesía y de todos los hombres que la escriben? —la desafió Joan, solo para divertirse.

—Seudónimos. —Mimi ni siquiera pestañeó, lo que provocó que Joan y Nobi se rieran por lo bajo detrás de sus abanicos—. En realidad, la escriben mujeres.

Mimi barrió el aire con el brazo para mostrar a los bailarines.

—Y ahora, decidme qué veis.

—Gente bailando —dijeron las dos a la vez.

Mimi puso los ojos en blanco. —Dejad que os diga lo que veo yo. Veo al amor apuntando. Un hombre se acerca a una mujer. Por curiosidad. Por obligación. O por lo que sea. Y el amor observa. Espera. Apuntará y, si tiene buen tino, disparará la flecha.

—Ah, ya veo por dónde vas —suspiró Joan—. La arquera eres tú. Quizá te identifiques con Cupido más de lo que habría imaginado.

—Quizá —dijo Mimi de forma evasiva mientras sus ojos recorrían el salón—. Mirad allí. ¿Veis a esos dos hombres?

—No señales, Mimi —dijo Nobi.

—Seguid la línea de mi abanico. Mejor aún, buscad a James. ¿Veis con quién está? —Cuando Joan y Nobi asintieron, Mimi prosiguió—: Ese es lord Jacob Fenway. —Las dos volvieron a asentir, esperando una explicación a aquella divagación de Mimi.

»Está suspirando por nuestra querida amiga, lady Sally Prohope. Pero, como todas sabemos, Jacob es demasiado tímido para acercarse a Sally por su cuenta. Ay... qué tragedia, que dos personas tan cerca del amor no puedan encontrarlo. ¿Veis cómo Jacob ha recurrido a James para que lo ayude? Al menos tiene ese poco de sentido común. Ahora la pregunta es... ¿quién irá a ayudar a Sally a decirle que sí al amor?

—¿Cómo sabes que Sally quiere encontrar el amor? —se arrepintió Joan de la pregunta nada más formularla. Seguro que Mimi se volvería y soltaría una larga perorata sobre *el amor para todos*. Sorprendentemente, Mimi mantuvo su vigilante escrutinio del salón de baile. Cuando habló, lo hizo con calma, aunque con un toque condescendiente.

—Hay dos verdades universales sobre la humanidad. Todos queremos que nos quieran. Y todos queremos sentir que pertenecemos a algo. Hacedme caso, Sally está buscando el amor. Y si ninguna de las dos está dispuesta a ayudarla, entonces yo...

—No, no, no. Yo la ayudaré —se ofreció Joan antes de que Mimi pudiera terminar su amenaza. Porque, en realidad, era una amenaza. Si Mimi, con toda su determinación (podría decirse), fuera a ayudar a la dulce, tímida y frágil Sally, ¿quién sabe en qué clase de amor se vería envuelta?

Mimi prácticamente empujó a Joan en su dirección. —Entonces, ve.

—Te das cuenta de que eres la más joven, ¿verdad?

—¡Ay! Esa es la cruz que debo soportar. Pero la soportaré. Ahora, vete.

—Ya voy —insistió Joan.

—Buena suerte —le susurró Nobi a modo de despedida.

—Bah... Suerte. No la necesitará. —Pero Joan no se quedó para preguntar qué quería decir Mimi con eso. Dio unas cuantas zancadas y se encontró al lado de Sally.

Cuando Joan se detuvo, estuvo a punto de decir: «Sally, me alegro mucho de que hayas podido venir. Hacía demasiado tiempo que no te veía». Pero entonces, la conversación que acababa de tener con

sus hermanas le vino a la mente. Si Sally quería que la quisieran y estaba buscando el amor activamente, quizá podría intentar un saludo más pícaro. Al fin y al cabo, eran muy amigas.

Así que, en lugar del saludo informal e insulso que usaría normalmente, preguntó:

—¿Ves cómo te mira?

Sally se sobresaltó.

Y por una fracción de segundo, Joan pensó que había hecho la pregunta más estúpida de su existencia. Pero entonces..., mientras observaba el rostro de Sally, vio una tímida media sonrisa asomarse a sus labios. Y por si eso no fuera una pista suficiente, sus mejillas se sonrojaron. Cuando Sally se llevó el abanico a la cara y lo agitó un par de veces, Joan supo que había dado en el blanco.

Y cuando Sally susurró un «sí» entrecortado, bueno, entonces Joan supo algunas cosas más. Sally se había dado cuenta de que Jacob la observaba. A Sally le gustaba ese hecho. Jacob, con el suficiente valor infundido por James (¡el libertino!), se acercaría y le pediría un baile. Y Joan estaría allí para apoyar a Sally a decir que sí. Todo era así de sencillo.

El corazón de Joan casi aplaudió de alegría. El amor podía ser algo hermoso y sencillo. Podía ser solo una persona (o dos, si se insistía en contar a James) ayudando a una amiga a encontrar el valor para amar.

El amor no tenía por qué ser complicado. No tenía por qué estar enredado, envuelto, recubierto de capas y atado a un desafío. Desafiar a un duque no tenía nada que ver con el amor para Sally y Jacob. La tímida Sally. Siempre con una palabra pronunciada en voz

baja. Un alma gentil. Pura e inocente. Estaba enamorada del chico que era demasiado tímido para pedírselo. Pero una vez que lo hiciera, Joan sabía que las compuertas del amor se abrirían. O quizá, para seguir con la metáfora de Mimi, el amor apuntaría y dispararía su flecha (sí, aquí Cupido es mujer porque, bueno... Mimi).

Era simple. Inocente. Este momento de ayudar a su amiga ya le estaba abriendo los ojos al amor a Joan. Quizá su corazón la siguiera.

Capítulo 4



«*No hay mayor agonía que llevar una historia no contada dentro de ti».* —Juana de Arco

MIENTRAS ESTABA ALLÍ, ante la oportunidad que se le presentaba, Joan se dio cuenta de que era el momento perfecto para averiguar más. Cuanto más supiera, mejor podría ayudar. Si todo se reducía a que cada uno se armara de valor, se dirigiera la palabra y le dijera que sí al amor, entonces Joan ya conocía el plan. Si surgía alguna complicación, era mejor conocerla de antemano que más adelante.

—¿Qué has notado? —preguntó Joan, porque ya estaba metida en el ajo. Más le valía indagar a fondo y averiguar todo lo que pudiera. Así que se quedó al lado de Sally mientras ambas observaban a Jacob y a James a unos metros de distancia. Los dos caballeros mantenían una conversación tensa, a pesar de las forzadas sonrisas que lucían. Joan estaba bastante segura de que James intentaba convencer a Jacob de que hiciera algo. Si no de que sacara a bailar a

Sally, al menos de que conversara con ella. Y ahora que Joan estaba a su lado, no habría tanta presión. Para cuatro personas era más fácil conversar que para dos tímidas.

Sally suspiró, pensativa, y finalmente respondió a la pregunta de Joan desde detrás de su abanico. —Su pelo oscuro.

Pelo oscuro. Era una buena razón para quedarse prendada. Si a una le gustaba el pelo oscuro, Joan suponía que era atractivo. Aunque, en realidad, debería ser tan oscuro como el de James, si no más, para apreciar de verdad su encanto.

—Ah… y sus ojos azules. —De acuerdo. Eso era más información, aunque de una profundidad similar a la del primer punto. Pelo oscuro. Ojos azules.

Cierto. Los ojos de Jacob eran de un azul bonito. Si a una le gustaba el color pálido del huevo de petirrojo en lugar de mirar el océano de los ojos de James al hablar.

—Entonces…, ¿es por eso por lo que… —no sabía cómo preguntarle a Sally si lo amaba. Le pareció demasiado directo—. … sientes lo que sientes por él?

—Estoy enamorada de él. —Ante aquella declaración, Sally cerró los ojos y exhaló suavemente—. No puedo evitarlo. Se ha apoderado de mí. Temo que haré alguna locura con él.

Aquello iba por buen camino. De hecho, era exactamente lo que Mimi había observado. Jacob suspiraba por ella. Y parecía que Sally suspiraba por él de la misma manera. —¿Así que, si te saca a bailar, dirás que sí?

—Dios mío, sí. He estado esperando. Casi estoy por acercarme yo misma y pedírselo.

Aquello eran noticias. Buenas y malas. Malas solo si Sally actuaba de forma tan temeraria como sugería. No estaba bien visto que una mujer sacara a bailar a un hombre. Pero también eran buenas noticias. Buenas en el sentido de que quizá Sally no necesitaba su ayuda en absoluto. Parecía que la deficiencia era bastante unilateral. La de Jacob. Todo lo que él tenía que hacer era pedírselo, y Sally sería toda suya. Joan sintió que su corazón se regocijaba de nuevo. Tenía que actuar para ayudar a Jacob a actuar, para que Sally no actuara y se pusiera en ridículo. O peor, provocara un escándalo. La dulce, tímida e inocente Sally. Lo último que necesitaba (lo último que cualquier mujer necesitaba) era un escándalo.

Joan levantó la vista, intentando cruzar la mirada con James. Era un poco incómodo, ya que apenas habían hablado antes. Pero…, bueno, extrañamente, fue más fácil de lo que había pensado. Cuando alzó la vista, él ya la estaba esperando. Así que, una vez que sus miradas se encontraron, ella dio medio paso hacia atrás para salir de la visión periférica de Sally. Luego, inclinó la barbilla hacia Jacob. James señaló discretamente a su amigo con la mano en la barbilla y Joan asintió. Después, ella ladeó la cabeza hacia Sally y James asintió.

Vaya. Para no haber mantenido nunca una conversación con él, había ido como la seda. Jamás habría pensado que comunicarse con un desconocido, y encima un hombre, pudiera ser tan… fácil.

Y entonces vio a James darle un suave tirón en el brazo a Jacob. Decirle algo. Que solo pudo suponer que sería algo varonil como: «Entra en razón. Saca a bailar a la chica». Cuando Jacob negó ligeramente con la cabeza, James hizo otro comentario y los ojos de

Jacob se abrieron como platos. Asintió lentamente y James le dio una palmada en la espalda. Fuerte. Probablemente con un doble propósito. Uno, felicitarlo por tomar la decisión correcta. Dos, darle al hombre un poco de impulso para que diera el primer paso.

Todo iba según el plan. Todo era tan sencillo. Joan no podía estar más encantada.

—Ya viene —chilló Sally en un susurro.

—Sí, ya viene. ¿Estás lista?

—No me lo puedo creer —dijo, agitando el abanico más rápido de lo que Joan había visto jamás a una mujer agitarlo—. Está pasando. Por fin está pasando. A mi madre no le va a gustar nada, pero estoy tan feliz.

Y esa última frase preocupó a Joan. ¿Por qué no iba a alegrarse su madre? Jacob era perfectamente respetable, aunque un poco tímido. No había ninguna razón…

—¿Qué tal estoy? —Sally se había quedado sin aliento. Hasta el punto de que Joan pensó que podría ser una candidata a desmayarse.

—Estás preciosa. Respira hondo. No querrás desmayarte antes de que tenga la oportunidad de sacarte a bailar.

—No, tienes razón. —Jadeó. ¡Jadeó! A pesar de estar quieta con los hombros casi pegados a las orejas por la tensión—. Espera. Quizá si me desmayo me coja en sus fuertes brazos y entonces me lleve con él.

—Está bien, Sally. —El plan ya no era tan sencillo. Sally necesitaba calmarse o todo se iría al garete. El abanico seguía agitándose a una velocidad absurdamente rápida—. Pensemos bien esto. Tenemos dos

segundos antes de que llegue. Puedes tener un primer baile en sus brazos, plenamente consciente con él, o puedes caer en sus brazos semiinconsciente. ¿Qué va a ser?

Y, en realidad, Joan pensó que había planteado la pregunta como si solo hubiera una opción preferible. Sin embargo, Sally se detuvo a pensar antes de responder.

—El baile —decidió, como si fuera una epifanía—. Me quedo con el baile. Ay, gracias, Joan. Gracias por estar aquí. No sé qué habría hecho sin ti.

A estas alturas, Joan tampoco estaba segura de lo que habría hecho.

Y justo cuando los dos hombres se acercaban, Joan volvió a cruzarse con la mirada de James. Sus ojos, profundos como el océano. Él enarcó ambas cejas a modo de saludo, dándole espacio de sobra para zambullirse en sus profundidades. A ella se le cortó la respiración.

—Lady Joan —retumbó él con una voz aún más profunda, mientras hacía las presentaciones.

Y Joan casi olvidó la preocupación que había ondeado como una bandera en su mente un momento antes. Salvo que no podía olvidarla, porque, de repente, James dirigía la mirada fugazmente hacia Sally. Y luego de vuelta a ella. Y después a Sally. Y de nuevo a Joan.

Joan estaba confusa.

James se aclaró la garganta.

Joan seguía confusa.

James ladeó la cabeza hacia Sally. Y enarcó las cejas de nuevo.

Finalmente, Joan miró a su amiga.

Y…

Oh.

Dios.

Mío.

La bandera de la preocupación se había izado. Ondeaba al viento. Era, sin duda, la bandera más grande que había visto en su vida. Y era de color rojo carmesí.

Jacob miraba a Sally. Prendado. Previsto. Esperado. Todo iba según lo planeado.

Joan miraba a Sally. Inquisitiva. Estupefacta. Porque mientras James la observaba a ella, también inquisitivo, Sally miraba a *James*. Con aire soñador.

Todo esto estaba mal.

Todo estaba tan mal que Joan no creía que pudiera empeorar.

Un momento. Estaba empeorando. Sally alzaba lentamente la mano hacia James.

Esto era lo que Joan había temido, pero no lo suficiente, y no con el hombre adecuado. Joan había pensado que sería un escándalo si Sally le pedía bailar a Jacob, un caballero respetable. Pero —¡oh!, Joan se encogió de vergüenza—, iba a ser mucho peor si Sally se lo pedía a un libertino de mala fama.

Así que Joan hizo lo único que se le ocurrió. La única acción que tenía sentido en ese momento. La única que podía salvar a su amiga del escándalo y, lo que era más importante, de un inevitable desengaño amoroso más adelante. James era un libertino. Jamás sentaría la cabeza, y menos por mujeres tímidas y discretas como

Sally y ella. No estaba muy segura de por qué se había incluido, pero esa no era la cuestión. La cuestión era que tenía que actuar rápido. Antes de que Sally se pusiera en ridículo a sí misma, a Jacob y a James.

Joan esbozó una sonrisa falsa y le tendió la mano a James.

—Creo que este baile le pertenece.

No quería mentir descaradamente delante del grupo, pero ya lidiaría más tarde con su conciencia y aquella mentira piadosa y equívoca.

James tardó menos de un segundo en responder. De hecho, nadie habría adivinado que ella acababa de soltárselo de sopetón.

—Pues sí, creo que me pertenece —dijo él, tomándole la mano—. ¿No tienes algo que preguntarle a Sally? —añadió, volviéndose hacia su amigo.

Jacob le sonrió radiante a Sally, por suerte ajeno a todo.

—¿Me concedería el honor de este baile?

A Joan le sorprendió que Jacob hubiera logrado articular tantas palabras. Dado su estado anterior, habría pensado que sus palabras serían un barullo ininteligible.

Pero no, las palabras que formaron un barullo ininteligible fueron las de Sally.

—Oh, este… ¿el baile? Bueno…

Joan miró a su amiga y articuló la palabra «sí» sin emitir sonido. Lo intentó de nuevo con «di que sí», pero seguía sin obtener respuesta.

—Lo que quiere decir es que sí —respondió Joan por Sally, mientras su amiga le lanzaba una mirada desconcertada y, quizás, un poco decepcionada.

—Sí, gracias —dijo Sally por fin, pero la desolación era palpable en su tono.

Joan se sintió obligada a actuar de nuevo con rapidez. No podía seguir adelante con el baile sabiendo que estaba hiriendo a Sally. O más bien, que Sally se sentía herida, que era distinto. De verdad, porque Joan sabía que, a la larga, no la estaba hiriendo. La estaba protegiendo.

—Un momento, James. Jacob, si me permites. —Cogió las manos de Sally y le susurró a toda prisa—. No puedes demostrarle a James lo que sientes. Es un libertino. Si ve que vas con el corazón en la mano, te devorará viva. Mantén la calma. Préstale atención a Jacob. Ese tipo de comportamiento podría poner celoso a James.

—Tienes tanta razón, Joan. Qué sabia eres.

Era una bendición lo confiada que era Sally. Y aquello reforzó por completo la determinación de Joan de protegerla de James. Siendo tan confiada, era inevitable que Sally acabase en una terraza con un libertino. Y, después, en un escándalo. Por suerte, Joan estaba allí y Sally depositaba su confianza de buen grado en su querida amiga.

Joan pudo ver que la mirada de Sally parecía despejarse de la niebla que se había cernido sobre ella cuando había anunciado su baile con James. De hecho, si Joan tuviera que ponerle una etiqueta, diría que Sally parecía casi aliviada. Sus hombros ya no le llegaban a las orejas. Su voz había vuelto a un tono normal. Y, lo que era más importante, su abanico había dejado de abanicar.

Y aunque Joan se odiaba un poco a sí misma por engañar a su amiga, no podía —no quería— dejar que se enamorase de un libertino. Era la única forma de salvar el corazón de Sally. Seguro

que si pasaba suficiente tiempo con Jacob, se enamoraría de él. Joan le rezaba a los dioses del amor que observaban cómo se desarrollaba todo. Rezaba para que el amor apuntara, con más precisión esta vez. Y, entonces, una vez que tuviera la oportunidad…

Dispara.

Capítulo 5



«No soy un libro». —Juana de Arco

JAMES ESTABA LLEVANDO A JOAN a la pista de baile cuando ella le tiró del brazo antes de que la música pudiera empezar.

—¿Hay algún problema? —preguntó James por encima del hombro.

Oh, sí. Había un problema. Joan no pensaba bailar con un calavera, si podía evitarlo. Que la condujera a la pista ya era bastante malo. En realidad, no había planeado seguir adelante con la parte del baile.

—No vamos a bailar juntos.

Él se rio. —Todavía no, pero...

—No. Ni ahora ni nunca. Necesito un refresco. Me siento...

Con un movimiento de cejas, James se adelantó: —¿traviesa?

Joan simplemente puso los ojos en blanco. —Vamos a por una copa y ya está.

—No tienes que pedírmelo dos veces —dijo él, alejándola de los bailarines. Por suerte, todavía tenían tiempo antes de que los instrumentos vibraran con el sonido. Aún con la mano de ella en su antebrazo, Joan y James encontraron un lugar donde podían estar juntos discretamente. Era como si le hubiera leído la mente al situarlos allí.

Allí. Donde estaban lo suficientemente apartados de la multitud como para discutir los acontecimientos de la velada. Allí. Donde podían ver a sus respectivos amigos encontrar el amor, con suerte. Allí. Donde (con suerte) nadie juzgaría a Joan por pasar un rato en presencia del famoso calavera.

Dando un sorbo a su copa, James observó cómo Jacob le dedicaba una sonrisa brillante a Sally. Y Sally... bueno, ella le devolvió una versión desdibujada de la misma.

—Así que —James no la miró mientras hablaba—, ¿vas a contarme cuál es tu plan? ¿O vamos a seguir poniendo a prueba nuestras habilidades de comunicación no verbal?

Así que él también se había dado cuenta, ¿no? Era una observación interesante... si ella estuviera haciendo observaciones sobre James. Cosa que no hacía.

—No puedo bailar contigo —decidió Joan adoptar un enfoque directo.

—Eso me ha parecido deducir por el hecho de que no estamos bailando. —El tono divertido de su voz era exasperante. ¿Se estaba riendo de ella? ¿Acaso no se daba cuenta de los riesgos que ya estaba corriendo?

—Eres un..., ejem..., bueno, ya sabes... —el enfoque directo no siempre era tan fácil de tomar—, tienes que saber... que eres un calavera.

La mano de James voló hacia su pecho, boquiabierto. —No puedo creer que hayas dicho eso. —Su susurro horrorizado no debería haber dado a sus labios una razón para sonreír con aire de suficiencia.

¡Maldita boca!

—James, no digas tonterías. Solo nos quedan unos minutos para conspirar.

—¿Conspirar? Me gusta cómo suena eso. Si no tuviera una copa en la mano, me frotaría las manos y soltaría una risotada malvada —dijo esto con una mirada de reojo y un guiño.

—Todavía puedes soltar la risotada.

—Te ahorraré la vergüenza de las miradas que no quieres sobre ti. Entiendo que te avergüenzas de mí. —Se encogió de hombros con indiferencia, pero algo en su tono hizo que Joan se detuviera.

—No me avergüenzo de ti.

—No te preocupes por eso. No serías la primera. Y estoy seguro de que no serás la última. —Tras un gran trago de su copa, James dejó el vaso en una bandeja que pasaba y cogió otro.

Y aunque él le había asegurado que no debía importarle cómo se sentía ella, sintió que necesitaba asegurarle a él que no se sentía así. O algo por el estilo.

—James —dijo su nombre con suavidad, y cuando sus ojos azul océano se encontraron con los de ella, habló con más sinceridad de la que pretendía—. No me avergüenzo de ti. Estoy segura de que

eres un buen hombre. Pero soy una dama y tengo una reputación que mantener. Igual que Sally. Por eso no podía dejar que bailara contigo.

—Bueno, estamos de acuerdo en una cosa. Sally no puede bailar conmigo. Jacob se quedaría destrozado. Está prendado de ella.

Estar de acuerdo. Eso es lo que a Joan le gustaba oír. —Perfecto. Entonces, estamos de acuerdo. Debemos demostrarle a Sally que enamorarse de Jacob es lo que más le conviene. O, como mínimo, que enamorarse de ti es lo que menos le conviene.

—¡Ay! —La mano de James se agarró a la tela que le cubría el pecho—. Me has herido.

—Lo dudo. Seguro que has oído cosas peores.

—Cierto. Muy cierto —musitó. James recorrió la sala con la mirada y se cambió la copa a la otra mano. Dio un paso atrás y se apoyó en un pilar para ocultarse mejor—. ¿Cuál es el plan? ¿Organizamos un rescate? ¿Urdemos un escándalo?

—¿Por qué íbamos a organizar un rescate?

—¿No sueñan todas las mujeres con ser rescatadas por un hombre fuerte y apuesto?

Joan, con toda su elegancia, bufó ante aquello. —Me parece que no.

—¿Nunca has soñado con desmayarte y caer en los brazos de un hombre que te pareciera atractivo?

Bueno, no estaba diciendo *eso*... y, sí, Sally acababa de expresar algo inquietantemente parecido, pero, en fin... pensar que lo único que hacían las mujeres era esperar a que las rescataran... bueno, eso era, simplemente..., una tontería.

—Hablemos de Sally, ¿quieres?

James se rio de su respuesta, considerándolo una especie de victoria. Y la verdad es que lo era.

—Sally necesita un... empujoncito. Jacob es un caballero y un soltero de oro. Si conseguimos desviar su atención hacia él lo suficiente, seguro que se enamorará.

—Sí. La proximidad es la principal razón por la que una pareja se enamora.

—¿Lo es?

—Bueno, no puedes enamorarte de un hombre al que no has visto o con el que no has hablado nunca, ¿verdad?

—Supongo que no... aunque seguro que en algún sitio alguna mujer lo ha hecho.

—«Alguna mujer en algún sitio» no es «la mayoría de las mujeres en todas partes». Planifiquemos según lo más probable en lugar de la excepción, ¿te parece?

—De acuerdo. —Joan bebió un sorbo de su limonada, pensativa—. Quizá pueda visitarla mañana con flores.

—Eso es mediocre, como mucho.

—Es la opción segura y predecible.

—¿Y adónde te lleva la seguridad? —preguntó con sorna.

—Me ha traído hasta aquí.

James la miró fijamente. De hecho, aprovechó ese momento para observarla de arriba abajo, sin dejarse un centímetro. Hasta sus pies calzados con zapatillas, que no podía ver, pero ella sintió como si pudiera, y hasta la coronilla. Su escrutinio la puso nerviosa.

—¿Qué estás mirando?

—A ti.

—Sí, pero ¿qué buscas?

—A tu pretendiente.

—¡Qué bestia eres! —Estuvo a punto de darle un manotazo, pero se contuvo. Y entonces decidió darle el manotazo de todos modos—. He tenido pretendientes. —Unos pocos. Ninguno que le interesara. Ninguno que hubiera tenido un interés particular para nadie. Y, si era sincera, ninguno que hubiera mostrado un interés especial por ella.

—Lo único que digo es que has jugado sobre seguro y no tienes pretendientes.

Joan se cruzó de brazos desafiante y sus ojos comenzaron a recorrerle el cuerpo de arriba abajo. Intentando no fijarse en cómo sus muslos llenaban los calzones. O en cómo sus brazos tensaban las costuras de su chaqueta. O en sus anchos hombros. Nada de eso importaba. Especialmente, no el ligero bulto que vio sin querer y que la hizo sonrojar. No. Estaba intentando demostrar algo. Si él podía estudiarla a ella, entonces ella podía estudiarlo a él.

—¿Qué *estás* mirando tú? —Sabía que él preguntaría eso, así que jugó su carta.

—A ti —dijo, sin más.

—¿Y qué buscas?

—A tu esposa.

Él soltó una carcajada. —Bien jugado, Joan. —Volvió a reírse entre dientes y se limpió la sonrisa de los labios con su enorme palma. ¡Uuuh! ¡Qué manos tan grandes tenía! Y suaves—. La diferencia es que yo no quiero una esposa.

—Eso es bastante arrogante, ¿no?

—¿Qué?

—Estás diciendo que no tienes esposa porque no quieres. Pero insinúas que podrías tener una en el mismo instante en que la quisieras.

—Mírame, Joan.

—Ya lo he hecho.

Se rio entre dientes. —Soy duque. Soy guapo. Soy rico. Joven. Y lo bastante respetado. Te garantizo que, si quisiera una esposa, podría conseguirla en este mismo evento, a pesar de la poca gente que hay.

Y ella sabía que tenía razón. No tenía ningún sentido discutir con él. Ninguno. Cualquier argumento que presentara sería, bueno, inútil. De todos modos, lo hizo.

—Puede que seas capaz de encontrar esposa, pero eso no significa que vayas a tener amor.

Él soltó un bufido, y a ella le fastidió. —Tampoco quiero eso.

—¿No quieres esposa? —Él negó con la cabeza—. ¿No quieres amor? —Volvió a negar—. ¿Y qué hay del ducado?

—Será para mi primo.

—Eso es una irresponsabilidad.

—¿De verdad? Yo creo que es más bien lo más responsable que puedo hacer teniendo en cuenta a mi madre...

Pero ella no lo dejó explicarse.

—Eres un temerario. Te lanzas sin pensar en las consecuencias y no te importa si ocurre algo malo.

Su mirada se ensombreció. —Tú eres demasiado precavida y te preocupa demasiado hasta la más mínima posibilidad de que ocurra

algo malo.

—Te lo tomas todo a broma.

—Tú te lo tomas todo demasiado en serio.

A estas alturas, Joan estaba perpleja y desorientada. ¿Cómo había llegado a pensar que existía alguna conexión entre ellos? La habilidad de comunicarse con éxito a través de una sala había sido pura suerte. Eran dos personas completamente diferentes. Quiso poner más distancia entre ellos. —Tu colonia es demasiado fuerte.

—Apenas percibo el aroma a lavanda que usas para seducir a la población masculina.

—Seguramente te pasas los días bebiendo y apostando.

—Y montando a caballo. —Sonrió con aire de suficiencia—. Y tú seguramente te pasas los días leyendo.

No se equivocaba. Otra vez. Aquel hombre era un fastidio.

—Evidentemente, le guardas rencor a tu madre, y mi mamá siempre decía que se puede conocer el carácter de un hombre por cómo trata a su madre.

Los ojos azul océano de James se tornaron tempestuosos. —Solo una mujer controladora y egoísta diría eso.

—Te pediría que no hablaras mal de los muertos. —Joan se había puesto justo delante de James, a menos de medio metro de distancia. Estaba furiosa.

Pero entonces James cerró la boca. Ella esperaba otra réplica. Al ver que seguía sin decir nada, supuso que hasta un libertino sabía cuándo mantener la boca cerrada.

—Lo siento —murmuró. Pero no fueron las palabras lo que la conmovió. Fue su mano. Sus dedos, de algún modo, habían

encontrado los de ella y recorrían sus nudillos de un lado a otro. Era tremendamente inapropiado, pero no pudo apartarse. Fue un gesto tierno. Hasta sus ojos se habían calmado.

—No pasa nada.

—No es que no...

—Hablemos solo de Sally y Jacob.

—De acuerdo. —Y Joan no estaba segura de si había pronunciado la palabra en broma o no.

Joan tomó las riendas de la conversación. —Cuando termine el baile, deberíamos saludarlos y explicar que necesitaba tomar algo. —James asentía, a todas luces para apaciguarla—. Y entonces podemos sugerir que Jacob la visite mañana. Quizá para dar un paseo en coche de caballos.

—Espera. ¿Y si intenta convencerme para que vuelva a bailar con ella?

—No lo hará. —La arrogancia de este hombre. Pensar que Sally actuaría de forma tan contraria a las normas sociales y le pediría un baile. De nuevo.

—¿Y si lo hace?

—No lo hará —dijo Joan con vehemencia. En serio, a ese hombre había que bajarle los humos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Acaba de bailar con un hombre que está completamente prendado de ella. Seguro que ha sentido algo. No la veo lo bastante audaz como para volver a intentarlo. Especialmente delante de Jacob. —Joan conocía a Sally. Era tranquila. Tímida. Por supuesto

que se enamoraría de Jacob, solo necesitaba que la pusieran en sus brazos para un baile.

—Pero podría…

—No lo hará.

Pero lo hizo.

Capítulo 6



«No temas defender aquello en lo que crees, aunque te quedes sola». -Juana de Arco

BUENO, ESTO ESTABA a punto de volverse ridículo. Joan observaba cómo se acercaba la pareja supuestamente enamorada y distinguía la mirada pícara en los ojos de Sally. Dirigida exclusivamente a James. Joan sintió ganas de gemir. Y de poner los ojos en blanco. Y de dar una patada en el suelo. Y quizá, simplemente, de llevarse a Sally de allí, lejos de aquel libertino. Pero, por supuesto, eso no era posible.

Había pensado que sus consejos de antes del baile habían sido sabios y aceptados. Por lo visto, no.

—Me vendría bien un refresco después de este baile —dijo Sally con recato. Resultaba casi cómico cómo bajaba la barbilla, agitaba las pestañas y miraba a James por debajo de ellas mientras lo decía. Joan se esforzó por reprimir los gemidos.

Jacob no se percató de nada, pobre loco enamorado. —Iré a por algo de beber para nosotros.

—Gracias, Jacob —dijo Sally sin dejar de mirar a James. En cuanto Jacob estuvo lo bastante lejos como para no oírlos, Sally no cejó en su empeño—. Oh, ¿empieza otro baile?

Pues sí, es otro baile. En un baile de salón. Suele pasar.

—¿Estamos todos sin pareja? —preguntó Sally, sin preocuparse por su reputación ni por su futuro.

—En realidad… —empezó James e hizo una pausa. Y Joan supo que le estaba dando tiempo para que interviniera y rechazara la oferta que sabía que él iba a hacer. Resultaba aterrador lo rápido y fácil que ya era capaz de interpretar a aquel hombre—. Puesto que Joan ya se ha refrescado, bailaremos este baile juntos.

Y ahí estaba. La respuesta exacta que ella había estado formulando en su mente. A pesar de sus diferencias, era evidente que James compartía un rasgo inestimable con Joan: la lealtad. James quería que Jacob se quedase con la chica, así que no iba a interponerse en su camino. Y Joan era leal a la reputación de Sally y, a pesar del desliz de su amiga, no iba a permitir que cometiera una estupidez.

Cualquiera podría pensar que Joan estaba a punto de cometer una estupidez al bailar con el libertino del que intentaba proteger a Sally. Pero se equivocarían. Había una clara diferencia entre Joan y Sally. Joan no estaba medio enamorada de James. Y nunca lo estaría.

Era solo un baile. Sí, quizá hubiera algún que otro cotilleo, pero nada que Joan no pudiera aplacar. Era un baile íntimo, su cuñado

era duque y ella simplemente bailaba con uno de los mejores amigos de su cuñado.

Así que, con esa tranquilidad… con esa validación… con esa justificación… con esa excusa… Joan dijo: —Sí, eso es lo que habíamos decidido. —Y le cogió la mano a James de camino a la pista, dejando a Sally sola. Bueno, eso no era del todo cierto. Pronto estaría bajo el cuidado del cariñoso Jacob.

—No lo digas —se adelantó Joan al *te lo dije* de James antes de que él pudiera pronunciar esas tres desdeñosas palabras.

Él se rio entre dientes—. Bueno, si yo te dije…

—Lo estás diciendo.

—No puedo evitarlo. Es raro que un hombre pueda demostrarle a una mujer que se equivoca, ¿a que sí? —Su sonrisa burlona era lo bastante guasona, lo bastante afectuosa y lo bastante arrogante como para resultar un poco irritante. Pero, de algún modo, también le estaba haciendo cosas al corazón. Cosas como derretírselo.

Por pura casualidad, James aprovechó ese momento para hacerla girar, dándole la oportunidad de recuperar el aliento y recomponer sus entrañas que se licuaban.

Cuando volvió a girar para encararlo, decidió concederle la razón. —Bueno, si vas a decirlo de esa manera, supongo que puedo aceptar oírlo.

—Maravilloso —hizo una pausa, exhaló para saborear el momento y luego espetó—: Te lo dije.

Una risita se le escapó de los labios sin querer. —Sé cuándo admitir mis errores. Me equivoqué. Me sorprende bastante admitirlo, aunque

me desconcierta más presenciarlo, ya que conozco a Sally desde hace años. Pero mi amiga no es tan predecible como yo pensaba.

—¿Acaso alguien lo es?

—No me importa decir que yo soy bastante predecible —aparte de su pasatiempo secreto y el recuerdo que ocultaba, era bastante predecible. No era un suplicio confesarlo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Creo que me conozco bien.

—¿Habrías predicho que bailarías conmigo esta noche?

Sus pasos vacilaron. Maldito fuera aquel hombre. De verdad que no quería que tuviera razón dos veces en su presencia, y con tan poco tiempo de diferencia.

El silencio era probablemente la mejor táctica. Es decir, hasta que él se rio entre dientes. Y presionó la mano con más firmeza en su espalda. Un empujoncito, si es que alguna vez hubo uno. Un empujoncito para animarla a admitir otro error más. Un empujoncito que la acercó un par de centímetros a él. Un empujoncito que quiso ignorar, pero no pudo.

—Está bien —resopló—. Tienes razón. Otra vez. Soy la precavida. Predecible, por lo general, y siempre estoy pendiente de la gente que me rodea.

—Si estás ocupada haciendo eso, ¿quién está pendiente de ti?

Una pregunta excelente. En realidad, una que debería hacerse a sí misma. —Boudicca —suspiró—. Cualquiera de mis hermanas, pero la mayoría de las veces ha sido Boudicca. —Paseó la mirada por la sala en busca de su hermana recién casada. No se la veía por ninguna parte durante este baile. Probablemente se había escabullido con

Wes para... un momento a solas. Joan no se permitió pensar en las intimidades entre ellos dos. Sobre todo no ahora, mientras estaba en brazos de un apuesto libertino. Podía permitirse decirlo. Sus atributos físicos eran innegables.

—Ahora está casada. Eso cambia las cosas —interrumpió James sus pensamientos.

—Sí, es muy perspicaz por tu parte.

—Soy un hombre muy perspicaz.

—Eso he percibido.

Su leve risa retumbó a través de sus dedos. Los dedos cálidos y fuertes que la sujetaban y la guiaban en el vals. Y no pudo evitar apreciar lo bien que sentaba hacer reír a un hombre. ¿A cualquier hombre? ¿O a este hombre? No estaba segura de la respuesta a esa pregunta. Pero, como mínimo, era una sensación ligera, frívola y etérea poder hacer reír a este hombre.

—¿Qué vamos a hacer con nuestros amigos? —preguntó él y luego la hizo girar para alejarla, solo para traerla de vuelta un segundo después. Verdaderamente, era un bailarín elegante.

—¿Deberíamos hacer algo? —No lo decía en serio, pero quería hacer la pregunta de todos modos.

—Están hechos el uno para el otro. Ella simplemente aún no lo sabe. —¿Qué intrigante que James pensara lo mismo. ¿Era tan obvio para todo el mundo? ¿O solo para los más cercanos a Jacob o a Sally? ¿O era James tan perspicaz como afirmaba ser?

Quería saber su respuesta. —¿Ah, sí?

—¿Tú no lo crees?

De hecho, sí que lo creía, pero ¿quería darle la razón a un libertino?

—Bueno… —Encontró a Sally a un lado, sorbiendo una limonada. Sorprendentemente, no los estaba mirando bailar. En su lugar, estaba hablando con Jacob. Una pequeña sonrisa iluminaba su rostro—. Está enamorada de ti.

—No, eso no es amor —dijo él con tal naturalidad que Joan se sintió obligada a rebatirlo.

—Ella cree que lo es. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no lo es?

—En primer lugar, el amor no existe. En segundo lugar…

—Espera. Eso ha sido un «en primer lugar» bastante rotundo. Merece un poco de discusión.

—No estoy seguro de que la merezca —musitó James como si estuviera sopesando la indiscreta afirmación de ella.

—Confía en mí —hizo una pausa para considerar su siguiente movimiento.

—Lo hago.

Aquello la desconcertó. —¿Que haces qué?

—Que confío en ti.

—¿Lo haces? —Pues qué raro. Apenas la conocía.

Pero él no se explayó más, aparte de decir: —Pareces de fiar. Soy un buen juez de carácter. —Luego le guiñó un ojo y añadió—: Confía en mí.

Y… ella no estaba segura de si lo hacía o no, así que dejó pasar la broma sin responder.

—Sobre el amor… —Todavía no estaba segura de lo que quería decir en este punto. ¿Intentar demostrar su existencia? Parecía un objetivo poco probable de alcanzar en el tiempo limitado de un solo baile. ¿Quizás un simple desafío? ¿O simplemente una declaración de su opinión sobre el asunto?

—Sí. ¿Y bien? —Sus ojos brillaban. Casi esperanzados. Ansiosos por su respuesta. Más le valía que fuera buena.

—Sí, bueno, el amor es el amor. —Con eso debería bastar.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio. —No podría haberlo dicho mejor.

Azorada, Joan trató de seguir adelante con la conversación. —¿Cuál es su segundo argumento sobre por qué Sally no podría amarlo?

—Ah, sí… En segundo lugar, aunque el amor existiera —cosa que no es así—, ella no me conoce.

—Quizá sepa lo suficiente.

—*Cree* que sabe lo suficiente —la corrigió él.

—¿Entonces no cree usted en el amor a primera vista?

Entonces él la miró, y ella deseó que no lo hubiera hecho. Sus profundos ojos azules como el océano casi la arrastraron al fondo y le hicieron perder pie. Parpadeó para disolver el momento, pero él siguió clavado en sus ojos. Tuvo que preguntarse qué demonios estaba buscando.

—Diría que no, no creo en el amor a primera vista. —Pero su respuesta no sonó tan segura como casi todo lo que decía aquel hombre—. No importa lo que yo crea sobre el amor. —Joan vio cómo se le movía la nuez al tragar, sabiendo que había más de lo que él

estaba revelando, pero se dio cuenta de que no estaba dispuesto o preparado para hablar de ello.

Él insistió en su argumento—: Lo que importa aquí es que Sally estará mejor con Jacob. Ambos estamos de acuerdo en eso, ¿no es así?

—Sí, es verdad. —Realmente no podía estar en desacuerdo con eso. Sobre todo porque cualquiera admitiría ese punto.

—Si cree que está enamorada o incluso si lo está de mí —cosa que dudo mucho—, tenemos que redirigir su atención hacia Jacob. Si ve quién soy yo en realidad y ve quién es Jacob en realidad, no hay duda de a quién elegirá. Para casarse —añadió las dos últimas palabras con un guiño.

Joan apartó la vista mientras el rubor le subía por el cuello.

—¿Cómo hacemos eso? ¿Cómo conseguimos que se enamoren?

—Hay algunas tácticas que debemos poner en práctica. —Sus ojos brillaron con picardía. Joan supo apreciar que al duque le gustara conspirar—. En primer lugar, por supuesto, la evitaré todo lo que pueda. Si eso significa que acabe a su lado con un poco más de frecuencia que antes, que así sea.

Un revuelo recorrió el cuerpo de Joan. —¿Por qué iba a estar más cerca de mí?

—Es una apuesta segura. —Otro guiño—. Además, si cree que estoy interesado en usted, eso podría disuadirla.

Parecía lógico. Pero la mente de Joan no estaba del todo despejada en ese momento, y lo lógico no sonaba como debería. Su mente (que en ese momento estaba dominada por su cuerpo) estaba demasiado concentrada en el calor de la mano de él en su

espalda mientras su pulgar se deslizaba lentamente arriba y abajo por un espacio de apenas un par de centímetros. Ese pedazo de piel de su cuerpo nunca se había sentido tan vivo.

—En segundo lugar, siempre que los cuatro estemos juntos, me aseguraré de emparejarme con usted. Y usted hará lo mismo.

Ella asintió, aunque no estaba del todo segura de a qué estaba asintiendo.

—Y la última parte, la de enamorarse, es la más difícil. ¿No está de acuerdo?

Tenía los ojos clavados en sus labios. Unos labios de aspecto suave. Unos labios que habían besado a muchas mujeres y que, según los rumores, las habían besado bien. ¿Cómo sería ser besada por él? Sus labios se movían. Estaba diciendo palabras. Y ella estaba bastante segura de que él esperaba que dijera algo.

—¿No está de acuerdo? —oyó ahora la pregunta, pero no estaba segura de a qué se refería.

—¿Lo estaría?

—Pensé que lo estaría. —Le lanzó una mirada inquisitiva.

—Entonces seguro que lo estoy. —Aquella parecía la respuesta más segura.

—Espléndido. Hablaremos de esto más a fondo, pero por ahora tendrá que bastar. —Se inclinó y susurró algo que, si ella hubiera estado prestando atención, no habría sido necesario comunicar—: El baile ha terminado. —Y entonces él retiró la mano de su espalda. Y ella se recompuso del charco en el que se había convertido.

¿Qué acababa de pasar? Un momento antes, Joan había tenido el control absoluto sobre sí misma, sobre sus pensamientos, sobre su

cuerpo, y al segundo siguiente sintió como si todas esas partes de ella ya no le pertenecieran. Sus pensamientos habían abandonado su cuerpo, puede que incluso el salón de baile. Su cuerpo se movía al capricho de la yema de un pulgar. ¡De la yema de un pulgar!

Tenía que ser por la boda. Y por tanto hablar de amor. El ambiente estaba creando un clima al que no esperaba sucumbir. Y, en serio, ¿qué clase de hombre le hablaba de amor y matrimonio a una mujer? Era algo inaudito. Por eso se concertaban los matrimonios. ¿Acaso James no sabía cómo funcionaba la buena sociedad? Daba igual, ahora que Joan comprendía por qué le había afectado tanto su baile, no permitiría que volviera a suceder. En realidad, tampoco se presentaría la misma oportunidad. No era como si fueran a volver a bailar juntos en la boda de alguien hablando de amor por segunda vez.

Capítulo 7



«No repitas las tácticas que te han granjeado una victoria, sino que tus métodos se rijan por la infinita variedad de las circunstancias».

-Sun Tzu

Dos días después

JOAN SE ENCONTRÓ EN OTRA BODA. La boda de una fiesta en una casa de campo. Y allí estaba, en el salón de baile, decorado con más flores de las que la vista podía abarcar, sin buscar realmente a James. Pero si por casualidad sus ojos daban con él, no se disgustaría.

Mimi estaba haciendo comentarios sobre la elección de las flores. Algo sobre que los lirios blancos significaban amor puro y que, al lado, los jacintos eran encantadores. ¿O era al revés? No estaba segura. Y, al vislumbrar a un hombre alto y de pelo oscuro en un rincón, intentó apartar la mirada, pero el corazón le martilleaba en el pecho. No sabía por qué le ocurría aquello, pero si James estaba allí, solo quería estar preparada. Eso era todo.

—¿Joan? —la voz impaciente de Mimi resonó entre sus pensamientos, mientras se tamborileaba con los dedos en el brazo cruzado—. ¿Me estás escuchando?

—Claro. Lirios. Amor. Jacintos. Encantadores. —Con un poco de suerte, a Mimi le bastaría con que repitiese algunas de sus palabras.

—Ya hemos dejado el tema de las flores, Joan. ¿En qué estás pensando? ¿En una audaz huida a medianoche con un salteador de caminos? —Mimi siempre era muy dramática—. ¿En que te rescate un pirata en los siete mares?

—¿De dónde sacas esas ideas, Mimi? —preguntó Nobi, metiéndose la mano en el bolsillo del vestido.

Mimi se dio unos golpecitos en la sien, aludiendo al poder de su desbordante imaginación. —Y de los libros, por supuesto —dijo con un brillo en la mirada. Mimi era, tal vez, la lectora más voraz de todas las hermanas. Le gustaba cualquier género, pero prefería el romántico (como dejaban claro sus fantasías), que era su favorito.

Joan se sintió aliviada de que el foco de atención hubiera pasado de ella a su hermana. No le apetecía nada contarles a sus hermanas lo de James. Porque..., bueno, no estaba muy segura de qué había que contar. Por desgracia para ella, el alivio fue efímero.

—¿Nos lo vas a contar, Joan? ¿O vamos a tener que sacártelo a la fuerza? ¿Qué te ronda por la cabeza?

Lo de «a la fuerza» no sonaba muy agradable, pero si le sonsacaban la información a trocitos, quizá eso la ayudara a procesar lo que estaba pensando en realidad. Y quería hablar con sus hermanas sobre James —aunque en realidad no quisiera—, así que les preguntó lo más parecido que se le ocurrió.

—¿Habéis visto a Sally esta noche?

—Sí, la he visto antes. ¿Así que no nos vas a contar nada de tu baile con James de la otra noche?

—No —contestó Joan con desdén—. ¿Dónde la has visto?

—De acuerdo. —Mimi descruzó los brazos—. Pues entonces deberíamos buscar a Sally y averiguar qué pasa con Jacob —dijo Mimi como si fuera una sugerencia, pero las hermanas sabían que equivalía a una orden.

—Si vamos todas, podría resultar un poco abrumador. No queremos bombardear a la pobre chica. Iré yo a ver qué pasa y luego os informo.

Mimi la miró con recelo, pero luego debió de decidir que ese plan de acción parecía lógico. —Bien —accedió.

Joan echó a andar por el concurrido salón de baile. Se llevaba una y otra vez la mano al bolsillo derecho por algo más que una simple costumbre, aunque le servía para evitar que la empujaran, por poco que fuera. Sin embargo, con la gente que la rodeaba, le apetecía una actividad que no fuera un evento social. No le importaban los bailes, de hecho disfrutaba bailando (lo suficiente), pero prefería un pasatiempo más estimulante. Se pondría a ello en cuanto tuviera tiempo. Ya podía visualizar la diana.

Por ahora, sin embargo, la búsqueda de Sally estaba en marcha.

Lo cual era bueno. Porque si encontraba a Sally, probablemente encontraría a Jacob más pronto que tarde. Y si encontraba a Jacob, bueno, James también podría estar allí. Si estaba, estaba. Y si no, pues también estaba bien. Era un poco desconcertante seguir pensando en su gran complexión y en sus movimientos firmes, pero

elegantes, en la pista de baile. Aquel baile. Suspiró. Había sido... agradable.

Sacudió la cabeza para volver a centrarse en su misión. Sally y Jacob. En concreto, Sally.

Ah... Ahí está.

Joan cogió un par de bebidas de una bandeja que pasaba mientras se acercaba a su amiga. Le dio una a Sally y la saludó con una sonrisa.

—Qué suerte tienes —suspiró Sally.

Joan intentó disimular su sorpresa. —¿Ah, sí? ¿Por qué lo dices?

—Has estado pasando mucho tiempo con él. Él. Joan sabía perfectamente quién era *él*. Era el *él* que no esperaba ver esta noche. Solo estaba dispuesta a la idea de verlo.

—Yo no diría que tanto tiempo. Solo fue una limonada y un vals.

—Bailaste con él, ¿a que sí? —Los ojos de Sally se habían vuelto soñadores, y Joan tuvo el presentimiento de que la conspiración para juntar a Sally y a Jacob tal vez necesitara subir un peldaño más, pero ¿cómo?

—Sí, bailé con él.

—¿Fue más de lo que jamás habrías imaginado?

Bueno, desde luego que había sido más de lo que Joan jamás había imaginado. Pero eso era porque nunca antes se lo había imaginado. Sin embargo, desde aquel baile, sí que se lo había vuelto a imaginar. En alguna ocasión. Y se había visto inclinada a preguntarse si una segunda ronda de baile sobrepasaría todas las fantasías que había tenido desde que empezó a imaginárselo.

—Estuvo... bien —dijo con sequedad, expresando en voz alta su propia valoración del suceso y esperando disuadir a Sally de hacer más preguntas.

Su amiga, con la mirada perdida, solo volvió a suspirar. —Ay, estar en los brazos de un hombre deseado por tantas.

Joan no quería analizar esa afirmación, así que preguntó por un tema (con suerte) más seguro. —¿Te hizo Jacob una visita después del baile? Era lo normal que un caballero hiciera una visita o enviara flores a las damas con las que bailaba. Joan se aferraba a la esperanza de que el honor caballeresco de Jacob prevaleciera sobre su timidez.

La pregunta pareció sacar a Sally de su ensoñación. —Sí, lo hizo. —Una sonrisa (cierto, muy pequeña, pero era un labio ligeramente curvado al fin y al cabo) se formó en su rostro.

—Qué bien. ¿Te trajo flores?

—Claro que sí. —Sally miró a Joan directamente, como si quisiera decir que acababa de hacer una pregunta ridícula.

—No todos los hombres traen flores, ¿sabes?

—¿Ah, no? —Ahora Sally estaba prestando atención. Giró el cuerpo para alejarse de los bailarines y encararse a Joan.

—El duque de Baskim no le llevó flores a Boudicca en su primera visita. —Y Joan lamentó haber dejado escapar ese jugoso cotilleo en el mismo instante en que escuchó el júbilo disimulado en la respuesta de Sally.

—¿No me digas?

Joan se aclaró la garganta. —Él... —No tenía ni idea de cómo iba a terminar esa frase, haciendo lo posible para que Wes no pareciera

un completo idiota—. Se olvidó. —Sí, eso era lo mejor que se le ocurría en ese instante, porque también resultó ser el preciso momento en que sus ojos se toparon con una maravilla de pelo oscuro bailando un vals. No era que ella pensara eso de James. Pero alguna mujer en algún lugar sí lo hacía.

—No puedo creer que el duque se olvidara de las flores.

—Se lo compensó, no te preocupes. —Joan soltó las palabras deprisa en un intento de acallar a Sally para poder concentrarse en los movimientos de James. Y entonces se dio cuenta de que era una total estupidez seguir al maldito libertino. Tenía cosas mucho mejores que hacer. Como, por ejemplo, fingir que no estaba siguiendo cada uno de sus movimientos con la mirada.

Y aunque quiso retractarse de su tono cortante y sustituirlo por la historia completa, se dio cuenta de que Sally ni siquiera se había percatado, porque lo único que respondió fue un siseo: —Está aquí. —Como si Joan necesitara que se lo recordaran.

James se cruzó con su mirada, esbozó una media sonrisa y caminó en dirección opuesta a ella y a Sally. Joan exhaló sin darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Por supuesto, James no se acercaría. No quería dar alas a Sally de ninguna manera. Pero ¿a qué había venido esa mirada pícara?

—¿Qué tal estoy, Joan?

—Estás preciosa como siempre, Sally. Pero no tienes por qué preocuparte. No viene hacia aquí —dijo, volviéndose más hacia Sally e ignorando la presencia de James.

—Probablemente tengas razón. ¿Quizá podamos intentar ponerlo celoso otra vez? ¿De verdad crees que ese plan funcionaría?

—Está en la naturaleza humana querer lo que no se tiene.

—Todavía no lo tengo, pero eso no significa que no pueda tenerlo —replicó Sally.

Joan se contuvo de responder a eso. A veces, había una buena razón para lo que una persona no tenía. Como en este caso. James era un libertino de notoriedad. Un mujeriego. Usaba a las mujeres para acostarse con ellas. ¿De cuántas maneras más necesitaba decirlo? James no buscaba casarse. ¿Acaso a Sally no le importaba que su reputación estuviera en juego? ¿Que, incluso si lograba atrapar a James, él probablemente acabaría guardándole rencor a ella y a sus artimañas? Esa no era forma de vivir: siendo el objeto del resentimiento de alguien.

Pero Sally quería lo que no tenía. Lo que no debería tener. Y, a pesar de su timidez, insistió en preguntar: —¿No estás de acuerdo?

Joan se encogió de hombros justo cuando un hombre se le acercaba. Estaba a punto de agradecerle interiormente la distracción cuando reconoció la figura masculina. Lord Tamely le tendió la mano y dijo:

—¿Me concede este baile?

Era de mala educación —incluso una deshonra— rechazar al hombre, a pesar de que fuera un rastrero. Así que le tomó la mano y se vio arrastrada por la pista de baile. Pero no fue un arrastre agradable y suave, como cuando una mujer se siente ligera, como si bailara en el aire. No, fue una sensación arrolladora, como si fuera una escoba que estuvieran utilizando.

—¿Está disfrutando de la velada? —le preguntó el rastrero.

—Sí —respondió Joan con un monosílabo en un intento de desalentar más preguntas.

—Es una noche agradable para una boda, ¿no le parece?

—Sí. —Añadió un leve asentimiento a su respuesta para no parecer demasiado maleducada. Y esbozó una media sonrisa para añadirla al medio asentimiento y así completar el gesto. Aunque por dentro se estremecía de pura grima.

Por suerte, el baile fue corto y lord Tamely la estaba llevando de vuelta con Sally. El momento no podría haber sido más perfecto, porque justo cuando ella llegaba, también lo hacían Jacob y James. Podía sentir los ojos de James sobre ella, perforando la piel de su mano, que lord Tamely estaba soltando de su antebrazo.

Si lord Tamely hubiera sabido leer el ambiente, o al menos el del pequeño grupo en el que se encontraba, se habría dado cuenta rápidamente de que sobraba. Por desgracia, carecía de tal capacidad de percepción.

—Tamely, ¿no habías dicho que ibas a bailar con lady Simone esta noche? —James ladeó la cabeza bruscamente, un gesto que Tamely no malinterpretó.

—Ciertamente —dijo él, haciendo una reverencia y despidiéndose. Aunque le dedicó una última mirada a Joan, y luego a James. Volviéndose hacia Joan, dijo—: Ha sido un placer bailar con usted. —Y besó el aire sobre su mano.

Y justo antes de que a Joan le diera tiempo a preocuparse de que Sally volviera a lanzarse sobre el hombre equivocado, James dio un paso al frente. Otra vez.

—Creo que este baile me pertenece.

Otro baile. Otro baile con el libertino. Seguramente no era tan malo aceptar. Después de todo, estaba salvando a su amiga, a quien veía por el rabillo del ojo coger la mano de Jacob para ir a la pista de baile. Ambos estaban ligeramente sonrojados, y Joan solo podía esperar que se dieran cuenta (¡y rápido!) de que estaban hechos el uno para el otro.

James no perdió el tiempo en ir al grano.

—¿Está floreciendo el amor?

Sobresaltada, Joan alzó la vista para encontrarse con la marea oceánica que sabía que la esperaba.

—¿A qué se refiere? —«¿Podía leerle el pensamiento?». Ni siquiera ella sabía lo que estaba pasando en su interior. El corazón le martilleaba. Allí estaba. Bailando con el libertino. Otra vez. En una boda. Hablando de amor. A eso se debía todo aquel revoloteo. Se había recreado el mismo maldito ambiente. Joan inhaló lentamente para calmar los nervios. Y lo que fuera aquel loco aleteo en su estómago.

—Esos dos. —Ladeó la cabeza en dirección a Sally y Jacob—. ¿Están ya enamorados?

—No creo que ocurra tan deprisa. —Aunque… no podía estar del todo segura.

—Tenemos que hacer más. ¿Le ha dicho algo sobre Jacob?

—En realidad, no. Solo que le llevó flores cuando la visitó.

James hizo una pedorreta con los labios.

—Todos los hombres hacen eso.

—No todos los hombres…

Pero no le respondió más que con una ceja arqueada con curiosidad.

—Todos los hombres deberían. Es una cuestión irrelevante. Lo hizo. Debería haberlo hecho. Ahora tiene que hacer más. ¿Está segura de que no le dijo nada más?

—Solo lo mencionó a usted.

—¿Qué dijo de mí? —preguntó él moviendo las cejas, posiblemente en busca de uno de los muchos cumplidos que sabía que circulaban en los mentideros.

—Solo que usted es…

Le guiñó un ojo y le dio una vuelta.

—Puede decírmelo.

—Dijo que quería estar en los brazos de un hombre deseado por tantas.

—Eso es bueno. —James parecía impresionado, e incluso un poco iluminado—. Podemos usar eso. En realidad no está interesada en mí, solo en la idea de mí. Necesitamos darle una idea mejor de Jacob.

—Pero Jacob no se parece en nada a usted.

—Exacto. Pero quizás solo necesite una nueva idea sobre Jacob. ¿Con qué rapidez puede convencer a sus hermanas para que empiecen a difundir algunos malos rumores sobre un buen hombre?

Capítulo 8



—Trata a tus hombres como si fueran tus propios hijos amados. Y te seguirán hasta el valle más profundo.

-Sun Tzu

CON LAS ÚLTIMAS NOTAS resonando en el salón de baile, Joan se separó de los brazos de James para buscar a sus hermanas mientras él se escabullía a una sala de juego. Tras buscar durante un minuto, encontró a sus hermanas, cada una comiendo un trocito de pastelito de limón. Por suerte, no estaban bailando. Necesitaba hablar con ellas de inmediato. Si podían poner en marcha el plan, Sally y Jacob tendrían una oportunidad de acabar juntos.

—Mimi, Nobi, necesito vuestra ayuda —susurró Joan por encima del borde de su vaso de limonada—. Bueno, en realidad, es Sally la que necesita nuestra ayuda.

A Mimi le brillaron los ojos con picardía a la luz de las innumerables velas. —¿Qué tenemos que hacer?

—¿Está Sally en apuros? —preguntó Nobi, siempre tan conciliadora.

—Sally está bien. Pero Jacob está enamorado de ella. Y Sally…, pues…, cree que está enamorada de James.

—¿Tu James? —La pregunta de Mimi no era nada inocente. Joan sabía que estaba intentando sonsacarle información; podía verlo en el brillo de los ojos de Mimi. Además, se trataba de su hermana pequeña. Rara vez, por no decir nunca, tenía intenciones simples e inocentes.

Joan se sonrojó. —No es mi James.

—Has bailado con él dos veces esta semana —añadió Nobi. Y Joan tuvo que admitir que Nobi probablemente lo mencionaba sin ninguna malicia.

—Solo son bailes. Tampoco es que nos hayan pillado a solas en un balcón —resopló Joan—. Solo eran *bailes* —repitió en su firme defensa—. Bailes entre sus fuertes brazos, con una mano cálida en la espalda. Protectora. Sugerente. Seductora. No. Seductora no. Solo estaba ahí. —No significaron nada.

En tono de burla, Mimi levantó el puño al aire de forma dramática y siseó: —¡No significaron nada, os digo! —Se rio—. Me parece que la dama demasiado protesta. —Y remató su actuación moviendo las cejas.

—Mimi, por favor. Esto no va sobre mí. Va sobre Sally. Tenemos que proteger su reputación. Es demasiado lanzada con James. Prácticamente le ha pedido al hombre que bailara con ella tres veces esta semana. —Joan exhaló—. Ha sido agotador intentar mantenerla alejada de él.

Mimi y Nobi intercambiaron una mirada mientras Joan cogía un pastelito de limón. Era evidente que sus hermanas se estaban comunicando algo, así que bien podía aprovechar para tomar un dulce. —¿Están buenos? —Pero no esperó a que ninguna de las dos asintiera en señal de aprobación para darle el primer bocado.

Sublime.

Justo lo que necesitaba en ese momento. Como sus hermanas seguían sin decir nada, Joan retomó la conversación. —A Sally le irá mucho mejor con Jacob. Todas estuvimos de acuerdo.

—¿Lo estuvimos? —preguntó Nobi.

—Lo estuvimos —confirmó Mimi, dándole un codazo a Nobi en las costillas.

—James y yo lo hablamos después de que lo hiciéramos nosotras tres. Sally y Jacob forman la pareja perfecta. Si Sally pudiera verlo… —No creía que necesitara recordarles a sus hermanas su conversación, pero la falta de palabras la incitó a rellenar algunos huecos.

—Sí, estoy completamente de acuerdo —afirmó Mimi, asintiendo con la cabeza.

Un momento. Ese comportamiento era extraño en Mimi. ¿Estaba *completamente de acuerdo?* Improbable. Nobi era normalmente la que estaba de acuerdo con todo. —¿Qué quieres decir, Mimi?

—Justo lo que he dicho. Estoy de acuerdo. A veces una persona no puede ver a su pareja perfecta cuando la tiene delante de sus narices. Y solo necesita un pequeño… empujoncito. —Mimi le dio un toque a Joan en el brazo.

—Para ya. —Joan apartó de un manotazo el dedo índice de Mimi, que volvía a la carga—. Sally cree que está enamorada de James…

—¿Y no lo está? —preguntó Nobi.

—Claro que no. El hombre es un calavera. Solo cree que está enamorada de él porque todas las mujeres se desmayan por sus mechones de obsidiana y sus ojos de color océano. Y sus anchos hombros tampoco la disuaden.

Las cejas de Nobi y Mimi se dispararon hacia el techo. —Sí…, bueno, esos atributos podrían tumbar a cualquier mujer —dijo Nobi con voz melosa.

—Quizá —descartó Joan la idea—. Muchas mujeres podrían caer rendidas por James, pero yo no. Puedo resistirme a su encanto porque sé la verdad sobre él.

—¿Y cuál es...? —Mimi dejó la pregunta en el aire.

—No quiere una esposa. Y nunca la querrá.

—¿Eso es todo?

Joan entornó los ojos hacia Mimi. —¿Eso es todo? —repitió la pregunta—. Es más que suficiente para cualquier dama de buena cuna. Ese hombre no quiere una esposa. No tiene sentido enamorarse de él.

—No estoy segura de que funcione así —dijo Nobi con cautela. Era como si intentara decir algo sin decirlo realmente.

—¿De qué manera? —preguntó Joan, que necesitaba más detalles.

—No eliges exactamente de quién te enamoras. —La explicación de Nobi no sirvió de mucho para apaciguar a Joan.

—Claro que sí —resopló Joan—. Eliges amar a alguien y, después, tienes que seguir eligiendo amarlo cada día.

—Ese es un tipo de amor diferente —aclaró Nobi—. Me refiero a de quién te enamoras. Eso no se puede elegir. A veces, simplemente… —Nobi suspiró de forma entrecortada— le ves los ojos y… caes rendida. Hipotéticamente, claro está.

—En fin, esa no es la cuestión —prosiguió Joan, que no quería retrasar el plan de cotillear sobre Jacob. Sabía lo que Nobi sentía por Chris. No era el tipo de amor que ella esperase sentir jamás. Era demasiado excepcional. Y ella era demasiado corriente.

—¿No lo es? ¿No estamos intentando que Sally se enamore de Jacob? —preguntó Mimi.

—Sí. Y es sencillo. Si logramos difundir algunos rumores sobre la… destreza de Jacob… y, ejem, lo apetecible que es, entonces Sally verá que otras mujeres lo desean. Se pondrá celosa y se enamorará de él.

El repentino silencio entre las hermanas era exasperante. ¿De verdad tenía que explicárselo con pelos y señales? ¿Tenía que desmenuzárselo? Seguro que entendían cómo funcionaría el plan. Pero se estaban mirando la una a la otra, comunicándose con las cejas y una mueca de los labios.

—¿Qué estáis cuchicheando vosotras dos?

—Nada —dijeron a la vez.

—Entonces, ¿me ayudaréis? —Y luego añadió—: ¿Y a Sally?

—Claro que sí.

Y solo hicieron falta cuatro bailes, seis pastelitos de limón más (repartidos a partes iguales entre las tres) y unas cuantas gotas de *on dit* derramadas sobre los bordes de tres vasos de limonada para que los rumores echaran a andar.

Espero que Jacob me saque a bailar.

He oído que Jacob sabe cómo complacer a una mujer.

Me gustaría encontrarme con Jacob en los jardines.

¿Os habéis fijado en el tamaño de sus manos?

¿Jacob? ¿El hombre de los ojos que hacen desmayar?

Y a partir de ahí los rumores se intensificaron. Así que cuando Joan se encontró observando a Sally a unos pasos de distancia, le encantó ver que esta miraba a Jacob mientras él sacaba a bailar a otra dama. No eran unos celos desbordados lo que Joan detectó en los ojos de Sally, sino una levísima curiosidad. Lo cual era mucho más de lo que había visto antes.

—El plan está funcionando. Reúnete conmigo en el balcón en cinco minutos. —La voz profunda retumbó en sus oídos, lo bastante alta para que la oyera. Y lo bastante grave para que le resonara hasta los huesos. Un escalofrío le recorrió los brazos. Debía de haber una corriente de aire en la sala.

Por el rabillo del ojo, vio cómo James salía al balcón por la puerta más alejada, al fondo de la sala. Tenía que ponerlo al día de sus progresos, así que más valía que lo hiciera ahora. Dando un rápido paseo por la estancia, se dirigió a la misma puerta por la que le había visto salir.

Cuando salió al aire fresco y gélido, una mano extendida la recibió con una bebida.

—A nuestra salud —la voz de James le provocó una cálida sacudida en la boca del estómago.

—¿Has visto cómo miraba a Jacob? —El regocijo de Joan era evidente en el tono de su pregunta.

Él asintió en la oscuridad; la luz de la luna apenas le iluminaba medio rostro. Aun así, ella pudo distinguir una ligera sonrisa de suficiencia.

Tomó un sorbo de su bebida y se echó hacia atrás, sorprendida. —¿Champán? —No era habitual que las damas bebieran champán. La limonada era la bebida que se esperaba de ellas. Sobre todo desde el fiasco de la noche de la apuesta del duque, Joan había tenido mucho más cuidado con lo que bebía. Las cuatro ya estaban inmersas en una apuesta que afectaría a todo su futuro. No necesitaba añadir otra proeza a su lista de imposibles. Asegurarse un duque ya era suficiente.

—Estamos de celebración —dijo él con un guiño. Alargó la mano, esperó a que ella repitiera el gesto y chocó las copas—. Por nosotros. Y por el amor.

Por supuesto, se refería al incipiente amor de Sally y Jacob, así que la creciente calidez que sintió en el vientre no significaba nada. Debía de ser el champán.

Joan aprovechó el momento para disfrutar de otro sorbo de la bebida y luego alzó la vista hacia el cielo nocturno. Las estrellas titilaban en lo alto, con apenas unas pocas nubes. Era una noche tranquila y serena, con solo un ligero frescor en el aire.

—¿Tienes frío? —preguntó él en voz baja.

En ese mismo instante, el frío del aire le puso la piel de gallina en los brazos.

—No, hace una noche agradable.

—Toma, coge esto. —Ya se estaba quitando la chaqueta y colocándosela sobre los hombros antes de que ella pudiera protestar.

La intensa colonia de él la envolvió en un aroma especiado y masculino. Con toda la discreción que pudo reunir, inspiró profundamente, dejando que la fragancia le llenara las fosas nasales. Era extraño plantearse grabar un aroma en la memoria, pero lo sopesó de todos modos.

Si no hubieran hablado abiertamente de sus diferencias, y si ella no supiera de sus planes de no casarse nunca, podría pensar que el que él compartiera su chaqueta era una especie de gesto significativo.

—Gracias —musitó. Luego se reclinó contra la balaustrada. Lo mejor era centrarse en el asunto que los ocupaba, no en intercambios de chaquetas y aromas que despertaban el calor—. ¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

—Mañana Jacob quiere llevar a Sally a remar por el estanque. Iremos con ellos. —James estaba cerca de ella, con la cadera apoyada en la misma balaustrada que ella. Estaba al alcance de la mano. Podría tocarlo con facilidad. Su pecho. Su bíceps. Su antebrazo. No es que estuviera pensando en eso.

—Lo has dicho como si ya estuviera decidido. Como si yo no tuviera ni voz ni voto.

Él la miró por encima de su copa y tomó un pequeño sorbo. —¿Preferirías que no fuéramos con ellos?

Ella se encogió de hombros, sin saber por qué se resistía al plan. —Parece un buen plan. Sin posibilidad de escándalo.

Él rio. —Cierto. Debemos evitar el escándalo a toda costa.

—¿Lo dices en tono burlón?

—Así es.

—¿Por qué?

Señaló el balcón. —Estamos solos en un balcón.

Y entonces cayó en la cuenta. Estaba sola en un balcón con un conocido libertino. ¿En qué estaba pensando? Solo pretendía ponerlo al día de sus progresos y, tal vez, trazar más planes. ¿Cuándo había bajado la guardia?

Al ver su pánico, él volvió a reírse. —Tranquila. Ya hemos terminado aquí de todas formas. Puedes volver dentro. Sana y salva. Ilesa. Intacta. —Se demoró en la última palabra y ella no pudo evitar preguntarse cómo sería sentir más caricias suyas. Pero ese camino llevaba a la perdición.

—Sí. Es una buena idea. —No lo de las caricias. Lo de volver dentro—. Aquí tienes la chaqueta. —Usó la mano libre para quitársela, pero se le caía demasiado rápido. Ya se precipitaba hacia el suelo cuando James la alcanzó por detrás y la cogió al vuelo. En el movimiento, el brazo de él la rodeó por la cintura y ella quedó apretada contra su pecho.

Su pecho firme y cálido. Con cada respiración, sentía el roce contra sus pechos, y sus pezones reaccionaron.

Se le cortó el aliento. —Gracias —dijo con voz ronca, sin saber muy bien por qué le estaba dando las gracias por evitar que su chaqueta cayera al suelo.

Tenía la voz igual de ronca.

—De nada.

Le estudió el rostro con la mirada y luego la posó en sus labios. Se humedeció el labio inferior y después volvió a clavarle la mirada.

A Joan le martilleaba el corazón en el pecho y estaba segura de que él no solo podía oírlo, sino también sentir cómo golpeaba contra su propio pecho.

—Joan...

—Creí haberla visto salir fuera —interrumpió una nueva voz desde el otro lado de la puerta. Joan apenas pudo distinguirla por el zumbido que le retumbaba en los oídos.

De repente, tenía la espalda apretada contra la pared exterior del edificio y el cuerpo aplastado contra la espalda de James, que la ocultaba del inminente escándalo. El cuerpo de él, junto con la puerta abierta, bastaba para camuflarla en la oscuridad. Se sintió... protegida.

—¿Está aquí fuera? —Esa voz era, sin duda, la de Mimi, y Joan suspiró aliviada.

—No lo creo... ¡Ah, James! No te había visto —dijo Nobi.

—Solo tomaba un poco el aire —dijo James con una calma pasmosa.

Joan le dio un golpecito en la espalda con el dedo índice para comunicarse. Cuando él se hizo a un lado, ella salió de detrás de él.

—¡Oh! —se sobresaltó Nobi.

A Mimi se le dibujó una amplia sonrisa en el rostro, pero lo único que dijo fue:

—Ahí estás. Te estábamos buscando.

—Hemos salido para hablar de nuestro progreso con Sally. Parece que los rumores han despertado su curiosidad. —*¿Despertado?* Esa no era la palabra adecuada. Demasiado tarde.

—Espléndido —dijo Mimi, dando una palmada—. Todo va según lo planeado.

Capítulo 9



El arte supremo de la guerra es someter al enemigo sin luchar.

-Sun Tzu

JAMES SE SENTÍA RARO. Al principio, atribuyó esa sensación al hecho de que llevaba un tiempo sin yacer con una mujer. Pero, si era sincero consigo mismo, solo había empezado a sentirse un poco raro desde la boda de Boudicca. Más concretamente, desde su baile con Joan. O tal vez incluso justo antes. La conversación mientras tomaban limonada ya le había picado… ¿el qué? ¿El corazón? No, seguro que no. ¿Sus partes nobles? Sí. Eso era cierto. Algo en su cuerpo reaccionaba a Joan, eso era innegable. Pero él era un libertino y había tenido un sinfín de reacciones ante incontables mujeres.

Excepto que…

La forma en que respondía a la sonrisa de Joan. A su risa. Al leve roce de su mano. Eso era diferente. Podía decir con toda sinceridad que nunca había tenido reacciones físicas tan fuertes a gestos tan

inocentes. Cuando bailó con ella, encajaba perfectamente en sus brazos. Y cuando la había escondido en el balcón, fue para protegerla. No por instinto de supervivencia. Aunque seguía sin querer casarse, su reacción instintiva había sido preservar la reputación de ella. De algún modo, era encantadora, a pesar de ser tan práctica. Y su particular tipo de encanto lo hechizaba especialmente a él. Pero cuando se paraba a pensarlo, cosa que no hacía muy a menudo, lo achacaba a las bodas y a todo ese parloteo sobre el amor.

En realidad, casi no hablaban de otra cosa que no fuera amor, matrimonio y ayudar a sus amigos a enamorarse, así que era inevitable que un torrente de sentimientos nuevos —y extraños— lo recorriera. James apartó esas reflexiones.

Bajo el sol radiante y el cielo azul de aquella espléndida tarde, sus planes, mencionados anteriormente, estaban a punto de dar fruto. Los invitados a la fiesta habían sido convocados a un pícnic, y todos se reunían perezosamente en diversos grupos sobre las mantas y sillas dispuestas para la ocasión. Jacob, sin embargo, no era de los que holgazaneaban, y James podía sentir la energía nerviosa que emanaba de su amigo.

James le había sugerido a Joan que no había nada de malo en preparar a Sally para la invitación a navegar. Como se había sentado junto a ella, no le supuso ningún esfuerzo hacerlo.

—¿No sería encantador sentarse en un bote de remos en un día como hoy? Sentir la brisa en la cara mientras se está en el estanque —oyó James que le decía Joan a Sally.

—Suena muy agradable —dijo Sally, dirigiendo la mirada hacia Jacob, que prácticamente estaba a punto de hacer un agujero en la tela que le cubría las rodillas de puro nerviosismo—. Si tan solo hubiera alguien interesado en la actividad.

Joan le había dicho a James que Sally era tímida, pero, hasta el momento, en todas las interacciones que James había observado, Sally se había mostrado resuelta, por lo que no podía evitar dudar de la capacidad de Joan para leer a las personas.

Afortunadamente, Sally ya no se centraba únicamente en él; de hecho, parecía sentir cierta curiosidad por Jacob. Si eso era cierto, aquella tarde podría dar comienzo a su cortejo. Por desgracia, Jacob estaba demasiado atenazado por los nervios para darse cuenta de la invitación de Sally, así que James le dio un codazo a su amigo.

—¿No tienes algo que preguntar? —le susurró a Jacob, enarcando las cejas.

—Eh… oh… sí, em… Sally —se aclaró la garganta—, ¿te gustaría acompañarme en uno de los botes de remos?

James intervino también para que los dos no se fueran solos.

—Joan, ¿nos unimos a ellos?

—Sí, sería maravilloso —dijo ella, incorporándose para ponerse de pie.

Samuel и Chris se habían unido al pícnic y estaban sentados con las hermanas de Joan. Y justo antes de que las dos parejas se marcharan, Samuel le susurró a James al oído: —Cien libras a que a Jacob le entran los nervios y hunde su barca con Sally dentro.

James le dio un empujón con el hombro. —¡Por Dios, espero que no ocurra nada tan dramático!

—¡Pasadlo bien! —les gritó Mimi mientras se recostaba en su manta.

James tomó la mano de Joan, la colocó en su brazo y la guio hacia las barcas.

Para entablar conversación, le preguntó: —¿Sabes remar?

—Sí. ¿Y tú?

Él se rio entre dientes, divertido por cómo podía devolverle la más simple de las frases.

—Sí. ¿Sabes nadar?

—Sí. ¿Estás planeando algo que deba saber?

—Nada por el estilo, solo es curiosidad.

—¿Tienes curiosidad por algo más?

En realidad, sentía bastante curiosidad por ella. Podía ser evasiva cuando quería. Otras veces, veía cómo se abría a él. Aunque él no estaba interesado en ella, y sabía que ella no lo estaba en él (debido a su condición de libertino), había partes de él que querían conocer partes de ella.

La miró de reojo. Era realmente hermosa. Pelo oscuro, casi como el suyo. Y unos ojos de un verde profundo como un bosque. La afilada curva de su nariz. La suave curva de sus apetecibles labios. Sí, podía admitir que eran apetecibles. Cualquier hombre con sangre en las venas lo reconocería. Era preciosa. No para él, por supuesto, porque era una dama. Lo que significaba que buscaba matrimonio e hijos. El futuro exacto que él estaba evitando. Si no estuviera evitando ese futuro, sin duda estaría deseando explorar su cuerpo. Quería verla desnuda. La cosa había escalado rápido. Pero una vez que la idea se le instaló en la cabeza, quiso ver más de ella.

Tumbada en su cama. O bañándose desnuda en el estanque por la noche. Realmente no debería recrearse en esos pensamientos. Con su altura, y por el rabillo del ojo, podía ver cómo sus turgentes senos lo provocaban. Debería estar pensando que no eran nada que no hubiera visto antes. Pero no lograba convencerse. Eran algo…

—Me estás mirando fijamente —interrumpió ella sus pensamientos sin mirarlo—. O tienes curiosidad por algo o tengo algo en la cara.

—Siento curiosidad —confesó él. Y como se sentía raro y no quería ser el único en pasarlo mal, soltó—: ¿Te has bañado desnuda alguna vez?

Esperaba que se diera la vuelta bruscamente y se marchara antes incluso de que pudieran meter la barca en el agua. Casi esperaba que, por alguna razón, le diera un puñetazo en el brazo.

En cambio, lo único que dijo (sin mirarlo, que conste) fue: —Ya te gustaría saberlo.

Y sí, ahora de verdad que le gustaría saberlo. Antes solo había preguntado para asustarla. Para descolocarla. Pero el plan no había funcionado, así que ahora estaba al borde de la desesperación por saber la respuesta.

Pero no iba a conseguir esa respuesta. Al menos no en ese momento. Habían llegado a las barcas, ambas varadas en la orilla, y Sally y Jacob se estaban subiendo a una. Lo que significaba que ya estaban lo bastante cerca como para oírlos. Dudaba mucho que Joan fuera a revelar ninguna información comprometedora en su presencia.

James le ofreció a Joan una mano para subir a la barca. —Con cuidado. Subiré y nos impulsaré con los remos.

Con elegancia, Joan entró y se sentó, manteniendo el equilibrio en la barca. James subió de un salto y, con un fuerte empujón, se adentraron en el estanque.

Con un giro rápido, James remó, de espaldas al estanque, mirando a Joan. —¿Los ves?

—Apenas —dijo ella, moviéndose para mirar por encima de él—. Pero lo poco que veo indica que Sally podría estar cambiando su foco de atención de ti a Jacob. No estoy segura de cuánto tiempo más nos necesitarán.

Una punzada hirió a James cerca del pecho. Estaba disfrutando de este tiempo con Joan. Si no le quedaba mucho tiempo con ella, quería saber más.

—Cuéntame algo que nadie sepa de ti.

Ella lo miró en silencio, y él pudo sentir cómo el escepticismo de la mujer lo analizaba. —Si nadie lo sabe, ¿por qué crees que te lo contaría a ti?

—A veces es más fácil contarle algo a un extraño.

—Aunque no te llamaría extraño, entiendo lo que quieres decir. —Se recostó, pensativa.

Tras remar durante un minuto, justo cuando pensaba que tendría que hacer otra pregunta, ella habló.

—¿Sabes que Boudicca hace esgrima?

—Sí.

—Lo mío son las dagas.

James estudió un ligero rubor que le subía por el cuello y sonrió. —¿Qué quieres decir exactamente? ¿Qué haces con las dagas? ¿Eres una luchadora clandestina de cuchillos?

—No. Las lanzo, y soy herrera de hojas.

Atónito, James dejó de remar. —Espera. ¿De verdad fabricas las hojas?

—Sobre todo dagas. Son mi especialidad. Siempre llevo una encima.

—¿Como ahora mismo?

Ella asintió.

—¿Cuando estábamos bailando?

Asintió de nuevo.

—¿Cuando duermes por la noche?

—Aunque no es asunto tuyo lo que hago por la noche, sí que tengo una a mano.

—Vaya. Eres una mujer impresionante, Joan. Para ser tan predecible, estoy sorprendido.

—Gracias.

Al pronunciar esas dos palabras, fue como si quisiera decir algo más, así que él esperó, con la esperanza de que confiara en él. Por alguna razón desconocida.

—A veces la gente me encarga hojas. —Le levantó la mirada y el brillo de sus ojos le dejó sin aliento. Era la vez que más emocionada la había visto—. No saben que soy yo. Espero hacer crecer mi negocio algún día.

Su confesión le llenó de calidez. Le estaba confiando algo increíblemente importante para ella. Y aunque él no sabía por qué lo hacía, se sintió… apreciado. Quizá esa no era la palabra exacta. Se sintió incluido, con un sentimiento de pertenencia y, extrañamente,

todo parecía correcto. Sintió como si ella debiera confiarle siempre sus secretos.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Tu secreto está a salvo conmigo. —Se acordó de volver a remar. Tras unas cuantas brazadas, quedaron ocultos de la vista por unos grandes setos y árboles que crecían muy juntos en una parte del estanque—. No sabía que fueras tan temeraria.

—En realidad no lo soy...

¡PUM!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Joan, y se levantó, poniendo las manos a ambos lados de la barca. Bueno, se medio levantó. Lo que en realidad hacía era doblarse por la mitad para mirar por encima de su hombro (él sabía que esa tenía que ser la verdadera razón). Pero una parte ínfima de él se preguntó si estaría intentando mostrarle las profundidades del valle entre sus dos agitados montículos.

Sintió una sacudida de excitación entre las piernas.

—¿Podrías... —se aclaró la garganta— sentarte?

Ella no se movió. —¿Qué ha pasado? —De hecho, se inclinó más hacia él, ofreciéndole una vista aún más clara.

Él gimió.

—Hemos chocado con una roca, James.

La urgencia en su voz hizo que él mirara hacia atrás. Efectivamente, había una gran roca en medio del estanque.

Irritado más por la reacción de su cuerpo que por su pequeño accidente de barca, le echó la culpa a ella. —¿No se te ocurrió avisarme de que íbamos directos hacia una roca?

—No la veía detrás de tu montañoso cuerpo.

¿Creía que era grande?

—Tus hombros son demasiado anchos.

—¿Es eso algo malo?

Nerviosa, respondió apresuradamente: —No. O sea, sí. Quiero decir… esto… eso no viene al caso. Es que no podía ver por encima de ti. —Y entonces, probablemente porque el aire entre ellos se había vuelto denso, añadió—: O a lo mejor era tu cabezota lo que no me dejaba ver.

Él se rio, sacudiendo la barca.

—Oh, James. No te rías —le regañó ella.

—¿Por qué no? Tiene gracia.

—Estás moviendo la barca. —Y entonces se arrodilló delante de él. ¡De rodillas! Estaba prácticamente entre sus piernas.

—¿Qué haces?

—Hay una pequeña brecha en la barca. —Su voz sonaba aterrada —. Está entrando agua. —Miró alrededor de la barca vacía. Buscando qué, él no lo sabía. ¿Un martillo y clavos? ¿Un cubo?—. Rápido. Dame tu calcetín.

—¿Qué? —chilló él. Sin duda, era un sonido que nunca antes había producido.

—Necesito tapar el agujero.

—Usa tu propia media.

Pero en realidad, fue un error decir eso. Supo que había sido un error cuando la vio levantarse el dobladillo del vestido para revelar unos finos tobillos y… no podía mirar. Tampoco podía dejar que continuara.

—Olvídalo. Te daré el mío.

Pero debió de no actuar con la suficiente rapidez, porque mientras él se desataba un zapato, ella ya estaba ocupándose del otro.

—No te muevas, James. Estás moviendo demasiado la barca.

Pero tenía que moverse. Tenía que quitarse el calcetín. Tenía que hacer algo para no pensar en que ella estaba potencialmente entre sus piernas, tocándole el pie. Piel con piel.

Y entonces la posibilidad desapareció y se convirtió en realidad. Ella *estaba* entre sus piernas. Apretándose contra su miembro (ahora semiduro), murmurándole que no se moviera (cosa que no se atrevió a hacer), y lanzándose hacia delante. Hacia el agujero, solo podía suponer. Con el calcetín en la mano.

Cerró los ojos con fuerza. Nadie podía verlos, lo que en ese preciso instante era tanto una bendición como una maldición. Porque era una postura escandalosa en la que ser descubiertos. La maldición, sin embargo, era que si no remaba lo bastante rápido para volver, podrían hundirse. Y aunque ella supiera nadar, las numerosas capas de ropa la arrastrarían al fondo. Y si bien ahora más que nunca deseaba verla bañarse desnuda (pues así conocería de primera mano la respuesta a la pregunta que se había hecho antes), no creía que hacerlo delante de tantos invitados fuera a preservar su reputación.

—Date prisa, Joan.

—Casi... ya estoy. Sí.

—No necesito que me lo vayas narrando —dijo él, agarrando los remos con una fuerza que parecía venir del Altísimo.

Pero ella no se detuvo. —Qué poco falta. —Él cerró los ojos con fuerza y apretó la mandíbula.

—Solo... necesito... terminar... sí. ¡Ya está! —exclamó ella.

Dios, qué tortura. —Levántate —le gritó.

—No hace falta que me gruñas. Intento salvarnos.

Él la fulminó con la mirada y empezó a remar hacia la orilla.

—Vaya por Dios, las medias no funcionan.

—¿Qué?

—¿No ves el agua que se acumula en el fondo de la barca?

Sí, la veía. Ahora que la miraba. Pero no, no la había visto porque intentaba mantener la vista levantada y alejada de ella o de cualquier cosa que estuviera cerca.

—La barca se va a hundir antes de que lleguemos a la orilla —dijo Joan, constatando lo obvio.

—Mierda —masculló James. La situación era terrible. ¿Debía saltar al agua y quitarle algo de peso a la barca? El agujero estaba lo bastante alto como para que, sin el peso de sus noventa y cinco kilos, pudiera quedar por encima de la línea de flotación.

Bueno, mejor él en el agua que ella. Empezó a quitarse las prendas de abrigo.

—¿Qué haces?

—Nadar.

—¿Ahora?

—Para que no tengas que hacerlo tú.

—Ah.

Y entonces se puso de pie, listo para saltar.

Capítulo 10



—Reflexiona y delibera antes de mover ficha.

-Sun Tzu

—¡NO SALTES! —resonó una voz de mujer, clara y nítida—. No llegaba a ser de pánico, pero sí una advertencia teñida a la vez de esperanza. James se quedó quieto, separando más los pies para reducir el bamboleo de la barca.

Cuando James levantó la vista, vio los ojos de Joan como platos. —Creo que veo a Jacob y a Sally. Hagámosles señas. No tendrás que saltar al agua si conseguimos llamar su atención. Están justo ahí —dijo señalando un bulto de color beis y marrón que asomaba por el agua.

Si no tenía que tirarse al agua para salvarse, lo prefería con creces. James miró hacia atrás y allí, tras unas espadañas, asomaba el borde de la barca de Jacob. Ahora que la buscaba, podía verla. —Todavía no pueden vernos.

Esperaron, previendo que la barca aparecería por completo en breve. Nada.

—¡Jacob! —gritó, al darse cuenta de que la barca no se movía. Volvieron a esperar, ansiosos. Seguro que Jacob lo había oído. Pues no. ¿Qué demonios estaban haciendo? No había ninguna razón para detenerse en el agua a mirar un bosque de espadañas. A menos que…, bueno, James era un hombre. Un hombre viril. Se le ocurrían una o dos razones para hacer una pausa, ocultos a la vista.

¿De verdad quería interrumpir *eso* si estaba ocurriendo? Pero sus opciones eran limitadas. Uno: quedarse sentado en una barca que se hundía. Dos: saltar a un lago para salvarse. Tres: hacerle un cortecito a un amigo.

—¡Jacob! —llamó James más fuerte.

Nada.

James se dirigió a Joan. —Juntos, a la de tres. —Cuando ella asintió, contó—. Una. Dos. Tres.

—¡Jacob!

A James le resultaba imposible creer que Jacob no hubiese oído ese grito. Y entonces, efectivamente, la proa de la barca avanzó unos centímetros y el resto apareció a la vista. James pensó comentar sus observaciones con Joan más tarde, pero de momento bastaba con decir que se fijó en que Sally se colocaba el pelo detrás de las orejas y se lo alisaba. Tenía los labios un poco hinchados y las mejillas arreboladas. Y Jacob… bueno, lucía la sonrisa más amplia que le había visto a hombre alguno.

No obstante, cualquier análisis de esas observaciones tendría que esperar. Y aunque sintió una pequeña punzada de culpa por haber

aguado la fiesta a su amigo, en esta situación priorizaba la seguridad de Joan.

—Jacob, nuestra barca tiene un agujero. Ven aquí y lleva a Joan a la orilla. —Al ver el tamaño de la otra barca y calcular las cuatro personas que tendrían que caber, no estaba seguro de que pudieran meterse todos en una sola barca de remos. Adiós a sus opciones. Le tocaría nadar.

—¿Y tú qué? —preguntó Joan.

Él bajó la voz para hablar con ella. —Si hay sitio, iré con vosotros. Pero es más urgente que llegues a la orilla sana y salva.

Mientras pronunciaba esas palabras, vio a Joan fruncir y relajar el ceño, procesando lo que había dicho. No había sugerido nada que cualquier otro caballero no hubiera hecho. Aun así, podía verle la expresión de desconcierto.

—Estaré bien. Sé nadar. No está lejos. —Descartó las preguntas que vio formarse en los ojos de ella y se volvió hacia Jacob, que remaba rápidamente hacia ellos.

Para cuando Jacob llegó a su barca, James ya había asegurado los remos para que no se fueran a la deriva mientras hacían el transbordo.

—Yo sujetaré las barcas —indicó James—. Jacob, ayúdala a subir a la tuya.

—¿Qué puedo hacer *yo*? —preguntó Sally, haciendo ademán de levantarse.

—Tú quédate sentada —dijo James con urgencia. Si Sally se movía lo más mínimo, podía desequilibrar toda la barca y, en lugar de nadar James, lo haría Joan.

Cuando un pequeño puchero se formó bajo el ceño fruncido de Sally, añadió: —Necesitamos que alguien estabilice la barca.

Eso pareció apaciguarla, así que, lentamente, Joan se izó a la otra barca. Incluso en esta pequeña situación de crisis, él se fijó en que se movía con determinación y elegancia.

En cuanto Joan estuvo en su sitio, James comprobó por dónde se había producido la vía de agua. Maldita sea. Todavía había demasiado peso en la barca. El agua se estaba filtrando.

—James, te toca a ti —dijo Jacob, con la mano extendida.

James observó el bote de remos. Ya parecía abarrotado. Mientras Joan se movía para hacerle sitio, la barca se tambaleó.

—No te preocupes. Volveré remando en esta barca.

—No seas tonto. Hay sitio de sobra. Sube y arrastraremos la otra barca —dijo Jacob.

Con recelo, James volvió a examinar la barca. Si Jacob creía que funcionaría, quería confiar en su amigo. Hacerle quedar bien delante de Sally.

Afianzándose en su barca, levantó con cuidado una pierna para apoyarla en la otra.

Por desgracia, en el mismo instante en que se sostenía sobre una pierna cual flamenco en su bote de remos, Sally aprovechó para echarse hacia atrás diciendo:

—Te haré un poco más de sitio por aquí.

Y ese movimiento fue suficiente para que la barca se meciera, alejándose de donde James iba a apoyar el pie.

Fue como si todo sucediera a cámara lenta. James vio cómo el borde del bote de remos se deslizaba, escapándose de debajo de su

pie. Jacob se mantenía firme en el centro para equilibrar su barca llena de damas, y Joan estaba de rodillas (¡otra vez!), extendiendo la mano hacia él.

Caía sobre ella. El impulso era demasiado fuerte. Su cabeza chocó contra la de ella, pero de algún modo solo fue la boca de Joan la que impactó contra su ojo. Entonces...

¡CHOF!

Y James se hundió en el agua refrescantemente fría.

—¡James!

Podía oír los gritos desde debajo del agua. Por suerte, se había quitado la chaqueta y el chaleco antes de sumergirse. Nadar vestido era un lastre para un hombre. ¡Y ni pensar en que una dama se cayera al agua con todas sus capas de ropa!

A pesar de los gritos y de la impresión del agua, James estaba tranquilo. Ya se había resignado a nadar, así que, cuando sacó la cabeza del agua, la sacudió, salpicando a quienquiera que lo estuviera esperando (esperaba haberle atinado a Joan con algunas gotas), y soltó una carcajada.

Tenía que pasar. —¿Es un buen día para un baño, no te parece, Joan?

***

POCO DESPUÉS, Joan esperaba a James en la orilla. Tal y como preveía el abnegado plan de James, ella estaba completamente a salvo y seca. Jacob y Sally se habían adelantado para pedir una toalla y un té para que James entrara en calor. Era un día soleado, pero James podría sentir un escalofrío por dentro. Joan había

decidido esperarlo, solo para asegurarse de que no necesitaba ayuda.

James no iba muy por detrás de ellos, pero nadar y empujar la barca lo había retrasado un poco.

Joan se había ofrecido a tirar de la barca, pero James insistió en empujarla, diciendo que necesitaba hacer ejercicio.

Cuando James se acercó, lo observó mientras buscaba un punto donde el agua fuera lo bastante poco profunda como para ponerse de pie. Con cada paso, revelaba lentamente más de su cuerpo. Un cuerpo escultural que podía ver claramente a través de una camisa blanca translúcida. Un cuerpo ondulado por los músculos del que no podía apartar la mirada. Una mano descansaba sobre la barca mientras se detenía un momento. Con la otra mano se pasó los dedos por el pelo, esparciendo gotas por todas partes. El agua se deslizaba por su pecho, hacia abajo... No se atrevió a mirar. Pero entonces lo hizo.

Sus piernas eran poderosas, los muslos gruesos. Era evidente que hacía ejercicio con frecuencia y que daba sus frutos. Y ella quería lanzarse sobre él. Era una tontería. Él estaba bien. Estuvo bien todo el tiempo. Ni siquiera había habido peligro en lo que acababa de hacer. Aun así, se sentía aliviada de que estuviera bien y de que hubiera vuelto. Y de que estuviera mojado.

Bueno, lo de que estuviera mojado era solo una observación. No algo por lo que estuviera particularmente agradecida. Aunque... al volver a repasar su cuerpo con la mirada, no es que no estuviera agradecida de que estuviera tan mojado.

Y, curiosamente, ella se sentía un poco... húmeda. Entre las piernas. Un líquido que se acumulaba como nunca antes había experimentado. Y sus pezones se estaban endureciendo, como balizas que apuntaban a James. Casi exactamente igual que un faro, dirigiéndolo hacia ella. Llamándolo.

Dios, necesitaba despejar la mente. Estaba empezando a sonar como Mimi y todas sus fantasías.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo, sintiendo que tenía que decir algo, y eso era mucho más seguro que cualquier otra cosa que flotara en su cabeza.

—¿Me has echado de menos? —bromeó él.

Ella puso los ojos en blanco. Era natural que un duque fuera arrogante, a menudo hasta pecar de ello. Normalmente, la experiencia de Joan con los duques era que su altivez resultaba condescendiente y dejaba solo a lacayos a su paso. Pero la arrogancia de James era diferente. Tenía confianza en sí mismo, pero era desenfadado. Siempre levantaba el ánimo a quienes lo rodeaban. Sabía quién era. Sin pedir disculpas. Era diferente para las damas de la *alta sociedad*. Joan sabía quién era ella, pero tenía que ocultar gran parte de sí misma. Como la daga que siempre llevaba consigo, oculta más allá del bolsillo derecho, donde dejaba una pequeña abertura para acceder a ella con facilidad.

James se movía de nuevo, dirigiéndose directamente hacia ella como si fuera un faro. Gruñó mientras empujaba la barca hacia la orilla.

Uf. Aquel sonido grave y retumbante le llegó directo a las entrañas, como una sacudida. Abrió los ojos como platos. ¿Qué había sido esa

reacción? Era como si ya no conociera ni entendiera su propio cuerpo. Se comunicaba en un idioma extranjero.

Cuando James se dejó caer en la hierba, dio unas palmaditas en el sitio a su lado.

—¿No quieres cambiarte? —preguntó ella, observando su camisa translúcida y empapada. Los músculos pectorales se le marcaban con el movimiento, y lo único que hacía era cambiar de postura las piernas para apoyar los antebrazos sobre las rodillas. Sus ojos querían desviarse hacia sus calzones, donde estaba segura de que vería la tela pegada a… él. Aterrada ante la idea de ceder, le sostuvo la mirada.

—En un minuto —resopló él.

Y, Dios, su respiración agitada le estaba provocando algo. Ciertas partes de su cuerpo vibraban. Esas partes de su cuerpo le gritaban. Le enviaban un mensaje alto y claro. *Peligro*. Debía marcharse. La tentación crecía. Pero no quería irse.

—Tenemos que hablar.

Ay, madre, eso no sonaba bien.

—Tienes que contarme qué está pasando.

¿Cómo sabía él que a ella le pasaba algo? Ciertamente, hasta ahora se habían podido comunicar sin esfuerzo, como si él estuviera en sintonía con ella de algún modo. Pero ¿de verdad podía sentir la respuesta física de su cuerpo? No estaba lo bastante cerca para que él sintiera su calor, ¿o sí? ¿Eran visibles esas vibraciones?

Consiguió mantener el rostro impasible y preguntó con indiferencia:

—¿A qué te refieres?

—No he visto la reacción de Sally. ¿Qué ha pasado en la barca? ¿Estamos progresando con ellos?

—Ah —exhaló aliviada—, eso. No podría haber salido mejor ni aunque lo hubiéramos planeado. Los ojos de Sally estaban fijos en Jacob, como si soñara despierta. Y estoy casi segura de que la he oído exclamar *«Mi héroe»* cuando él me ha ayudado a subir a la barca. Creo que ni se ha dado cuenta de que te has caído al agua.

Ante eso, a James se le escapó una carcajada. El sonido dibujó una rápida sonrisa en los labios de ella.

—Gracias por salvarme. —A pesar de que James había parecido un poco incompetente durante el intercambio en la barca, quería que él supiera que había visto sus esfuerzos y que se los agradecía.

—Sí. Sobre eso…

—Tú podrías haberme salvado mejor a mí.

Pudo sentir un intenso calor bajo la mandíbula que le subía por las mejillas.

—Un caballero no me recordaría ese encuentro tan obviamente incómodo.

Él rio por lo bajo.

Joan zanjó el tema con un gesto.

—En fin… Creo que Sally está coladita. ¿Y has visto de dónde venían? De detrás de esos altos carrizos para que nadie pudiera verlos. ¿Y has visto la pinta que tenía después de que los llamáramos?

—¿El pelo? —sonrió James con picardía.

—¿Los labios?

—¿La sonrisa de Jacob?

Los dos se rieron juntos.

—Nunca pensé que Sally fuera de ese tipo —murmuró Joan.

Con un movimiento de cejas, James bromeó:

—Todas las damas son de ese tipo.

—No *todas* las damas —replicó Joan, pero sin demasiada vehemencia.

—¿Tú nunca…?

Por alguna razón, esa pregunta despertó algo en ella. Joan casi deseó haber dejado que un hombre la llevara a un lugar privado y la besara. De ese modo no se sentiría tan avergonzada por, al parecer, no ser como *todas* las demás damas. Pero cuando la mirada de James se suavizó y vio algo encenderse en sus ojos, el corazón le dio un vuelco.

—Bueno…, parece que hemos hecho nuestro trabajo, entonces —afirmó James.

Y por mucho que esa frase debiera haber alegrado a Joan, una pequeña tristeza se apoderó de su corazón. O de algún lugar cercano. Si Sally y Jacob ya estaban emparejados, no había ninguna razón para que Joan y James siguieran estándolo.

—¿A qué viene esa cara? —insistió James.

—Oh, por nada. —Pero sí que tenía una razón. Si estaba dispuesta a admitirla—. Estaba disfrutando mucho de su tiempo con James. Era divertido. Despreocupado. Guapo… No quería renunciar a él todavía—. ¿Quizá Sally y Jacob solo necesiten un empujoncito más?

James le estudió el rostro un instante y dijo:

—No podría estar más de acuerdo. Queremos estar absolutamente seguros de que se harán pareja.

—Decidido, entonces. ¿Un empujoncito más?

—Solo un pequeño codazo —asintió él mientras le daba un golpecito con su hombro en el de ella.

—Entonces, más vale que hagamos que merezca la pena.

—No podría estar más de acuerdo —sonrió él.

Ella sonrió.

Así. Así estaba mejor.

Capítulo 11



La valentía sin previsión hace que un hombre luche a ciegas y desesperadamente como un toro bravo. A tal oponente no se le debe hacer frente con fuerza bruta, sino que puede ser atraído a una emboscada y aniquilado.

-Sun Tzu

LA NOCHE NO PODÍA LLEGAR lo bastante rápido, pero antes de que llegara, había que tomar el té de la tarde. Joan estuvo a punto de saltárselo e irse directa a su habitación, pero no quería parecer una invitada desagradecida. Así que se recordó a sí misma que lo único que tenía que hacer era mantener una conversación educada durante un rato, y luego podría irse a descansar. Para ella, «descansar» tenía una definición flexible, viendo las ganas que tenía de que llegara la noche. Estaba rebosante de expectación por poner en marcha su plan y el de James. Le costaba un mundo quedarse quieta y beber té. Pero si algo podía calmarle los nervios, el té debía de ser la solución. ¿Y qué eran una o dos horas de conversación

educada? Nada que no pudiera hacer hasta dormida. La habían educado para ser una dama.

A pesar de la estimulante charla que se había dado a sí misma, seguía sintiéndose un poco ansiosa mientras sorbía el té y la condesa Linsgate charlaba con ella.

Al principio, la conversación solo tocó temas seguros. El tiempo. Los actuales proyectos de costura. El té favorito. Nada del otro mundo. Todas conversaciones que, de hecho, había mantenido en sueños. Aunque quizá sería más exacto decir que eran todas conversaciones que podían inducirla al sueño.

Pero entonces la condesa preguntó con disimulo:

—¿Qué tal en el estanque esta tarde?

Joan no estaba segura de qué rumores se habían difundido ya, y desde luego no quería añadir más. Lo mejor era no soltar prenda.

—Ha sido una tarde encantadora. Aunque me pregunto qué tiempo hará en Copenhague por estas fechas.

La condesa Linsgate se quedó visiblemente atónita.

—¿Copenhague? Le aseguro que no sé qué tiempo hace allí ahora mismo.

La afirmación pretendía descolocarla lo suficiente como para distraerla, pero, lo que era más importante, la palabra clave «Copenhague» había sido utilizada como señal para sus hermanas.

—¿Ha estado usted? ¿En… Copenhague? —preguntó la condesa como si estuviera intentando atrapar una pregunta en el aire a su alrededor.

—¿Copenhague? —repitió Joan en voz alta, mirando a su alrededor para encontrar la mirada de sus hermanas—. Nunca he estado en

Copenhague. Al volver a enfatizar la palabra, por fin captó la atención de Nobi. Joan observó cómo Nobi miraba a Mimi y le decía *Copenhague* con los labios. Luego se recostó y esperó un momento.

Nobi se acercó con una sonrisa (falsa, pero solo Joan podía saberlo). Con el más melifluo de los tonos, su hermana mayor preguntó:

—Disculpe, condesa, ¿nos permite que nos llevemos a Joan? La necesitamos para resolver una disputa.

—Por supuesto —asintió la condesa. Probablemente, más que agradecida de no tener que continuar la conversación sobre Copenhague.

Mimi tomó la mano de Joan y las hermanas se sentaron en el perímetro del grupo, donde no pudieran oírlas con facilidad.

—¿Copenhague? —preguntó Mimi con una ceja arqueada y una leve sonrisa dibujada en el rostro—. Hacía tiempo que no teníamos que usar esa palabra clave.

Joan exhaló con alivio. Siempre podía contar con sus hermanas.

—Creía que podría con la cháchara, pero necesitaba un respiro.

—Nos pasa a las mejores —dijo Mimi—. Una mujer solo puede soportar un número limitado de conversaciones sobre moda y comida.

Nobi rio entre dientes.

—Pues a mí me gustan esas conversaciones.

—¿Ah, sí? ¿O solo sigues la corriente para no desentonar? —la retó Mimi con suavidad.

—No viene al caso. Joan nos necesita. ¿Qué pasa? —Nobi se volvió hacia Joan y le puso una mano en el antebrazo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Ahora que tenía la atención de sus hermanas, no estaba segura de cuánto quería revelar.

—Bueno, debes de sentirte bien contigo misma, ¿no? —le preguntó Mimi a Joan después de dar un sorbo de té.

—¿Por qué lo dices?

Mimi ladeó la cabeza hacia Sally, que miraba fijamente una pared con un retrato familiar, con ojos soñadores que claramente no estaban asimilando los rasgos de la familia de su anfitriona.

—Parece que está enamorada —dijo Nobi en voz baja.

Y si alguien lo sabía, era Nobi. Llevaba suspirando por Chris desde siempre. Pero Joan preguntó de todos modos:

—¿De verdad lo crees?

Nobi asintió.

—Desde luego ha cambiado desde el baile, cuando empezaron todos los rumores.

Joan se sentía eufórica por el éxito de sus recientes esfuerzos.

—Solo necesita un pequeño empujoncito más.

—No lo creo. Parece que ya ha caído... ¡ay! —Nobi se frotó la parte superior del brazo y fulminó a Mimi con la mirada—. ¿Qué...?

—Sí —la interrumpió su hermana—. ¿Qué te hace pensar que necesita otro empujoncito?

—James y yo hemos acordado que con otro pequeño empujoncito, el destino de esos dos quedará sellado.

Nobi abrió la boca, pero no le salieron las palabras. En su lugar, las de Mimi llenaron el silencio. —¿No podríamos estar más de acuerdo, verdad, Nobi?

Nobi volvió a masajearse la parte superior del brazo. —Claro —murmuró—. Solo espero que sepáis lo que hacéis —añadió mientras cogía una galleta de té.

—Por supuesto que sí. Tenemos un plan.

—Uuuh —canturreó Mimi—. ¿Cuál es el plan?

Joan hizo una pausa. En realidad, no quería contarles a sus hermanas la cita secreta que habían planeado para Jacob y Sally. Le parecía una traición a su confianza compartir el plan secreto con ellas. Por otro lado, sus hermanas eran sus mayores aliadas. Debería confiar en ellas más que en nadie. Entonces... ¿por qué no quería hacerlo en esta ocasión?

—Venga ya, Joan. Cuéntanos —insistió Nobi.

Joan se irguió en su asiento. Se inclinó hacia delante y se sirvió otra taza de té mientras las damas invitadas a la fiesta charlaban a su alrededor, ajenas a los benévolos planes que se compartían entre ellas.

—Bueno —titubeó, y sus hermanas se acercaron más—. Os diré una cosa. —Desvió la mirada de una hermana a otra—. Tenemos planeado que sellen su cortejo con un beso esta noche en los jardines.

Joan observó cómo los ojos de Mimi se abrían de par en par con deleite en correlación directa con el entrecerrar de los de Nobi.

—¿Estás segura de que es buena idea? —preguntó Nobi con cautela.

—Es una idea maravillosa —dijo Mimi con regocijo, pasando por encima de su hermana—. ¿Cómo podemos ayudar?

—Ahora que lo mencionas, no queremos que los pillen. Solo queremos que tengan un momento a solas.

—¿Queremos?

—James y yo —contestó Joan, lanzándole una mirada curiosa a Mimi. Debería haber sido obvio a quién se refería. Acababa de decirles a sus hermanas que James y ella lo estaban planeando.

—¿«Queremos»? —repitió Mimi en voz baja a Nobi.

Nobi la ignoró. —¿Crees que es prudente?

—Es el plan perfecto. James llevará a Jacob al jardín y yo guiaré a Sally hasta allí. Entonces los dos podrán darse un beso.

—O algo más —sonrió Mimi.

—¡Mimi!

—No hace falta que me regañes, Nobi.

—Alguien tiene que hacerlo si Boudicca no está. —Nobi parecía sonrojada y un poco alterada. Pero Joan no estaba segura de si era por el comentario de algo más que besos o por tener que reprender a Mimi.

—No harán nada más que besarse —las tranquilizó a ambas—. Sally es demasiado tímida para eso. Demasiado tradicional para algo más que un besito.

—El amor hace que la gente haga locuras —suspiró Nobi.

—No en este caso —dijo Joan.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Nobi.

—Conozco a Sally.

—¿Habrías predicho alguna vez que se mostraría tan desenvuelta con James?

—Bueno... —Joan nunca habría predicho que Sally se comportaría de esa manera—. Pero eso fue diferente.

Mimi solo enarcó las cejas a modo de pregunta.

—Aquello no fue escandaloso. Al menos, no *tan* escandaloso. Esto es diferente. No hará nada más que besarse. Incluso un beso podría ser pedir demasiado.

Mimi y Nobi ofrecieron un evasivo «Mmm...» como respuesta.

Y, en realidad, eso debería haber sido una señal de advertencia para Joan. Pero no lo fue.

***

UNAS HORAS MÁS TARDE, ESA NOCHE, Joan esperaba en el jardín a que Sally apareciera. Estaba escondida, pegada a los rosales para poder oler su delicada fragancia. El plan había consistido en que Joan le dijera a Sally que se reuniera con ella allí, mientras que James haría lo propio con Jacob. En realidad, ni Joan ni James pensaban dar la cara. Los dos tortolitos se encontrarían y se darían un beso, sellando así su destino.

James llegaría de un momento a otro para asegurarse de que Jacob y Sally se encontraban como habían planeado. A Joan le latía el corazón desbocado. Tenía las palmas de las manos sudorosas y sentía una gota de sudor recorrerle la parte baja de la espalda. En cuestión de minutos, ella y James serían testigos del resultado final de todos sus esfuerzos y se sentía como si estuviera en una nube. Saltando de nube en nube, como si pudiera alargar la mano y tocar las estrellas.

A su lado sonó un crujido de hojas y luego una voz susurró:

—¿Ya han llegado?

El suave aliento de sus labios, tan cerca de su oreja, le hizo cosquillas en la piel. Un escalofrío danzó por su columna vertebral como una bailarina.

No pudo volverse para mirarlo.

—Todavía no. Deberían llegar en cualquier momento. ¿Por qué has tardado tanto?

—No podía escaparme. ¿Llevabas mucho esperando? —Era una pregunta sencilla e inocente, pero sonó burlona.

—No demasiado —susurró ella. Pero otro escalofrío hizo que su cuerpo se estremeciera.

—Toma, coge mi abrigo. Tienes frío. —Sus manos grandes y cálidas recorrieron sus brazos antes de que él se quitara el abrigo y la envolviera con él de nuevo. ¿Acaso aquel hombre solo llevaba abrigo para ofrecérselo a los demás? Olía de maravilla; su intensa colonia la envolvió. Hubo un tiempo en que pensó que la colonia era demasiado fuerte, ahora le resultaba embriagadora. Protectora.

Se puso a su lado.

—¿No podrán vernos desde aquí?

—¿No nos ocultarán las sombras?

—No lo creo. No nos arriesguemos. No queremos que se enfaden demasiado con nosotros. Vamos. —Entrelazó sus dedos con los de ella y tiró para llevarla detrás de los rosales. Había espacio justo para que dos cuerpos se escondieran entre los rosales y el muro que había detrás. James se apoyó en él y atrajo a Joan de espaldas contra su pecho.

—Chisss… —siseó él, rodeándola por la cintura con el brazo. Aunque ella no había estado hablando, Joan cerró la boca de golpe. Podían oír pasos.

Pero entonces no pudo evitarlo; giró la cabeza ligeramente hacia atrás y susurró:

—Estoy muy emocionada.

Y lo estaba. El corazón casi se le salía del pecho. Deseaba toda la felicidad, seguridad y buena reputación posibles para su amiga. Aquel era el momento que podía sellarlo todo.

—Yo también —le llegó un susurro demasiado cercano—. Pero ahora debemos guardar silencio. —Una de las manos de James se deslizó por delante de ella y luego su dedo índice le tocó los labios.

Y fue entonces cuando sonaron todas las alarmas. La señal de peligro ondeó, cegadora, justo delante de su cara. Era la advertencia más grande que jamás había presenciado.

Su cuerpo se tensó.

Estaba a solas con un hombre… un libertino. Estaba pegada a su cuerpo… a oscuras. En un jardín. A solas. Su dedo acababa de rozarle los labios. Y sus labios ardían por su suave contacto. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Era una idea terrible. Podría haber enviado a Sally al jardín y haberlo dejado así. ¿Por qué necesitaba estar allí para presenciarlo? Si Sally iba a besar a Jacob, ¿por qué necesitaba ser testigo de ello?

¡Dios mío! ¿Por qué no se le habían ocurrido antes todas estas preguntas? ¿Cómo habían permitido sus hermanas que siguiera adelante con este plan estúpido?

Antes de que Joan pudiera siquiera empezar a defenderse ante la lógica, las voces comenzaron. Y sus planes pasaron de terribles a humillantes.

Joan no pudo entender todo lo que Jacob y Sally decían; por suerte, hablaban en susurros y estaban lo suficientemente lejos de ellos. Pero…

Oh, Dios mío, ¿qué era ese sonido? Un gemido.

Seguido de un gruñido.

Un quejido.

Y luego un: «Oh, Dios, Jacob».

¡Oh, Dios, Joan! Joan. La Cautelosa. La que tenía la cabeza bien amueblada. La que tomaba decisiones calculadas basadas en la razón y el sentido común. Y sin olvidar la etiqueta. ¿Qué demonios había pasado? Que había conocido a un libertino y había dejado que la influyera. Eso es lo que había pasado. Y ahora estaba allí, con los ojos apretados, deseando que hubiera una manera de taparse los oídos también.

¿Y cómo podía apagar sus pezones? Estaban duros como piedras. Y tensos. Y esa parte entre sus piernas. ¿Cómo podía calmar la palpitación de ahí?

Sintió cómo el cuerpo de James se endurecía detrás de ella.

Soltó un gritito y una mano grande y cálida le tapó la boca.

—Chisss… —siseó James. Y ella pudo oír la tensión en su voz.

Y todo lo que Joan podía pensar era: ¿qué pensará James de todo esto ahora mismo? No puede estar tan tranquilo como aparenta.

Capítulo 12



El guerrero sabio evita la batalla.

-Sun Tzu

¿EN QUÉ DIABLOS HABÍA estado pensando? Aquel plan era una pésima idea. ¿A quién demonios se le había ocurrido? En su fuero interno, James negaba con la cabeza. No conseguía recordar quién había sugerido la cita clandestina. Ni quién había recomendado que ambos esperaran en el jardín para asegurarse de que se produjera. ¿Quién había elegido el escondite? ¿Por qué tenía que suceder de noche? La oscuridad ocultaba muchas cosas, pero no una erección creciente que se apretaba contra el trasero de la mujer que desprendía calor, pegada a él.

James tendría que estar delirando para pensar que Joan no sentía su dureza clavándosele en el trasero, pero no podía hacer nada para evitarlo. No había margen de maniobra. Bueno, siendo sinceros, sí había algo de margen para contonearse. Espacio para contonearse. Espacio para restregarse. Ejem..., pero no había espacio para

apartarse de ella. Lo mejor que podía hacer era intentar pensar en conjugar verbos en latín o regurgitar fórmulas matemáticas. Pero, por más que lo intentaba, era incapaz de recordar ni una. ¿Qué era siquiera el latín? ¿Y las matemáticas? Números, ¿verdad?

—Lo siento —susurró suavemente en su oído.

Y quizá fue un error, porque la sintió estremecerse. Y aquel pequeño escalofrío le recorrió toda la columna vertebral hasta asentarse en un respingo de su trasero. El cual, como él bien sabía, descansaba cómodamente sobre su palpitante miembro.

Y no debería hacerlo, porque, la verdad, basándose en lo que acababa de ocurrir, otro susurro no era lo más sensato, pero aun así lo hizo:

—No te muevas, Joan.

Si se movía demasiado, temía que iba a quedar en ridículo.

Otro escalofrío. Otro respingo. Un miembro más grueso. Un gemido desde el fondo de su garganta.

El aire de la noche, que antes parecía frío, se estaba volviendo denso y caluroso. Podía sentir el pecho de Joan inhalando y exhalando, casi jadeando, justo por encima de su antebrazo. Qué no daría por levantar el brazo para sentir la parte inferior de sus pechos. Incluso vestidos, sabía que se deleitaría con su peso.

Pero estaba usando todo su autocontrol para permanecer como una estatua. Si tan solo pudiera mantener la compostura mientras Sally y Jacob se besaban. Oh, Dios, ahora gemían más alto. James podía oír el crujido de la tela al ser levantada. Era difícil ver lo que ocurría a través de los rosales, pero podía ver a Jacob alzando a Sally. Y estaba casi seguro de que ahora ella tenía las piernas

enrolladas en la cintura de su amigo. Y..., no…, no quería admitirlo, pero de verdad parecía que los calzones de Jacob estaban amontonados a sus pies. Y..., oh, sí..., había algunos gruñidos y..., que se lo lleve el diablo..., un movimiento de embestida. Sí, eso estaba ocurriendo sin duda.

No se podía negar.

Cuando James y Joan habían hablado de la inocencia de un beso compartido entre Sally y Jacob, se habían emocionado por la pareja. No tan emocionados como la pareja estaba demostrando en ese momento, pero sí entusiasmados con la idea de que el amor pudiera florecer. Bueno, sí, algo estaba floreciendo en ese instante. James no quería pararse a identificar el número de miembros engrosados en las inmediaciones, y solo podía esperar que Joan tuviera los ojos (y de alguna manera también los oídos) cerrados para que no…

Y entonces ocurrió lo impensable. La mano de Joan agarró la suya, desesperadamente. Pudo sentir la tensión en su agarre. Pánico. Pero un pánico controlado. Y lentamente, centímetro a centímetro, le llevó la mano hacia su pecho. Él sabía lo que estaba haciendo, pero no podía creer que estuviera sucediendo de verdad. Ella estaba iniciando algo con él. Algo sensual. Y él lo deseaba. La desesperación que emanaba de su mano aferrada era un reflejo de la desesperación que sentía en su corazón…, no, en su corazón no. En su..., bueno, decididamente en su miembro. Deseaba a esta mujer, y estaba a punto de tenerla. Si la dejaba tomar el control. Aspiró una bocanada de aire entrecortada y exhaló suavemente con anticipación. Sus dedos estaban a un pelo de sus pechos. Pechos con los que no quería admitir que había soñado la noche anterior.

Masajear esos montículos cremosos. Lamer. Mordisquear. Succionar sus pezones hasta meterlos en su boca. Habían sido sueños inocentes..., de acuerdo, no tan *inocentes*, pero no habían sido una realidad, así que eran lo bastante inocentes. Y ahora sus sueños se estaban haciendo realidad. Si la dejaba…

Pensó, por segunda vez, que podía dejarla o podía detenerla. Si la detenía, quizá nunca conocería el peso de sus pechos, su curva. Su forma. Si, por el contrario, la dejaba moverle la mano, todo podría cambiar. Aunque, pensándolo bien, no tenía por qué cambiar. Ella sabía que él era un libertino…, así que sabía en lo que se estaba metiendo. Continuando el debate en su mente, mientras sus dedos sentían la tentación de clavarse en la parte delantera de sus costillas, llegó al argumento que sellaría su destino.

Si le negaba esto, se sentiría rechazada. Y él nunca querría herirla. Nunca quiso que sintiera el escozor del rechazo. Lo que sabía de Joan era que era una dama. Una inocente. Y aquí estaba ella, armándose de valor para dar un paso. Él nunca podría negarle eso.

Así que la dejó.

En el segundo en que su palma ahuecó el pecho de ella, sintió cómo el cuerpo de la mujer se fundía con el suyo. Su cabeza cayó hacia atrás contra la pared. El alivio lo invadió. Solo tocarla. A esta mujer indomable, curiosa y cautelosa que no estaba actuando con cautela en absoluto con él.

Quería que se hundiera en él. Quería soportar su peso. Sus cargas. Quería que lo dejara entrar…, en todos los sentidos.

Pero entonces ella gimió. Y el gemido fue demasiado alto como para pasar desapercibido.

—Joan, debes guardar silencio.

—No pares —murmuró ella.

—No podría aunque quisiera, pero tienes que estarte callada. ¿Puedes ser buena y hacer eso por mí, Joan? —Le pellizcó suavemente el pezón para ponerla a prueba.

Un gemido ahogado se le quedó atrapado en la garganta y asintió.

—Eso me parecía —le susurró al oído. Ya sin contenerse. Dejó que su aliento se precipitara en el oído de ella mientras esperaba a que su cuerpo temblara—. Así me gusta, chica buena —dijo, calmando su cuerpo estremecido. Con una mano en su pecho y la otra aún cubriéndole la boca, preguntó—: Voy a usar las dos manos contigo ahora.

Ella apretó la nuca contra el pecho de él, asintiendo.

Antes de ceder al impulso, le cogió una mano y se la llevó detrás del cuello para que ella tuviera una parte de él a la que agarrarse. A la que aferrarse. En la que clavarle las uñas. Y eso fue exactamente lo que hizo en cuanto él le llevó la mano al pecho y apretó.

Estaba seguro de que gemiría demasiado alto, pero se sintió orgulloso de ella cuando la vio apretar los labios, impidiendo que escapara ningún sonido. Pero cuando arqueó los pechos contra sus manos, él casi perdió el control por completo.

Tiró de su corpiño. Como no ocurrió nada, gruñó en voz baja, decepcionado. Sin dejarse amedrentar, metió un dedo en el corpiño y sacó uno de sus pechos turgentes. Por un breve segundo, pensó que iba a correrse en los calzones ante la visión del pecho más perfecto que había visto jamás. Estaba demasiado oscuro para

distinguir el color exacto de su pezón, pero podía ver su punta erecta. Y ese pezón respingón necesitaba que lo chuparan.

Hizo rodar el pezón entre las yemas de sus dedos, sintiéndose endurecer aún más.

—Joan —sus palabras roncas se arrastraron por el aire—. Si quieres más, date la vuelta. —El cuerpo de ella se tensó, y él no supo si la había asustado. Se había dicho a sí mismo que solo la había dejado tomar la iniciativa porque era ella quien tenía el control. Y solo podía esperar que aquella invitación a darse la vuelta no le estuviera quitando ese control de las manos. Así que esperó. No la presionó en absoluto. Solo… esperó.

Y entonces, poco a poco, ella se dio la vuelta. Con la cabeza gacha, él no pudo leerle las emociones. Deseó desesperadamente levantarle la barbilla para que lo mirara, pero quería que ella tuviera el control. Así que esperó de nuevo. Finalmente, ella alzó la cabeza. Y a él se le cortó la respiración.

Unos cuantos mechones de pelo sueltos le enmarcaban el rostro mientras unos ojos entornados lo miraban perezosamente. No con vergüenza, como él se había resistido a predecir, sino con deseo. Y ese fue todo el aliento que necesitó.

Apoyó la espalda en la pared y se agachó un poco, abriendo las piernas para que ella se sentara a horcajadas. Bajó la cabeza hacia el pecho de ella, deteniéndose a un par de centímetros de su pezón. Dejó escapar un suave aliento y la miró, lamiéndose el labio inferior. Esperando de nuevo.

Con una mano ella se acunó el pecho; con la otra, le tiró de la nuca hacia su pezón.

Él empezó con una suave lamida. Luego un toque con la lengua en el pezón. Cuando ella echó la cabeza hacia atrás y se acercó más a él, le metió el pecho en la boca.

Un gemido lastimero amenazó con escapar de sus labios, así que él se apartó.

—Estaré callada —prometió ella, arqueándose contra él.

Él se agachó más, encontró sus faldas y las levantó para poder apoyar las manos en sus caderas. Luego la alzó para que se sentara a horcajadas sobre él. Por los dioses, no recordaba la última vez que había estado tan duro. La última vez que había deseado a una mujer de aquella manera. Con aquella intensidad.

—James —el suave sonido suplicante de su nombre en los labios de ella fue su perdición.

—¿Cuánto quieres, Joan? —Quería dárselo todo. No estaba seguro de si eso lo convertía en un canalla o en un hombre generoso. Quizás lo convertía en ambas cosas. El cuerpo de ella se apretaba contra el suyo. Su aliento calentaba su piel. Sus manos lo tentaban. Quería mostrarle el placer. Un placer que sabía que ella nunca había experimentado. Él sería el primero. Sería quien la introdujera en un mundo que ningún hombre le había mostrado ni podría mostrarle jamás. Ella gritaría su nombre. Le clavaría las uñas en la piel. Se retorcería sobre su cuerpo. Y en ese momento, no deseaba nada más que tenerlo todo con ella.

Y entonces un pensamiento lo sacudió.

Podía ser el primero.

O.

Podía ser el único.

Su cuerpo se estremeció. La conmoción de aquel pensamiento. El frío en el aire. La forma en que el cuerpo de ella respondía a él. Todo. Creyó que estaba preparado para su respuesta, pero cuando ella habló, a su corazón le salieron alas y se agitó rápidamente en su pecho.

—Dame placer, James. —Tenía la mejilla apretada contra la de él y las manos fijas en sus hombros.

Contempló su rostro. —Dame tus labios, Joan.

Ella suspiró, entreabrió los labios y se inclinó hacia él. Al principio con lentitud, él le depositó un beso suave en la comisura de la boca. Pero ella sabía demasiado dulce, emanaba demasiado calor para que él pudiera ir despacio mucho tiempo. Su lengua se enredó en la boca de ella, explorándola. Descubriendo las profundidades de aquella mujer tan compleja. Una mujer que lo hacía reír, que le picaba la curiosidad y con la que se comunicaba sin el menor esfuerzo. No se parecía a nada que él hubiese esperado nunca. ¿Acaso era un novato sin experiencia? Pero al sentir a aquella mujer en ese momento, tuvo la sensación de que nunca antes había estado de verdad con una mujer.

Y ella estaba volviendo a tomar el control. Su cuerpo se frotaba contra el de él, encontrando placer en la fricción que se generaba entre su polla y el coño de ella.

La urgencia iba en aumento. Podía sentir el placer acumulándose en la base de su columna y la tensión en la base de su excitación. Y supo que ella estaba a punto de encontrar el placer que le había pedido, porque apartó la boca de la de él bruscamente y empezó a

frotar su sexo húmedo contra él. Con los pechos de ella rebotándole en la cara, él jadeó: —Córrete, Joan. Sé buena y córrete para mí.

Los gemidos de ella crecieron hasta que él pensó que no podría soportarlo más. Ella echó la cabeza hacia atrás y él le mordisqueó la columna del cuello. Deseando marcarle la piel, hizo acopio de todo su autocontrol y se contuvo, con la desesperada necesidad de protegerla del escándalo que aquella marca podría causar.

Sus gemidos guturales insuflaron vida en su endurecido corazón. Podía sentirlo —a sí mismo, a sus muros de hielo— derritiéndose bajo su calor. Un calor que provenía de su cuerpo, pero más que eso, el calor de su esencia. De quien era ella. Joan. Quería poseer ese calor. Acceder a él siempre que lo necesitara.

—James, lo que me estás haciendo…

No terminó la frase; solo se movió y se frotó contra él con más insistencia. Él había querido más. Todo de ella. Pero en ese instante, supo que no podría soportar tanto de ella. Esto. Ella obteniendo su propio placer y descubriendo un nuevo mundo con él. Eso era lo que necesitaba en ese momento. Los bordes de su mente se oscurecieron por la cantidad de placer que absorbía de ella.

Y justo cuando supo que ella estaba a punto de encontrar la liberación, volvió a cubrirle la boca con la suya para ahogar los sonidos que inevitablemente saldrían de ella. Eso fue lo que se dijo a sí mismo. Pero era igualmente para amortiguar el gemido que se le arrancaba del cuerpo mientras sentía que su polla estallaba dentro de los calzones.

Capítulo 13



Todo el secreto reside en confundir al enemigo, para que no pueda desentrañar nuestra verdadera intención.

-Sun Tzu

A LA MAÑANA SIGUIENTE, JAMES se despertó de un sueño agitado. Le había sido imposible cerrar los ojos sin ver la cara de Joan, arrebatada de placer. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entreabiertos. Y cada vez que cerraba los ojos y la veía experimentar ese placer, una punzada de lujuria le recorría la espalda, le subía por las piernas y se concentraba en la entrepierna.

Una imagen del sueño destacaba sobre las demás, y sabía que no la olvidaría en mucho tiempo. La veía bailar en sus brazos con una sonrisa resplandeciente prendida de sus labios. Empezaron en un salón de baile, pero en un instante estaban en un dormitorio. No estaba seguro de si era el suyo, pero la cama era grande. Y entonces ella estaba debajo de él. Retorciéndose. Su pelo, desparramado sobre la almohada; sus ojos, pesados, casi cerrados,

tal y como habían estado en el jardín. Ella pronunciaba su nombre y él se cernía sobre ella. Sus ropas formaban montones por la habitación. Desnudo, podía sentir la suavidad de la piel de ella contra la suya por todas partes. La tenía dura. Palpitante. Y ella se arqueaba hacia él. Él se acercaba, inquieto, a su intimidad. Ella le decía algo, suplicante, y justo antes de que él pudiera responder, el sueño se desvaneció.

Cuando se despertó, tenía la polla apretada contra la almohada. Dura. Dolorida. La necesidad que sentía por ella lo impulsaba. Lo obligaba. Lo llenaba de energía. Recordar su pasión y su entrega hacía que su excitación aumentara.

Se giró para tumbarse boca arriba y se la agarró con la mano. Agarró la base de su polla y tiró hacia arriba con un movimiento suave. Gimió con un alivio parcial, y el sonido pareció acentuar su erección. Sabiendo el placer que podía obtener, cerró los ojos y la imaginó a ella. A su diosa.

Se representó su sonrisa. Su risa. Recordó sus peculiares intereses. Su pasión por la gente. Y por las dagas. Eso dibujó una sonrisa en su propio rostro, y empezó a masturbarse con más fuerza. De la base a la punta. Y otra vez abajo. De la base a la punta. Podía sentir el líquido preseminal en el glande. Apretó la mandíbula. El placer se acumulaba en su espina dorsal. La calidez de los ojos castaños de ella inundó su visión y le encendió el corazón. Se agarró con más fuerza. Con una mano se tocaba los testículos mientras la otra subía y bajaba.

La tensión en la base de su polla iba en aumento. El calor le inundaba la ingle. El placer le atenazaba las extremidades.

Dos embestidas más.

Un placer incandescente lo desgarró. De su cuerpo se escapó una respiración entrecortada.

Estaba saciado, pero no aliviado. No se parecía en nada a estar con ella en persona. Y lo de anoche en el jardín no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Joan.

Era hermosa. Atenta. Inteligente. Y, joder, cómo respondía a su contacto. Solo pensar en ella hacía que su miembro se contrajera, y eso que acababa de aliviarse. Pero no había sido suficiente. La deseaba. Pero no como esposa. Él no estaba hecho para amar ni para ser amado. Lo sabía de sobra. Su madre se había asegurado de inculcarle esa lección. Un hombre estaba hecho para dos propósitos: proveer y procrear.

Su padre le había proporcionado comida, cobijo y seguridad. Las necesidades básicas de James habían estado cubiertas toda su vida, como su madre le recordaba sin cesar. Y ahora era su turno de procrear y proveer. Solo que James no tenía ningún interés en perpetuar aquel ciclo sin vida.

No había habido afecto, ni un atisbo, por parte de sus padres. El amor (si es que se le podía llamar así) se definía como satisfacer necesidades. Mantener a la familia satisfecha. Sus padres lo habían encerrado en una burbuja. Montar caballos lentos y ser precavido con todo el mundo. En todas partes. El peligro acechaba detrás de cada arbusto. Solo se podía confiar en la familia, y a duras penas. Para su decimoctavo cumpleaños, recibió el único regalo que sus padres le hicieron jamás. ¿Acaso no eran suficientes sus provisiones diarias? El regalo fue un libro titulado *El arte de la guerra*, escrito

por Sun Tzu. James lo aborrecía con todo su ser, pero lo guardaba para recordarse a sí mismo el *amor* que sus padres le profesaban. Por supuesto, se había rebelado. Solo montaba los caballos veloces, más veloces y los más veloces de todos. Vivía para los desafíos. Para ser temerario.

Y no, él no proveería ni procrearía para nadie. Esta vida que tenía la viviría solo para sí mismo. ¿El amor? ¡Ja! Se habría reído en la cara del amor si creyera que el amor tenía cara, o que siquiera existía.

Así que no, no existía tal cosa como el amor. Existían sentimientos complejos y lujuria.

Por eso sabía que, aunque deseaba a Joan..., no había futuro para ellos. La lujuria nunca allanaba el camino hacia un final feliz. Pero quizá podría volver a verla. No había nada de malo en estar cerca de ella.

Después de que la pasión se calmara anoche, no estaba seguro de qué esperar de su amante de las dagas. Si es que podía llamarla así...

Pero lo único que ella había hecho fue dar un pequeño paso atrás (teniendo en cuenta el reducido espacio) y decir: —Gracias. Por e-eso. Él se rio entre dientes al recordar su ligero tartamudeo y la forma en que se había colocado el pelo detrás de la oreja. Cuando había intentado interrumpirla, ella lo detuvo con una mano en su pecho. Aquello había detenido tanto sus palabras como su aliento. Aquel pequeño y delicado contacto. Y entonces ella lo miró directamente a los ojos y dijo: —Nos dejamos llevar por el momento. No tengo ninguna expectativa.

Luego, habían esperado con torpeza (y decir eso era quedarse corto; de hecho, habían sido *los* quince minutos más incómodos de toda la vida de James) mientras Sally y Jacob terminaban de vestirse y de hablar y regresaban a la casa. James y Joan los habían seguido a cierta distancia, y esa fue la noche. Vaya noche. James todavía estaba aturdido.

Y, sin embargo, necesitaba volver a verla. Ya no estaban conchabados para sellar la relación de Sally y Jacob. Estaba claro que todo lo que había que sellar se había sellado la noche anterior. Así que, para volver a verla, tenía que ser más ingenioso.

Aunque, si era sincero consigo mismo, el ingenio no era su mayor virtud en ese momento. Su ingenio había quedado bien reflejado en su conversación con Sam y Chris. Sabía que a ella le gustaba practicar el lanzamiento de dagas a dianas, o eso le había dicho ella antes. Como conocía un lugar para practicar el tiro con arco, se dirigía hacia allí, pero no quería aparecer solo. Sería demasiado evidente. Evidente de qué..., no estaba seguro. Solo sabía que no quería ser tan ostentoso.

Así que James esperaba de pie fuera del comedor a que salieran sus amigos. No deberían tardar en salir.

—¿Duque? —lo saludó una voz sensual.

Alzó la vista y se encontró con los ojos ardientes de lady Whitney. Aún era temprano, pero si James se hubiera detenido a fijarse, la viuda irradiaba un calor de alcoba. Sin embargo, no hizo tal cosa.

—Lady Whitney. Buenos días —inclinó la cabeza y apartó la mirada para descartar la posibilidad de una charla, ociosa o de otro tipo. Estaba esperando a sus amigos.

—¿Tiene usted planes tan temprano? —el volumen de su voz ronca bajó mientras se inclinaba y le recorría el antebrazo con un dedo.

—Sí, gracias. Que disfrute de la mañana. —Realmente no buscaba conversar con nadie que no fuera Sam o Chris.

—¿Ah, sí? ¿Podría convencerle para que cambie sus planes por algo más tentador en el piso de arriba?

—No, gracias. —Sus ojos se desviaron hacia la puerta del comedor y vieron que por fin salían Chris y Sam. Al darse cuenta de que la mano de ella seguía en su antebrazo, se zafó de sus garras y se dirigió hacia sus amigos mientras lady Whitney se marchaba.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Sam.

—A nada —respondió, restándole importancia a la pregunta con un gesto.

—No parecía que fuera a nada —intervino Chris.

—¿Era un «nada» de sin importancia o un «nada» de sin interés? —inquirió Sam.

James negó con la cabeza. —¿Qué diferencia hay? —resopló, frustrado porque sus amigos le dieran tantas vueltas a un momento al que él apenas había prestado atención.

—Bueno —Sam le dio una palmada en la espalda—, parece que la viuda te estaba haciendo una proposición, lo que es de importancia, y que tú la estabas rechazando, lo que significa que no es de interés.

—¿Y?

—¿No te parece eso... importante e interesante? —preguntó Sam con una risita.

—¿De qué estás hablando? —Visiblemente irritado ahora, James frunció el ceño.

—Simplemente parece que es alguien con quien normalmente aceptarías esa oferta —explicó Sam.

¿De qué estaba hablando Sam? ¿Por qué estaba tan obsesionado con la viuda? ¿Y qué si no quería acostarse con ella? Era temprano. No significaba nada.

—Deberíamos ir a dar un paseo. —No hacía falta ninguna otra explicación. Por eso los había estado esperando. Era un simple plan expuesto ante sus amigos.

Sam y Chris se quedaron mirándolo mientras hacía su pronunciamiento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sam con recelo, como si ya pudiera adivinar el plan de James. Por supuesto que no podía.

—A ningún sitio en particular. Solo necesito que me dé un poco el aire y hacer ejercicio. No seáis vagos.

—No lo éramos… —empezó a decir Chris.

—No hay tiempo para cháchara. —De cara a los dos, James extendió los brazos y les dio sendas palmadas en los hombros—. Vamos.

Sam esbozó una media sonrisa y Chris sonrió con desenfado. —Me vendría bien un poco de aire —dijo Chris.

—A todos nos vendría bien el aire. Es una necesidad humana de sobra conocida. —Sam sonrió abiertamente esta vez.

—Bien, pues. En marcha —dijo James, casi haciendo una mueca ante su última expresión. Una que estaba bastante seguro de no haber dicho nunca antes con ese tono exacto. Un tono demasiado

agudo y con un entusiasmo fuera de lugar—. Quiero decir… —bajó la voz a un registro más grave—, larguémonos de aquí.

Sam se rio entre dientes mientras James se daba la vuelta para salir. A James le pareció oír a Sam murmurarle algo a Chris sobre veinte libras. Cuando volvió a mirar, Chris se limitó a encogerse de hombros y le estrechó la mano a Sam.

—¿A qué viene eso? —inquirió James.

—A nada. Una vieja apuesta, sin más —dijo Sam con evasivas.

—¿Y no la vas a compartir conmigo?

—No. —Sam se adelantó contoneándose e imitándolo—: ¡En marcha! —lo que hizo que Chris se riese entre dientes.

James no tardó en arrepentirse de haber traído a sus amigos con él. Sam no paraba de sugerir distintos desvíos o caminos que tomar. Cada vez le resultaba más difícil exigir con indiferencia que todos siguieran adelante en la dirección que James pretendía que tomaran.

—Creo que este parece un camino estupendo —decía Sam de nuevo.

—Ese baja a las caballerizas. —James no tenía ni idea de adónde conducía, salvo que no era a las dianas de tiro con arco—. No me interesan las caballerizas —murmuró mientras avanzaba sin prisa.

—A mí me daría curiosidad ver sus caballerizas. —La voz de Sam sonaba excepcionalmente optimista.

James estaba cada vez más irritado, así que, cuando se giró bruscamente hacia Sam, su vozarrón hizo que este levantara una mano a la defensiva. —¿Si a alguien le interesara ver las caballerizas, sería a mí, y como no me interesan, ergo a vosotros dos tampoco.

—No estoy seguro de que eso funcione así —añadió Chris, sin ayudar en nada.

—Entonces, ¿adónde vamos? ¿Qué te interesa ver a ti?

A James le hervía la sangre. ¿No podía Sam dejarlo estar y seguirle la corriente por una vez en la vida? —Naturaleza. Solo quiero ver un poco de puñetera naturaleza, ¿vale? ¿Podemos dejar de cotorrear como un grupo de comadres y ponernos en marcha?

—Vaya. Nunca pensé que viviría para ver esto… —Sam dejó la frase a medias a propósito mientras le daba un codazo a Chris en el brazo—. ¿No decía hace nada que él nunca lo haría?

—¿Nunca el qué? ¿De qué estás hablando?

—Naturaleza —dijo Sam con una risita—. Muéstranos más de esa *naturaleza* que quieres ver.

—Vale. —James avanzó con paso firme. Tras salir de un pequeño bosquecillo, suspiró aliviado. A pocos metros estaba Joan. Relajó los hombros y una leve sonrisa asomó a sus labios.

—Aaah… naturaleza —exhaló Sam bruscamente mientras extendía ambos brazos—. La belleza de la *naturaleza* es insuperable.

—Déjalo ya —le rogó James, lo que solo provocó que de Sam emergiera una risa grave y profunda.

—Me debes veinte libras —le gritó Sam a Chris por encima del hombro.

James mantuvo la vista al frente, pero oyó el chasquido de manos y el intercambio de dinero.

—Parece que no puedes mantenerte alejado de la *naturaleza*. ¿Cuándo ha pasado eso? —preguntó Sam.

—No estoy seguro de a qué te refieres. No tenía sentido negar la pregunta de Sam, pero James no quería ponerse a darle vueltas a sus pensamientos en ese momento. Solo quería volver a estar cerca de Joan.

—No sé a quién intentas tomarle el pelo, James. Si te gusta la chiquilla, sin más, cortéjala. —Y eso lo decía Sam, el hombre que también se había autoproclamado soltero empedernido. El hombre más competitivo que James conocía. De modo que, si planeaba hacer algo, se comprometía a ello. Lo conseguía. Había muy pocas ocasiones en las que Sam no alcanzara sus objetivos. Si quería ser soltero, lo sería. Si quería interrogar a James, no pararía hasta obtener la respuesta que buscaba.

A pesar de conocer la persistencia de Sam, James intentó darle largas. —No puedo hacer eso —respondió James al fin. Ni hablar, no iba a cortejar a Joan. Ella era una dama. Él, un libertino. Ella quería amor. Él ni siquiera creía que existiera. Lo suyo era imposible.

—¿Por qué no? —preguntó Chris.

—No voy a casarme nunca. —Decir las palabras que siempre había dicho esta vez le sonó a hueco. Durante demasiado tiempo había creído que no podía tener una familia. Que no podía perpetuar la infancia negligente que había vivido. Y, aun así, no podía imaginarse con una esposa, un matrimonio e hijos. Pero... algo había cambiado en su interior, dejándolo frustrado.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? —lo desafió Sam. James se quedó mirando a su amigo. Un amigo de hacía tantos años que había perdido la cuenta. Y, aunque no es que le apeteciera partirle la cara, tampoco es que *no* le apeteciera. Era una opción para hacerlo

callar. Pero cuando James sopesó no solo el sangriento estropicio que causaría, sino también el caos innecesario, optó por no pegarle.

—No tengo ni idea. Pero ya que estamos aquí... —James se dirigió hacia las dianas. Menos un paseo y más una fuerza magnética que lo atraía, que tiraba de él, implacablemente, hacia Joan. ¿Qué tenía ella que le resultaba tan intrigante? Ciertamente, su afinidad por las dagas podía ser parte de ello. Y, por supuesto, sus besos de la noche anterior...

Pero todas las mujeres sabían besar..., aunque no como ella. Y no todas las mujeres sentían tal inclinación por las hojas afiladas. Así que eran las hojas.

Entonces, para salir de la madriguera en la que se estaba metiendo, bramó: —¡Buenas! —Cualquier cosa para zanjar la conversación que había estado manteniendo con sus amigos y luego consigo mismo. Sus amigos no sabían nada. ¿Acaso no conocían su vida familiar pasada? Sería un marido terrible, por no hablar de un padre.

No quería pensar en el futuro que no podía tener. No. Quería decir, el futuro que no quería tener. En lo único que quería pensar era en Joan. Y allí estaba. Pelo casi negro, suaves mechones escapando de su peinado, meciéndose delicadamente con la brisa. Sus ojos se clavaron en él, sorprendidos. Tenía la mano levantada con una daga. Sí, eso era muy intrigante en ella.

Sobre todo, teniendo en cuenta que le estaba apuntando a él.

Capítulo 14



—La mayor fortaleza no reside en el poderío físico, sino en la entereza del carácter.

-Juana de Arco

¡ZAS!

Joan acababa de lanzar su daga. Clavarla en el mismísimo centro de la diana le produjo una sensación de alivio. De logro. De control. Aquel era uno de los pocos lugares donde se sentía plenamente viva y ella misma. Últimamente también se había estado sintiendo así con James, pero intentaba apartar esos pensamientos de su mente. Sus hermanas la entendían y sabía que con ellas siempre podía ser ella misma. Tenía suerte de tenerlas, aunque en ese momento echaba de menos a Boudicca. Un día, puede que todas estuvieran casadas y la dinámica familiar cambiaría por completo. Joan no le había dedicado mucho tiempo a pensar en ese futuro hasta ahora, al notar el impacto de la ausencia de Boudicca.

¿Cómo se las apañaría con la nueva dinámica? ¿Tendría marido? ¿Encajaría bien con sus hermanas? Era difícil de imaginar. Así que, en su lugar, lanzó otra daga.

—Buen lanzamiento —la animó Mimi.

Nobi aplaudió suavemente a su lado, preparándose para lanzar su tanda. Aunque el lanzamiento de cuchillos era el punto fuerte de Joan, sus hermanas participaban en la actividad. Con los años, Joan les había dado algunas indicaciones para que cada una pudiera lanzar una hoja con una precisión decente. Dado que era la pasión de Joan, ella practicaba más a menudo y superaba a sus hermanas siempre. Hoy no era una excepción.

Ella y sus hermanas eran excéntricas. Joan lo sabía. Las cuatro hermanas crecieron muy conscientes de su precaria reputación. Era segura. De eso no cabía duda. Las invitaban a bailes, reuniones, fiestas en casa y demás. Pero Joan siempre sentía que un paso en falso podría arruinarlas. Ahora que Boudicca se había casado con Wes, eso les daba una capa extra de seguridad. Siendo él un duque y todo eso.

Un duque.

Joan quiso lanzar otra daga. La maldita apuesta del duque. Le rondaba por la mente de nuevo. ¿Cómo no iba a hacerlo después de su… encuentro… con James?

Nunca, jamás en la vida, había actuado de forma tan temeraria como la noche anterior. Y nunca, jamás en la vida, había esperado albergar ningún… sentimiento… por él.

—Joan… —Nobi se aclaró la garganta—. ¿Estás bien?

—¿Mmm? ¿Por qué? —preguntó Joan distraída. Normalmente, el lanzamiento de cuchillos le centraba la mente, pero era como si estuviera pensando en una nube. Solo la diana se veía con claridad.

—Estás acariciando la hoja… de una forma rara —respondió Nobi.

Joan se miró los dedos, sorprendida al ver sus propias acciones irregulares. Sus dedos rozaban la parte grabada que hacía de sus hojas un juego único. Cada hoja tenía una cita diferente de Juana de Arco. No solo era apropiado, sino también inspirador.

—No hay una forma *normal* de acariciar una hoja, Nobi. —La voz de Mimi exigía atención—. ¿Qué pasó anoche entre James y tú, Joan?

—¿Qué? ¿Por qué ibas a pensar que pasó algo anoche? —Obviamente, Joan se estaba haciendo la tonta. Por mucho que quisiera a sus hermanas, simplemente no estaba lista para compartir nada todavía.

Mimi señaló la hoja con el dedo. —Estás acariciando esa hoja. De forma rara, como ha dicho Nobi. Y por mucho que sé que te gusta lanzar dagas, no creo haber visto nunca antes este nivel de angustia en ti. Así que desembucha. ¿Qué pasó?

—No pasó na…

—Joan. —Mimi tenía las manos en las caderas y Nobi había echado los hombros hacia atrás, como si se estuviera preparando para la noticia.

—Puedes contárnoslo, no te juzgaremos. Somos tus hermanas.

—Precisamente por eso podríais juzgarme, Nobi. —Joan suspiró. Era inútil hacerse la ignorante.

—Lo besé. —Pero no era tonta. No iba a compartirlo todo.

Mimi le cogió las manos, esquivando hábilmente la afilada hoja. —Oooh. Cuéntanoslo todo.

Eso no va a pasar.

—Nos besamos. Eso es todo lo que hay que decir…

Mimi interrumpió: —Hay más. Tiene que haber más. Estamos hablando de James…

—Eso es todo lo que hay que decir. —Joan se puso firme. Literalmente. Una pequeña nube de polvo se levantó sobre su pie calzado con la zapatilla para demostrarlo. Esperaba que estuviera teniendo el efecto dramático que deseaba.

—Mimi, es todo lo que quiere decir. Respetemos su intimidad.

Mimi resopló de forma exagerada. —De acuerdo. —Se cruzó de brazos—. ¿Y ahora cuál es el plan?

—¿El plan? —repitió Joan—. No hay ningún plan. Nos besamos. Estuvo bien. Eso es todo.

—¿Que estuvo bien? —Mimi entrecerró los ojos hacia Joan. Luego, en total contraposición a sus habituales y exageradas declaraciones, dijo en un susurro—: Mentira.

—¿Mentira? ¿Perdona?

Y entonces, más fiel al estilo de Mimi, gritó: —¡Mentira!

Joan miró a su alrededor, aunque estaba bastante segura de que estaban solas. Al no ver a nadie, mandó callar a su hermana igualmente. —Por favor, Mimi. Baja la voz.

—Solo si dices la verdad.

Bueno, la verdad no iba a ser revelada. Joan no quería compartir exactamente todas sus verdades. Que no había sido solo un beso agradable. Había sido un beso perfecto. Un trocito de cielo. Con la

ingravidez del momento, además. Sintió como si sus pies hubieran estado flotando en el aire. Y entonces, cuando James la levantó para que se sentara a horcajadas sobre sus caderas… Quedó desarmada.

—¿Por qué te estás abanicando? No hace tanto calor —la sacó Mimi de sus pensamientos.

—Ha empezado a hacer bastante calor en los últimos minutos. ¿No estás de acuerdo, Nobi?

Nobi miró a cada una de sus hermanas. Mimi lanzaba dagas con la mirada y Joan suplicaba en silencio. Sin ninguna opción buena, Nobi se encogió de hombros.

—¿Cómo de *agradable* fue el beso? —bromeó Mimi.

—Fue muy agradable. —Le cambió la vida. Lo suficiente como para arruinarla para cualquier otro hombre. Pero eso no importaba. James no estaba destinado a ser suyo. Él no quería ser un marido. Y ella, desde luego, no quería atrapar a un marido que se pasaría la vida resentido con su papel.

—¿Te gustaría repetirlo?

La verdad es que no tenía sentido negarlo. —Sí. —Pero también quería aclarar la situación a sus hermanas—. Pero no lo haré.

—¿Por qué no? —preguntó Nobi con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que debería? —Nobi era la voz de la razón entre las tres. Si ella dudaba de la decisión de Joan, estaba dispuesta a escuchar.

—Si te gustó… ¿por qué no? —sugirió Nobi en voz baja.

—Somos damas. Tenemos que preocuparnos por nuestra reputación —replicó Joan.

Mimi agitó las manos en el aire con desdén. —Con que no se entere nadie, basta. Espera. ¿Os vio alguien? No he oído nada. Nobi,

¿has oído algún cotilleo?

Nobi frunció los labios y negó con la cabeza.

—No os pillaron, ¿verdad?

—No. —Joan notó que se le aceleraba el pulso. Por supuesto que le encantaría volver a besarlo. Le encantarían muchas cosas de él, cosas que ni siquiera sabía que deseaba. Podía sentirlo. Pero él no estaba a su alcance, y esa era la parte más irritante de todo aquello. Si tan solo estuviera abierto a la idea del matrimonio, quizá ella no tendría reparos en atraparlo en el sagrado matrimonio. De verdad, de verdad, de verdad que le apetecía lanzar esa daga ahora mismo. Al responder a Mimi de nuevo, alzó la voz—: No. No nos pillaron. Pero podrían habernos pillado. Y esa es razón suficiente para mantenerse alejada de ese libertino. —A medida que su voz se elevaba, también lo hacía su mano que empuñaba el cuchillo.

Y entonces una voz fuerte y resonante gritó: —¡Hola!

Se giró bruscamente, con el cuchillo en alto, para ver al mismísimo libertino.

—Hablando del rey de Roma —bromeó Mimi—. Ahí tienes a tu libertino.

—Chitón —siseó Joan.

—Mmm… Joan, quizá quieras bajar el arma —susurró Nobi en voz alta.

—Sí. Tienes toda la razón, Nobi. —Joan colocó su daga en el barril que habían estado usando como mesa y observó cómo los Colegas de Apuestas, menos uno, se acercaban.

—Buenas tardes, señoritas —dijo Sam en voz alta. Una vez que estuvieron cerca, Sam preguntó—: Qué guapas estáis. Chris, ¿a que

Nobi está preciosa? —Sam le dio un codazo a Chris en las costillas mientras este miraba a Nobi con torpeza.

Como Chris no dijo nada, Sam volvió a darle un codazo.

—Eh..., sí, estás preciosa, Nobi. Como siempre —admitió Chris a regañadientes. ¿Y era aquello un ligero rubor que Joan vio ascenderle por el cuello?

Vaya, qué situación más incómoda. Pero Joan no tuvo ni un momento para analizar esa interacción.

Sam volvió a hablar:

—Qué día tan perfecto para una competición.

—Dices eso todos los días —le pinchó Chris.

—Y es verdad todos los días. —Sam se frotó la boca con la mano —. Veamos, ¿qué tenemos aquí? ¿Lanzamiento de dagas? ¿Qué tipo de apuestas podemos hacer?

—Apuesta todo lo que quieras, siempre que no te importe perder contra una mujer —declaró Mimi lo obvio, como era obvio para las tres hermanas—. Ah, es verdad. Estás muy acostumbrado a perder contra mujeres, ¿no es cierto?

—No le busques las cosquillas al tigre —intervino Chris, divertido, ofreciendo su consejo.

—No es más que un osito de peluche. Todo blandito por dentro — bromeó Mimi.

Sam se irguió en toda su estatura y dijo:

—No hay nada de blandito en mí y no tengo ningún problema en demostrártelo.

—Pues te lo ruego... —Mimi fue interrumpida rápidamente por Chris.

—No va a haber ninguna demostración de dureza aquí. Ni ahí. Ni en ningún sitio.

—Tampoco en la granja del viejo MacDonald —se burló Mimi—. I-A-I-A-O.

—No eres más que una niña —resopló Sam—. Aunque no suelo permitirlo, no me importa dejar que una niña tenga ventaja en una competición. Les sube la autoestima. ¿Qué te parecen cinco metros de ventaja? Puedes lanzar tú la primera daga.

Mimi lo fulminó con la mirada.

—Puedes apostar tu culo a que lanzaré la primera daga. La lanzaré directa a tu...

—Basta —intervinieron Chris y Nobi al mismo tiempo. Cada uno para calmar a su respectivo amigo.

—¿Vamos a dar un paseo para que se te pase, Mimi? —preguntó Nobi con dulzura.

—Estoy bien —Mimi se sacudió la mano de su hermana del hombro y luego se marchó enfurruñada de vuelta a la casa.

Sam soltó una carcajada que solo provocó que Mimi emitiera un fuerte gruñido.

Joan no estaba segura de cómo había sucedido todo, pero una vez que sus hermanas se marcharon, también lo hicieron Chris y Sam; dejándola así a solas con James.

Exactamente donde quería estar.

Pero no.

—Mencionaste que te gustaban las dagas. No creo que me diera cuenta de hasta qué punto. Es más bien una obsesión para ti, ¿no? —James estaba a medio metro de distancia, con el pelo oscuro

brillando bajo el sol, los ojos resplandecientes, la sonrisa aún más luminosa. ¿Había una pizca de este hombre que no estuviera deslumbrante en ese momento?

—Justo después de mi familia, son mi vida.

—Me alegra oír que tienes claras tus prioridades. No todas las familias las tienen.

Y aquello, justo ese comentario, le recordó ciertas sutiles observaciones que James había hecho antes. Y pensó para sus adentros que quizás ahora era el momento perfecto para presionarlo en busca de detalles.

—¿La tuya las tenía?

Era una pregunta directa. Más directa, más personal que cualquiera que le hubiera hecho hasta entonces. Pero no tenía nada que perder. Si no le respondía, no estaría en una situación mejor que si no hubiera hecho la pregunta. Y si se enfadaba con ella, bueno, tampoco era como si fuera a pasar algo entre ellos. Y si respondía a la pregunta... bueno, en realidad no había pensado en eso. Sería un milagro...

—No.

—¿Qué?

Él se acercó más. El aire a su alrededor —la vasta extensión de aire, para ser precisos— se encogió. Como si no pudiera respirar en su presencia. Y ni siquiera estaba tan cerca. Aún estaba a un brazo de distancia. Y ahora ella conocía bastante bien la longitud de sus brazos... así que, realmente, sabía que eso era un hecho.

—Has preguntado si mi familia tenía las prioridades claras. Y he respondido que no.

—Oh. Siento oír eso.

—Es agua pasada. —Se encogió de hombros, pero no pareció un gesto despreocupado. No se sacudió el peso invisible de los hombros como si fuera una pluma, sino más bien como si fuera una tonelada de ladrillos y le costara horrores quitársela de encima.

—¿Es agua pasada, de verdad? —Sabía que no debería hacer la siguiente pregunta, pero algo en la cercanía de James la volvía imprudente, así que se lanzó—. ¿O está afectando demasiado a tu futuro?

Otro encogimiento de hombros.

—Tengo que irme. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Lo siento. No debería haber preguntado.

—Quizá no. Pero no pasa nada. —Sonrió—. Lo que quería decir es que tengo que ir a regar unas plantas.

—¿Ahora mismo? ¿Qué plantas? —Aquello fue completamente inesperado. No tenía ni idea de a qué se refería—. Estamos en una fiesta, un poco ocupados en este momento, ¿no te parece? ¿Qué plantas podrías tener que regar?

Ahora se reía de ella con la mirada. —Ya lo averiguarás. Vuelvo enseguida. No te vayas a ningún sitio. —Y con eso, se perdió entre los arbustos.

Mientras observaba cómo los árboles se lo tragaban entre sus ramas, se dio cuenta de que sus manos manipulaban algo en la parte delantera de sus calzones.

Ah. Ese tipo de riego. Vaya, se sintió bastante tonta.

Cogió una daga, se preparó y la lanzó hacia la diana. ¡En el blanco!

Al coger otra daga, inspiró profundamente y estaba a punto de lanzarla cuando...

—¡Aaaay! —Un fuerte chillido retumbó entre los árboles hasta el cielo azul y despejado.

—¡¿James?! —gritó, corriendo hacia el sonido. ¿Qué le podía haber pasado? Se adentró en la arboleda, llamándolo por su nombre—. ¡James!

—Joan, para —bramó James—. No te muevas.

—¿Dónde estás? —Joan miró a su alrededor como una loca. Podía oírlo, pero no lo veía por ninguna parte.

—Estoy por aquí.

—No te veo...

—Mira hacia arriba.

Y allí colgaba James de un árbol, atrapado por un pie en la trampa de un cazador. El pelo le caía en todas direcciones y tenía las mejillas sonrojadas. Pero lo que de verdad le llamó la atención fue la mano de él sobre su polla parcialmente expuesta, con la bragueta ondeando con la ligera brisa.

Capítulo 15



«Así, el experto en la batalla mueve al enemigo y no es movido por él».

-Sun Tzu

—¿JOAN? —la llamó la voz de James—. ¿Estarías dispuesta a rescatar a este pobre diablo?

Ella se rio entre dientes. Tenía un aspecto adorable colgado del árbol. Vulnerable. Algo que él todavía no le había mostrado por voluntad propia. Y Joan no pudo evitar desear un poco más de eso, y que fuera por voluntad propia. Quería conocer mejor a James. Qué lo había convertido en el hombre que era. Qué le daba energía por la mañana. Con qué soñaba al quedarse dormido. Al principio, solo había sido un libertino endiabladamente guapo. Pero ahora, cuando lo miraba, lo veía con el corazón. Con el alma. Estaba atada a él de una forma en la que nunca había estado conectada a otro ser humano. Una parte de ella quería salir corriendo. Dejar al hombre allí colgado. Era un libertino, así que sabía que nunca podría tener

nada más con él. Momentos de placer era todo lo que estaba dispuesto a ofrecer.

Y ella no quería momentos. Quería... para siempre.

—¿Joan? A estas alturas no se me caerían los anillos por rogar, aunque mi aprieto parezca indicar lo contrario. —El hombre estaba colgado de un árbol con el miembro parcialmente al descubierto y aun así era capaz de tomarle el pelo.

Al darse cuenta de que se demoraba en ayudarlo, empezó a moverse en su dirección. —Por supuesto, ahora te bajo.

—Ten cuidado donde pisas —le advirtió él con un tono que la reconfortó, y ella avanzó con cautela. Si no tenía cuidado, malinterpretaría su forma de hablarle. Malinterpretaría sus bromas y su tono de voz. Quizás incluso malinterpretara las medias sonrisas que parecía dedicarle solo a ella. Pero no podía ser esa mujer. Se suponía que ella era más lista. Se suponía que era inmune a sus encantos. Puso una expresión insulsa en su rostro.

Con la necesidad de verbalizar sus opciones para distraerse de los asuntos que le atormentaban el corazón, dijo: —Es que no estoy muy segura de cómo bajarte de ahí... ¿Debería intentar sujetarte para que balancees los pies hacia abajo y caigas sobre ellos? ¿O simplemente corto la cuerda y espero lo mejor? Lo que probablemente signifique que aterrices sobre el culo.

—No quiero arrastrarte conmigo, así que..., por mucho que me duela decirlo, corta la cuerda y esperemos lo mejor. —Le ofreció una sonrisa optimista y confiada.

Sin querer alargar lo inevitable, Joan cogió la daga y cortó la cuerda de un tajo.

—¡Uf!

Corrió a su lado, donde había caído sobre el hombro. Era imposible no ponerle las manos encima, como si solo con su tacto pudiera curar cualquier herida, moratón o corte que pudiera tener. Al acercarse a él, se dio cuenta de que sus calzones seguían abiertos, así que cerró los ojos con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó con la mirada apartada para no observar cierto órgano que seguía al aire. Su rodilla aterrizó en su antebrazo.

Él gritó de dolor. —¡Argh! —Al menos, esperaba que fuera su antebrazo. El grosor era demasiado para ser otra cosa, ¿no?

Con las mejillas sonrojadas y los ojos todavía cerrados, volvió a preguntar con cautela: —¿Estás bien?

—Mmm... sí —gruñó—. Ya puedes abrir los ojos. —Y los abrió, justo a tiempo de verlo hablar con los dientes apretados y la mandíbula tensa mientras se frotaba el trasero—. Pensaba que ibas a avisarme. —Sus quejidos resonaron en el cuerpo de ella, como si su dolor fuera el suyo.

—Lo siento. No se me ocurrió. Nunca me había encontrado en una situación así. —Hizo un gesto con el brazo abarcando toda la situación. No solo el rescatar a un hombre de una trampa, sino también al hombre parcialmente expuesto que colgaba de dicha trampa y que ahora yacía de lado como un fardo. Y no solo eso, sino que se trataba de un hombre al que ahora sentía curiosidad por ver desnudo. En su vida había especulado tan a fondo sobre la anatomía masculina. Pero después de haberse apretado contra él y su tentadora forma masculina, y de haber encontrado allí una cantidad considerable de placer, se sentía indecorosamente inquisitiva.

Él gimió de nuevo y Joan sintió un peso en la conciencia. No había sido su intención dejarlo caer así, y era obvio que al hombre le dolía por culpa de sus acciones. La culpa la invadió. Quería consolarlo.

—Te perdono. Puedes compensarme masajeándome para quitarme el dolor. —Con una mano todavía cubriéndose el miembro, con la otra se rodeó el trasero—. Empezando por aquí.

Y por supuesto que diría algo así. —Eres incorregible.

Él se rio entre dientes, lo que provocó un gemido que sonó genuino.

—Al menos estás bien.

—Estaré bien —dijo él, poniéndose boca arriba—. Solo necesito un segundo. —Parecía que los brazos le pesaban una tonelada mientras levantaba lentamente el otro hacia la entrepierna. Al recolocarse dentro de los calzones y abrochárselos, Joan sintió una punzada de decepción.

—¿Cuánto tiempo necesitas para poder levantarte?

—Solo unos minutos más —dijo con pereza—. Túmbate aquí conmigo.

Dejó caer el brazo extendido sobre el suelo y, por alguna razón, la invitación le pareció de lo más normal, así que Joan apoyó la cabeza en su brazo. Juntos miraron al cielo, escudriñando más allá de las copas de los árboles.

—¿Estás cómoda? —Joan se movió, sorprendida por su pregunta. Él era el que acababa de caerse de un árbol y, sin embargo, se estaba preocupando por si ella estaba a gusto.

—Estoy muy a gusto en tus brazos… quiero decir, que eres cómodo…, esto…, tu brazo es blando. Pero también fuerte. Con

músculos. —¿Cuándo se había vuelto una boba tartamuda?

La risa de James le retumbó en el pecho y ella la sintió en su costado.

—Me alegro de que encuentres consuelo en mis brazos —dijo él. Y luego, casi en un susurro, añadió—: Alguien debería.

Otro comentario despectivo que Joan tenía muchas ganas de analizar. Y ahora tenía tiempo. —¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. —Empezó a retirar el brazo como para levantarse, pero la mano de ella voló hasta su pecho y lo detuvo. Aunque ambos sabían que la delicada palma de su mano no podría detenerlo si él de verdad quisiera levantarse. No quería que se fuera. Era su oportunidad para conocerlo mejor. Había encontrado una pequeña grieta y quería colarse por ella.

—¿Qué quieres decir, James? No dejas de decir cosas así.

Soltó una entrecortada bocanada de aire. —Cuesta creer que alguien pueda encontrar consuelo en mí. —Las palabras sonaron como hechos, no como una búsqueda de compasión. Casi como si no quisiera continuar la conversación. En realidad, exactamente como si no quisiera seguir con ese tipo de preguntas.

Pero Joan no estaba dispuesta a rendirse. —Es natural encontrar ese consuelo en los amigos y la familia.

—¿Eso es lo que somos, amigos? —Algo en su voz sonaba burlón, con un toque de amargura.

—Somos amigos —le aseguró Joan.

—Amigos de una dama… parece un poco… extraño encontrar consuelo aquí —dijo James con voz ahogada mientras flexionaba el

codo extendido hacia el cielo, haciendo que ella girara ligeramente de lado para mirarlo.

—Si te resulta incómodo, siempre puedes encontrar consuelo en tu familia.

Lo que pretendía ser un comentario de ánimo provocó una risita cínica. —Claro. Mi familia. El máximo consuelo.

—Ahí estás otra vez, James. ¿Qué significa eso? ¿Qué le pasa a tu familia?

—A ver. —Se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo que tenía libre—. Mis padres estaban de acuerdo en todo.

—Eso suena sano.

—Lo sería. Si las cosas en las que estaban de acuerdo fuesen razonables, como el nombre que ponerles a sus hijos.

—¿No se pusieron de acuerdo con James?

—Oh, estoy seguro de que sí. Lo cual… debo decir que es probablemente una de sus únicas decisiones razonables. Es bastante difícil ponerse de acuerdo en el nombre de un hijo. O eso he oído.

—James es un nombre bonito.

—Sí. Fuerte, también. —Le guiñó un ojo—. Pero no es como si hubieran tenido cuatro hijas y hubieran decidido ponerles nombres de guerreras.

—Siempre he pensado que tuve suerte con el nombre que suena más normal.

—Sí… Joan…

La forma en que su nombre salió de sus labios le provocó un escalofrío de placer por la espalda.

—Los nombres de tus hermanas son extraños.

—Es verdad. Pero al menos todos los nombres son importantes e imponentes.

—Muy imponentes, estoy de acuerdo. Menos mal que las excentricidades de tus padres no eran simples rarezas. Podrían haberos puesto los nombres de los meses del año.

—Augusta no estaría tan mal —dijo Joan con una sonrisa.

—¿Marzo?

Ella se rio y arrugó la nariz. —Tengo que admitir que no sería lo ideal, pero Diciembre suena bien, ¿no crees?

Y ella esperaba que él estuviera de acuerdo sin más. Los sonidos suaves del nombre lo harían un bonito nombre de niña. Pero en lugar de responder, él se quedó atónito, dedicándole una mirada de lo más peculiar.

—No estás de broma, ¿verdad? —preguntó él con escepticismo.

—Pues no, la verdad. Diciembre. Suena bien. Podría ponérselo. ¿Te imaginas a mí abrazando a mi pequeña Diciembre?

James le frunció el ceño.

—Eso está fuera de lugar. Una madre abraza a su hija tenga el nombre que tenga. Aunque a ti no te guste, a mí sí. —Se cruzó de brazos—. Estoy segura de que tu madre te dio innumerables abrazos, con un nombre tan bonito y agradable como James.

La tensión en el ambiente aumentó y la atmósfera pasó de ser juguetona a sombría. No estaba segura de qué había dicho, pero era innegable la pesada carga de su respuesta, aunque él intentara ocultarla con frivolidad.

—Deja que cuente cuántos abrazos recibí de mi madre...

La frase quedó suspendida en el aire, y Joan esperó, pensando que haría otra broma. Él siempre era el que tomaba el pelo y bromeaba con los demás. Era la vez que más vulnerable le había visto, y quería más de eso. Su corazón estaba absorbiéndolo todo de él; incluso su silencio era revelador. Así que, cuando él no dijo nada más, ninguna cifra, ella reconoció un dolor que él no expresaba.

—Lo siento —susurró, posando una mano sobre su pecho. El latido resonó a través de su palma. El corazón de él latía a su propio ritmo, pero ella sabía cómo leerlo. Cada latido la llamaba, hablándole del niño que una vez fue y del hombre en el que se había convertido a pesar de su infancia.

—No es nada. No sabes lo que no tienes. No puedes echar de menos algo que nunca conociste.

Y ya que él se estaba sincerando, ella decidió abrirse también. Sabía algo sobre el dolor y, aunque su experiencia con el abandono era completamente diferente, podía empatizar. Y quería hacerlo. Quería que su corazón estuviera más cerca del de él. —Nunca sabré lo que es tener a mi madre en mi boda. O sosteniendo a mis hijos. Echo de menos eso, aunque nunca lo he tenido.

—Eso es diferente. Tu madre parece cariñosa.

—Estoy segura de que tu madre...

—Y antes de que digas que estás segura de que mi madre me quería, déjame decirte algo. Me regaló *El arte de la guerra* por mi decimoctavo cumpleaños.

—Es un buen libro. De hecho, es mi favorito...

—Es el único regalo que me ha hecho nunca. —Sus palabras sonaron mecánicas. Sin pasión. Sin lamento. Simplemente una

constatación.

—Lo siento —repitió Joan, sintiéndose impotente. ¿Cómo podía una madre no mostrarle afecto a su hijo? ¿Y cómo se había convertido este hombre en un ser humano protector, despreocupado y leal a pesar de tal negligencia?

Joan se apoyó en un codo y le miró fijamente a la cara. Era tan guapo. Y sin embargo, ocultaba tanto dolor. Era tan amable y, sin embargo, albergaba tanta amargura. Y estaba lleno de pasión, a pesar de haberse criado sin ella.

Sus ojos de un profundo azul oceánico. Unas profundidades insondables. Claras a veces. Tan claras que podía leerle con facilidad y comunicarse sin esfuerzo. Como si se conocieran de toda la vida. Unos ojos de un azul intenso que podían oscurecerse hasta convertirse en una galerna, reflejo del tormento interior que fácilmente podría anegarle. Luchaba contra sí mismo y contra la tormenta, intentando mantener las aguas en calma.

—Eres… increíble —susurró. Sonaba manido. No expresaba casi nada de todo lo que desbordaba su corazón. Pero tenía que decir algo. Tenía que decírselo… alguien tenía que decírselo… y ella, temerariamente, quería ser esa persona. Él sacaba eso de ella, su temeridad. Era incomprensible cómo lo conseguía sin presionarla en absoluto. Era increíble.

—Eres la única que piensa...

Le posó los dedos en los labios. Se le encogió el corazón al pensar en su dolor, y quiso darle algo de fuerza a la que aferrarse, además de la entereza que ya poseía. —No soy la única que piensa eso, James. Tienes amigos que te adoran. Y aunque tu familia nunca lo

viera, no significa que no esté ahí. Siento mucho que fueran tan crueles contigo. Siento que crecieras sin sentirte querido. —Y mientras Joan expresaba su empatía por él, se le rompió el corazón por aquel niño al que su madre nunca abrazó. El niño que se había enseñado a sí mismo a no amar. El niño que había renunciado al amor por completo. Podía ver al hombre que era en realidad, ese que ocultaba con tanto esmero mientras que todo lo demás lo hacía con una temeridad pasmosa. Podía ver la capacidad de su corazón. Ojalá él también pudiera verla. Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

James se incorporó y la abrazó. —Chis. No es para tanto. —Seguía haciéndose el fuerte por ella. Era su pasado. Su dolor. Y aunque ella se enfrentaba ahora a él, sabía que todo aquello todavía le afectaba. Probablemente era la verdadera razón por la que nunca había querido casarse ni tener hijos. ¿Cómo podía culparlo por su aparente elección? No era una elección en absoluto. Si a uno nunca le han demostrado amor, ¿cómo va a demostrarlo? Y, sin embargo, allí estaba él, abrazándola. Calmándola. Asegurándole que su pasado no tenía importancia. Pero al diablo con eso, su pasado era importante. Sí que importaba. Necesitaba saber que él importaba.

—Si no vas a llorar tú —balbuceó Joan—, lloraré yo por ti. —Le dio un hipido—. Siento que tu madre no te abrazara nunca. Siento que nunca aprendieras lo reconfortante que puede llegar a ser una familia. Siento que no te demostraran su amor. —La indignación se apoderó de su corazón. Nunca había habido un lugar para tal ira en él y, aunque quizá algún día sentiría algo diferente, en ese momento descubrió algo que jamás habría esperado—. Los odio por eso.

—Todo eso es agua pasada. Ya quedó muy atrás. No merece tus lágrimas. —De nuevo, la estaba consolando. Su tono era como un bálsamo para sus heridas, cuando en realidad el dolor era suyo y debería ser ella quien lo consolara a él.

Sentía un nudo en la garganta. Le dolía de tanto contener los sollozos y sus ojos, ya hinchados, le ardían por las lágrimas que se había permitido derramar.

Tantas emociones eran demasiado.

Apartó la cara del pecho de él, furiosa por él, con él, con sus padres. Con cualquiera que pudiera abandonar a un niño sin motivo alguno. Le echó los brazos al cuello, desesperada porque la verdad calara en él. —*Tú sí* que mereces mis lágrimas, James.

Capítulo 16



—En el nombre de Dios, avancemos con valentía.

-Juana de Arco

MERECES MIS LÁGRIMAS. No podía evitar que aquellas palabras se repitieran una y otra vez en su cabeza. La gente no lloraba por él. Claro, algunas mujeres se sentían decepcionadas cuando no se acostaba con ellas una segunda vez o cuando dejaba de verlas por completo. Pero nadie había llorado por él de esa manera, como si lo conociera y se preocupara por él. Como si quisiera aliviar algún dolor de su vida. Un dolor que se resistía a reconocer. Sin duda, ya era lo bastante mayor como para haber superado el drama de su infancia.

—¿Te duele? —le preguntó ella, mientras le pasaba las manos por el tobillo.

Aquel ligero contacto le provocó un pequeño espasmo que le recorrió la pierna, y no estaba seguro de si era dolor o placer.

—Estoy bien. —Necesitaba decir algo —lo que fuera— para que quitara las manos de encima. Para desviar su atención de él.

—No pareces estar bien. Estás pálido. —Mientras hablaba, le subió las manos por la pierna hacia la rodilla—. ¿Tienes bien la rodilla?

—Sí —gruñó él.

—¿Y qu…?

—Yo no seguiría subiendo, Joan, a menos que busques una prolongación de lo que pasó anoche.

Con un profundo sonrojo, ella fue bajando las manos del muslo de él, donde se había quedado a escasos centímetros de su miembro erecto.

—Algo no va del todo bien. Pareces tenso.

Maldita mujer. Estaba tenso. Tan tenso que su excitación ponía a prueba la tela de sus calzones. Pero ella seguía murmurando para sí: «Debe de ser la otra pierna, entonces». Y luego sus manos estaban en su tobillo. Decidida a encontrar el origen de su dolor. Pues que buscara.

Resultaba agradable sentir una caricia tan suave sin ninguna motivación sexual. Y mientras ella buscaba, él pensaba.

Joan apenas lo conocía. El conjunto de sus conocimientos se reducía a que era un libertino, un amigo leal y que podía darle placer.

Sin embargo…, incluso mientras pensaba en ella, sabía que había algo más profundo. Algo más allá de los hechos. Desde su primer intento de comunicación, había habido algo que les permitía entenderse. Él la entendía. Lo que la motivaba. Cómo funcionaba su mente. Y, absurdamente, ella parecía tener las mismas capacidades en lo que a él concernía.

—Deberíamos volver —dijo él con brusquedad, sin comentar las lágrimas de ella de antes. Si quería llorar, la dejaría. Pero no iba a adentrarse más en ese camino de emociones con ella.

Observó cómo ella agachaba la cabeza y se secaba las lágrimas de las mejillas. Asintió, con la barbilla todavía pegada al pecho. James casi sintió una punzada de culpa en el pecho al verla levantarse.

Dejándola dar unos pasos, respiró aliviado, necesitado de un poco de espacio. Lejos de ella y de toda su solicitud. Sí, le vendría bien un poco menos de eso.

Con un gruñido, se puso en pie. El dolor le subió por el tobillo con más intensidad de la que habría previsto, y supo que no llegaría de vuelta sin ayuda.

—Joan. —Al oír su nombre, ella se dio la vuelta con un destello de esperanza, y para él fue una tortura decir las palabras—: Necesito que…

Ella corrió hacia él.

—…me ayudes. —Señaló su pie—. Creo que me he torcido el tobillo.

—De acuerdo. ¿Qué puedo hacer?

—Solo necesito apoyarme en ti para no cargar todo el peso en el tobillo. —Le pasó el brazo por encima del hombro de ella, esbelto pero robusto. De inmediato, el calor fluyó hacia él. Casi como un consuelo.

Dieron unos pasos juntos. Sabiendo que pesaba, le preguntó:

—¿Puedes bien así?

—Perfectamente. —Al principio, no se molestó en mirarlo. Pero cuando lo hizo, lo miró fijamente a los ojos y añadió—: Soy lo

bastante fuerte para soportar el peso.

Y durante el resto del camino de vuelta a la casa solariega, James repasó las palabras de Joan en su cabeza.

***

TRAS UNA PROFUNDA INSPIRACIÓN, Joan permaneció en la terraza; necesitaba el aire gélido para aclarar sus ideas. A sus espaldas, la fiesta continuaba con otro baile. La música estaba en pleno apogeo. Aún podía oír los suaves tonos de los instrumentos y el murmullo de las voces. Para intentar aislarse del ruido, se alejó unos pasos más de la cristalera. No había hablado con James desde esa misma tarde. Cuando lo vio entrar en el salón de baile, fingió ignorar su llegada y se puso a charlar con sus hermanas. Si ellas se dieron cuenta (que con toda probabilidad así fue), al menos no dijeron nada.

Poco después, lo había visto escabullirse hacia los jardines. Probablemente para un encuentro furtivo. Había visto la forma en que lady Whitney se lo comía con sus miradas ardientes. Joan puso los ojos en blanco mientras una punzada aguda le recorría el pecho. Él era un hombre libre. Ella no tenía ningún derecho sobre él. Podía hacer lo que le viniera en gana. Y siendo un libertino, estaba segura de saber qué es lo que quería hacer. Lo que no tenía tan claro era por qué la irritaba tanto.

Así que allí se quedó, con la mirada perdida en la oscuridad, donde se extendían los jardines, sin buscar a James.

Habían pasado demasiadas cosas en el último día, y necesitaba calmar la ansiedad que le provocaba un torbellino en su interior.

El beso con James… Ese era un acontecimiento que requería su atención.

La conversación tras el rescate de la trampa… Eso exigía su consideración.

James era complejo. Guapo. Despreocupado. Leal. Pero enterraba su dolor. Fingía que no le importaba. Ahora ella era capaz de ver a través de esa fachada, y se estaba encariñando con él. Pero era un libertino. ¿Cómo podía ser tan tonta como para permitirse encariñarse del hombre más inalcanzable?

Si tan solo pudiera recobrar el aliento, quizá podría convencerse a sí misma de que aquellos sentimientos no eran reales. Después de todo, ¿qué eran unos pocos sentimientos fugaces cuando su corazón estaba en juego? Su corazón. Su futuro. Su felicidad. Podía mantener el autocontrol cerca de él. Podía dominar sus sentimientos. No era como si ya hubieran echado raíces profundas en su interior.

—Bonita noche, ¿no le parece, lady Joan?

Apartó la mirada de las estrellas para responder a la voz masculina que había sonado a su espalda.

—Lord Tamely. —Gimió para sus adentros al verlo. Quería estar sola. Y si no podía estar sola, al menos no con él. Era una pelea andante a punto de estallar. Era un hombre conflictivo que vivía sin remordimientos. Sin embargo, gracias a su poderosa familia, seguía siendo invitado a todas partes.

Se le acercó, bloqueándole el camino de vuelta al interior.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

¿Es que ese hombre no tenía nada interesante que decir? Si iba a abordarla, ¿no podría haber ideado algo mejor que eso?

—Acabo de salir a tomar el aire.

—¿Me permite acompañarla a dar un paseo por los jardines? —le preguntó con una sonrisa empalagosa.

—Creo que ya voy a volver dentro. Gracias.

Lord Tamely le puso la mano en el brazo, y una oleada de ira la recorrió. No era suficiente como para plantearse sacar la daga, pero si hacía algo más, no dudaría en buscar más allá de su bolsillo para coger el arma que llevaba sujeta al cuerpo. —No pretendía invadir su espacio. Parece que tiene algo en mente. —Le apretó el brazo. Pretendía ser un gesto tranquilizador, pero solo consiguió que la bilis le subiera por la garganta—. Soy un buen confidente.

—Estoy segura de que lo es. Gracias por el ofrecimiento.

—¿Le gustaría hablar?

—No, gracias.

Se le acercó más. Tan cerca que pudo oler su colonia floral, de un aroma penetrante y empalagoso.

Inclinándose hacia ella, bajó la voz: —¿Necesita algo de consuelo, Joan? —Oír su nombre en sus labios la hizo estremecerse.

—He dicho que no. —Quiso apartarse de él, pero el agarre se había hecho más fuerte.

Desde los pocos escalones que bajaban al jardín, una nueva voz pronunció su nombre: —Joan.

James. Ella suspiró.

Subía los escalones con lentitud y, cuando llegó al rellano donde ella se encontraba, le tendió la mano.

—Joan. —Fue a partes iguales pregunta y afirmación. Una invitación. Pero más que eso. Casi una reclamación.

Ella no vaciló. Mientras avanzaba hacia él, se concentró en la oscuridad de sus ojos. Eran casi negros; todo el azul había quedado relegado al perímetro.

Necesitaba estar a su alcance. En sus brazos. Era un lugar seguro. Pero cuando él le cogió la mano, la guio con delicadeza para que se colocara detrás de él mientras encaraba a lord Tamely.

—¿Te ha tocado? —susurró James por encima del hombro.

—No —dijo ella, negando con la cabeza aunque él no podía verla.

—¿Te estaba molestando?

Ella se agarró a la tela de la espalda de su levita, sin saber cómo responder a esa pregunta. Era obvio que lord Tamely la había estado molestando, pero la energía sin parangón que emanaba de James indicaba que podría reaccionar con demasiada vehemencia a esa respuesta. Su cuerpo desprendía un calor abrasador y, aunque estaba completamente quieto, no pudo evitar darse cuenta de que temblaba.

—Estoy bien —le dijo a su espalda.

Lord Tamely no podía oír el breve intercambio, pero, al percibir que algo no iba bien, decidió intentar aliviar la tensión con una risita.

Fue un error.

—¿Encuentra algo divertido? —James se puso tenso mientras exigía una respuesta.

Y, por desgracia para lord Tamely, no vio la necesidad de amedrentarse ante James. —Simplemente toda esta situación.

—¿Qué tiene de divertido?

—Que suba usted aquí como si tuviera que rescatarla de mí —soltó una carcajada.

—Manténgase alejado de ella —dijo James.

Y entonces aquel mentecato volvió a reírse. —No es vuestra para que la protejáis.

Joan perdió el agarre de la levita de James cuando él se apartó bruscamente de ella, abalanzándose sobre lord Tamely. —¡Demonios, claro que lo es!

Y apenas tuvo tiempo de ver el puño de James volar por el aire y estrellarse contra la cara de lord Tamely.

¡ZAS!

***

JAMES NO RECORDABA la última vez en su vida que había estado tan enfurecido. Quizá en su decimoctavo cumpleaños con *el regalo*. Pero ni siquiera aquello había sido una furia pura y cegadora como esta. Aquel momento del pasado había sido ira envuelta en decepción. Dolor. Desánimo. Hasta entonces, siempre había albergado la esperanza de que, si se esforzaba más, si llegaba a ser más, si maduraba un poco, quizá sus padres mostrarían una minúscula pizca de afecto. Pero aquel día, abandonó toda ilusión. Sus padres no iban a cambiar.

Si quería que algo cambiara, tenía que cambiar él mismo. Así que se cerró en banda. El amor ya no era un ideal. No había esperanza.

Y para el resto del mundo eso podría sonar trágico. Para él, le proporcionaba un terreno firme sobre el que asentar los pies. Nadie podría quitarle ese terreno bajo sus pies. Si James no creía en el

amor y nadie le daba amor, nadie saldría decepcionado. Era sencillo. Ojalá lo hubiera decidido antes. Quizá entonces el regalo no le habría dolido tanto.

Pero no se permitió recrearse en esa ira. Hasta ahora.

Cuando James había subido y visto la mano de lord Tamely sobre Joan, un sentimiento de posesión había asaltado su cuerpo como un ejército que marcha para asegurar un nuevo territorio. Y sus acciones lo habían reflejado cuando se había acercado y la había reclamado como suya.

Joan. Había algo innegablemente cautivador en ella. Si tuviera que describirlo con palabras, lo llamaría su lealtad. Era observadora, atenta y apasionada. Todo lo que sus padres nunca habían sido. Todo lo que había faltado en su vida, ella lo era. Y la deseaba desesperadamente.

Y era aterrador.

Aquel terreno firme sobre el que había estado, del que se había valido, del que incluso se había burlado… ahora temblaba. Joan le estaba demostrando que el amor quizá sí existía. Y después de vivir tantos años ignorándolo, James no estaba seguro de cómo aceptar su presencia.

¿Bastaba con que fuera una persona de verdad quien lo demostrara? ¿Una persona de verdad que le miraba a los ojos? Alguien a quien podía tocar y cuyo tacto podía sentir hasta el alma. ¿Bastaba con que le hablara como una amiga? Sus conversaciones eran fáciles y amenas. ¿Bastaba con que ella le correspondiera? A su cuerpo, a su contacto. Se dejaba influir por él. Él sabía que era precavida, pero desde que la conocía, había estado dispuesta a

añadir una dosis de audacia a sus días. ¿Y a dónde la había llevado eso? Casi a la ruina.

Y él podría ser el culpable, salvo por el hecho de que nadie los vio juntos. Pero eso no importaba. No le importaba que nadie los hubiera visto juntos. Él sabía lo que habían hecho. Sabía que él… ¿qué? ¿Qué sentía por ella?

Verla tan cerca de lord Tamely encendió un fuego en su interior que sabía que solo podría apagarse si dejaba a aquel hombre fuera de combate. No había otra opción. Aun así, había intentado mantener la compostura. Pero cuando el hombre desafió el derecho de James sobre Joan, fue la gota que colmó el vaso. No se tomó muy bien el escepticismo del hombre.

Si alguien podía proteger a Joan, ese era James. Era un duque. Su nombre y su estatus por sí solos serían suficientes para protegerla.

Pero ese pensamiento le pareció hueco. James quería ofrecer a Joan mucho más que solo su nombre.

Capítulo 17



—No le temo a las tormentas, porque estoy aprendiendo a navegar mi barco.

-Juana de Arco

JOAN TENÍA LA GARGANTA TAN SECA que no podía tragar. Lord Tamely yacía tumbado en la terraza mientras James se sacudía la mano después del derechazo que le había asestado en la mandíbula.

Todo a su alrededor daba vueltas. El hombre tumbado de espaldas. El hombre que tenía delante. Girando. Lentamente. Había dos James. ¿Por qué eran dos? La oscuridad se abría paso por los lados y desde arriba.

Y mientras el mundo se arremolinaba ante ella, las palabras de él daban vueltas en su mente. *Y un cuerno que no lo es.* No le correspondía a él protegerla y, sin embargo, la había reclamado. Pero él era un libertino. Un libertino cada vez más sombrío.

—¿Joan? —su voz de libertino sonaba confusa—. ¡Joan! —Un momento. Esa había sonado presa del pánico.

Oscuridad.

Solo oscuridad.

—¿Joan? —Esta vez fue poco más que un susurro. Movió sus pesados miembros.

Sin saber cuánto tiempo había pasado entre su desmayo y el momento en que se encontró acurrucada en sus brazos, abrió los ojos poco a poco. Él estaba sentado con la espalda apoyada en la balaustrada y la cabeza de ella descansaba sobre su pecho. La rodeaba con sus brazos: uno alrededor de su espalda y el otro presionado suavemente contra el lado de su cabeza, manteniéndola en su sitio.

Cuando sus ojos por fin se aclararon y pudo verle la cara, fue recibida por algo que en realidad no había visto en su mirada. Preocupación. Él le devolvía la mirada como si ella importara. A él. Por supuesto, solo importaba que no hubiera resultado herida. Al fin y al cabo, solo se había desmayado.

—¿Estás bien? —Pero incluso su voz estaba cargada de alarma.

—Estoy bien —murmuró, sin estar segura de creerse sus propias palabras. Sentía el cuerpo como un saco de arena. Le costaba moverse y, en realidad, no quería hacerlo. Apoyada contra su pecho, se sentía a gusto, envuelta en su colonia con toques de especias y algo distintivamente James.

—Puedes descansar aquí todo el tiempo que necesites —dijo él con dulzura mientras su mano le acariciaba el pelo. Era exactamente lo que ella quería oír. Empezó a relajarse y a entrar en calor mientras él la calmaba con su mano. Cerró los ojos y se permitió deleitarse con

el contacto de sus dedos, que trazaban lentamente su oreja, su mandíbula, bajaban por su cuello y volvían a subir hasta su pelo.

—Entonces no eres solo un libertino, ¿verdad, James? —Era hora de enfrentarlo por las ínfulas que se daba.

—Es lo que todo el mundo sabe de mí. Es lo que soy.

Ella le subió un dedo hasta la mandíbula, recorriendo la corta barba incipiente. —No creo que seas solo eso. Hay más en ti. Lo he visto.

—Quizás —fue todo lo que dijo. Pero ella vio cómo se le curvaba la boca y se le suavizaba la mirada antes de volver a cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra el latido de su corazón. Un corazón que conocía. Un corazón del que estaba segura de haberse enamorado.

Y estaba casi perfectamente relajada cuando su nombre, pronunciado por más de una lengua y con tonos diversos, resonó en la oscuridad.

Se incorporó de un salto, pero en su frenesí, su codo conectó con el miembro que él tenía entre las piernas. James se inclinó hacia delante para protegerse y la acercó más a su pecho para hacer sitio a su mano y ahuecarla sobre la entrepierna.

Aterrada de levantar la vista y averiguar quién los había descubierto en aquella situación comprometedora, Joan giró lentamente la cabeza.

Sus dos hermanas estaban en primera fila. Nobi se tapaba la boca con la mano. Mimi sonreía de oreja a oreja.

Y si solo hubieran sido ellas dos, Joan habría suspirado aliviada. Sus hermanas podían pillarla en las situaciones más escandalosas y aun así se podía confiar en que no cotillearían.

Por desgracia, no solo estaban allí sus hermanas. Flanqueándolas se encontraban la condesa Linsgate y su hija, Simone. Dos mujeres con las que se podía contar para difundir cotilleos de todo tipo y condición.

Aquello no era bueno. No estaba ni un poquito bien. Era un desastre total y absoluto.

—Puedo explicarlo —se apresuró a decir Joan. Pero entonces se detuvo, al darse cuenta de que no tenía explicación para lo que estaban viendo. Lord Tamely yacía en el suelo a unos metros de ellas, todavía inconsciente. Y ella estaba acurrucada en el regazo de James. ¿Cómo podía explicar aquello? No podía.

El cuerpo de James se había tensado ligeramente, pero tenía la cabeza apoyada en la columna y su mano seguía acariciándole la piel, descendiendo por la parte superior del brazo. Ella solo deseaba que las suaves caricias fueran tan reconfortantes como antes.

Su tono fue desenfadado cuando habló. —Buenas noticias, señoras. He recibido noticias del conde de Dalhone. Joan y yo vamos a casarnos.

Oh, no, oh, no, oh, no. Aquello era incluso más horrendo que absolutamente desastroso. Sabía lo que estaba haciendo. Lo habían pillado en esa situación y era demasiado caballero como para permitir que ella se arruinara. Iba a pedirle a su padre la mano de ella. Aunque hablaba en pasado, era obvio que aún no se lo había pedido a su padre. Solo intentaba que pareciera un escándalo menor de lo que era.

James la levantó con delicadeza de su regazo y se puso en pie, ofreciéndole la mano en el proceso. Ella permaneció a su lado,

cogidos de la mano.

—¿Les presento a mi prometida? —anunció James a las atónitas testigos.

—¿Qué le ha pasado a lord Tamely? —preguntó Mimi sobre el hombre, que ahora gemía. Al parecer, las mujeres presentes estaban demasiado conmocionadas para responder directamente a la proclamación. James nunca había sido considerado un soltero codiciado.

—Ah, sí… —James se rascó la barbilla—. No se había dado cuenta de que ya era mía. Así que me aseguré de que lo supiera.

A Joan le daba vueltas la cabeza de nuevo. Creyó que podría desmayarse por segunda vez. En vez de eso, se agarró al antebrazo de James, buscando algo sólido que la estabilizara. *¿Que ya era suya?* Sabía que solo lo decía por decir. Era una historia. Una patraña de las gordas, si es que alguna vez la hubo, y, aun así, su corazón dio un vuelco al oír esas palabras. Y luego, con la misma rapidez con que había saltado, se desplomó de nuevo. Tenía que serenarse. Controlar la situación. Contener sus emociones. Acallar las amenazas que la rodeaban.

Y si su corazón no le latiera con tanta fuerza en el pecho y sus oídos no retumbaran con el sonido, tal vez podría seguirle el juego a James. Podrían fingir un compromiso y romperlo más tarde. Pero su corazón…, ese órgano persistentemente traicionero…, no se dejaba silenciar. Si esto hubiera sucedido unos días antes, podría haber aceptado el plan. Pero no ahora. No después de haber conspirado juntos, y con éxito, además. No después de haberse besado. De haber compartido cosas sobre sí mismos y sus pasados. No después

de que ella lo hubiera rescatado. Y, ahora que lo pensaba, no después de que él se hubiera sacrificado y la hubiera rescatado a ella del bote que se hundía. No. Después de todo eso, no. Era demasiado. Su corazón estaba implicado. Dando saltos por todas partes. Por él.

No lo aceptaría así. Obligada.

No podía fingir algo ahora. No lo haría. Ni por él. Ni por nadie. Joan siempre fue de las que se amoldan para llevarse bien con todos. Nunca buscaba problemas y siempre vivía con cautela. Entonces James había entrado en su vida y le había enseñado que un poco de temeridad le daba sabor a la vida, y ella lo estaba disfrutando. Pues bien, quería vivir su vida por y para ella misma. No como un animal enjaulado, encadenado a alguien de por vida por un tonto malentendido.

No aceptaría una proposición por lástima. Tampoco accedería a una vida que la llevaría a tener un marido resentido. No. Su futuro era solo suyo. Aunque tuviera que vivirlo de esa manera… soltera. Sabía que este escándalo podía costarle un marido, de forma permanente. Pero siempre tendría a sus hermanas. No cedería a esta decisión.

Así que hizo algo que nunca habría predicho, a sabiendas de lo doloroso que sería. Se obligó a soltar una risita. A ella misma le sonó artificial; solo podía esperar que a los demás les pareciera real. Tras la risita, dio un paso a un lado. —Es una broma. —Le dio una palmadita en el brazo para reforzar la idea—. Es un libertino de fama. No sabe nada del amor. Jamás podría casarme con él.

Y entonces, lo vio. No había querido cruzar la mirada con él porque le aterrorizaba lo que podría encontrar allí, pero la cruzó de todos modos. Un destello de dolor. Incredulidad. Ira. Pero fue un susurro llevado por el viento, porque al instante se había ido. Desvanecido en la noche.

Y con él se fueron todas las esperanzas que tenía de conocerlo mejor. Quizás de conocerlo en absoluto.

La pérdida de ese futuro potencial casi la destrozó. Estuvo a punto de extender la mano para coger la suya y retractarse de sus palabras diciendo: *La que bromea soy yo. Por supuesto que me casaré contigo.*

Su mirada se deslizó hacia el pecho de él. Observó cómo sus respiraciones pasaban de profundas a superficiales. Y cuando resopló, fue como si pudiera verle deshacerse de cualquier idea honorable que tuviera hacia ella. En su lugar, inhaló una nueva determinación. Aceptar su decisión. Respetarla (eso esperaba ella). Dejarla en paz.

Y Joan ni siquiera estaba pensando en el escándalo que se desencadenaría mientras la condesa Linsgate chasqueaba la lengua y se llevaba a su hija de la terraza, para que no la mancillaran. Joan no se estaba preparando para la avalancha de cotilleos que, con toda seguridad, la seguiría en cuanto volviera a entrar en el salón de baile.

No.

Se estaba haciendo a la idea de un futuro en el que nunca volvería a tramar planes con James. Nunca volver a sentir su tacto. Su susurro ligero y cálido en la oreja. Nunca volver a besarlo.

Pero era lo mejor.

Él no quería casarse y ella no lo obligaría.

Era lo mejor. Se repitió, esta vez dejando que la idea le calara en la mente con la esperanza de aceptarla.

Después de que el dúo de madre e hija se marchara, James se volvió hacia ella.

—Joan, entiendo que esto es abrumador de asimilar en este momento. —Se llevó la mano a la nuca y cerró los ojos con un largo parpadeo. Parecía arrepentimiento. Parecía como si intentara borrar un recuerdo de su mente—. Pero creo que es mejor que nosotros…

—No puedo casarme contigo, James. —Ahí estaba. Lo había dicho otra vez. Le costó sacar las palabras por sus labios rebeldes y contra sus pensamientos contradictorios, pero tenía que hacerlo. James estaba dispuesto a rescatarla de nuevo, a sacrificarse y a sacrificar el futuro de soltería que quería. Ella no lo permitiría. No necesitaba que la rescataran. Podía vivir esta vida por su cuenta. Y en sus propios términos. Si estaba destinada a ser una solterona que esgrimía hojas, que así fuera. Quizá esta era la concentración absoluta que necesitaba para dedicarse a sus encargos de espadas.

Miró de reojo a Nobi y a Mimi, que, sorprendentemente, no decían nada, solo la miraban fijamente. Si esta decisión condenaba el desafío del duque, que así fuera.

Tragó saliva.

Eso le resultaba más difícil de aceptar. Quería a sus hermanas y no quería disgustarlas. Y, sin duda, esto las disgustaría, el volverse inelegible para el matrimonio, anulando así su participación en el desafío del duque. Su escándalo también mancharía la reputación de

ellas. Pero, por desgracia, esta decisión no podía ser por ellas. Esta era la única vez que Joan actuaba de forma imprudente y completamente para sí misma. La mezcla de emociones que la anegaba mientras las consecuencias de su decisión comenzaban a asentarse era irritante. Pensaba que encontraría la paz si tomaba las mejores decisiones para sí misma.

James le sujetó ligeramente los brazos y la miró a la cara. —¿Joan, piensa en el escándalo. Piensa en tu futuro. No tendrás ninguna oferta de matrimonio. Coge mi mano. Estoy haciendo lo honorable. Déjame.

—No puedo. —Lo miró por un último instante, memorizando su rostro. Él parecía estar haciendo lo mismo, escudriñando su cara. Buscando respuestas que ella no podía darle. Él no la deseaba de verdad. Si lo hiciera, lo habría dicho. Era la oportunidad perfecta para haber cambiado de opinión sobre el matrimonio y el amor. Pero no había dicho nada. Estaba sobradamente claro que nada había cambiado en su corazón. Un corazón que ella sabía que amaba. Que esperaba que pudiera amarla. Pero que, al parecer, no podía. Él no era nada de lo que ella había querido, y sin embargo se había convertido en todo lo que necesitaba. Aun así, él nunca sentiría lo mismo por ella.

Cuando apartó la mirada, susurró: —Por favor, vete.

Y para su profunda consternación, él lo hizo.

Capítulo 18



«Las batallas más grandes de la vida se libran con una pasión ardiente en el interior».

-Juana de Arco

Dos días después

JAMES ESTABA SENTADO EN EL WHITE'S por segunda noche consecutiva, ahogando en alcohol… algo. No lo llamaba «penas», aunque algunos podrían hacerlo.

Desde la fiesta en casa y *el incidente,* no había sido capaz de quitarse de encima una sensación de hastío. De angustia. Los cotilleos ya empezaban a extenderse y James odiaba no poder hacer nada para aliviar el dolor de Joan. Pues, a buen seguro, ella estaría sufriendo un torrente de emociones deprimentes.

—¿Qué bebes? —le preguntó Sam dándole una palmada en el hombro.

James alzó su vaso. —¿No tienes ojos en la cara? Verías que es whisky.

—Uuuuy, el duque gruñe esta noche —dijo Sam, dejándose caer en el asiento junto a James, mientras Chris se sentaba al otro lado.

—No estoy gruñendo —gruñó James. *¿Ves? No gruñes.* Se dio una palmadita mental en la espalda—. ¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

—Es nuestro club, ¿no? —replicó Sam.

—¿Te apetece una partida de piquet? —preguntó Chris mientras daba golpecitos a una baraja de cartas.

—Es lo último que me apetece hacer esta noche —gruñó. *Maldita sea.*

—Bien. —James pensó que Chris se iba a recostar y a quedarse callado. Como solía hacer. Pero no lo hizo. Se sentó en el borde de su asiento y entornó los ojos hacia James. Luego, alargó el brazo, agarró a James por el cuello de la camisa y tiró de él hacia delante para que quedaran cara a cara—. Pero si crees que por un segundo voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que te arruines la vida, te equivocas. No voy a ser un partícipe pasivo de este comportamiento estúpido.

James forcejeó para liberarse, pero Chris lo sujetó con fuerza. —¿Qué demonios te pasa, Chris?

—¿A mí? —Chris, el más callado, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. Eres un completo idiota, James. Y no pienso dejar que te hundas a mi…, a este nivel. La quieres.

—¿A quién? —A estas alturas era ridículo hacerse el tonto, pero James lo hizo de todos modos.

—No lo hagas —dijo Chris, sacudiéndolo—. No te jodas toda la maldita vida, bastardo.

—Eh, para… —intervino Sam.

—No he terminado —le espetó Chris, fulminándolo con la mirada—. O este capullo da un paso al frente y hace algo para recuperarla, o vamos a tener que estar curándole el corazón herido…, no, el corazón roto, el resto de nuestras vidas.

Eso hizo que Sam se callara. Por un momento. Luego miró a James y le puso su gran palma en el hombro. —Chris tiene razón, James. Tienes que hacer algo. Hemos visto cómo te comportas con Joan. —James sintió que el agarre de Sam se tensaba, como si quisiera forzar la verdad en su dura mollera—. Es la indicada para ti.

James se sentía como si estuviera perdido. Sentía algo por Joan. No es que lo llamara amor. No. El amor seguía sin existir. Pero ella había traído calidez a su vida. Sostenerla en la pista de baile. Yacer a su lado. Sentir su piel contra la suya. Besarla. Correrse con ella. Quería más. Más de ella y de nadie más. Y eso..., bueno, eso era nuevo.

Pero no podía admitirlo. Ella ya lo había rechazado. Y él sabía lo suficiente sobre el rechazo como para apreciar que cuanto antes lo aceptara uno y siguiera adelante, mejor. Tal como había aprendido de sus propios padres. Aquellos que se suponía que debían amarlo más que nadie. Lo habían rechazado. De una manera desoladora y paralizante. Y tardó dieciocho años en aceptarlo. Una vez que lo aceptó, pudo finalmente seguir adelante. Al diablo con ellos. No los necesitaba. Era dueño de sí mismo y siempre lo sería. No le pertenecía a nadie.

Y ahora Joan también lo había rechazado. Y no importaba. Ella no importaba.

Excepto que sí importaba.

Pero no podía admitirlo.

Le quedaba una última defensa. Era ridícula. Lo sabía. Pero era la única que tenía, y se aferraba a ella con cada ápice de fuerza que le quedaba.

—Ni siquiera sé si tiene un lunar con forma de luna en el trasero. Sí. Ya está. Lo había dicho. ¿Era completamente ridículo? Más de lo que podría haber imaginado. Pero ya lo había soltado.

Sam enarcó una ceja. —¿De qué estás hablando? —Se giró hacia Chris—. ¿Ha bebido más de lo que pensábamos? Quizá deberíamos esperar a que se le pase la borrachera y hablar de esto mañana. No estoy seguro de que se esté enterando de nada.

Chris negó con la cabeza. —Espera. ¿Me estás diciendo que la mocosa quiere llamar a su hija December?

James se encogió de hombros. —No se opone. Ha dicho que le suena bien.

—Y...

—Qué... —intentó interrumpir Sam, pero Chris no se lo permitió. Le lanzó una mirada severa a Sam.

—Y —enfatizó la palabra con fuerza—, ¿y te ha besado en el ojo?

James se encogió de hombros de nuevo. —Ha sido un accidente. Sus labios aterrizaron en mi ojo cuando me caí de la barca.

Ahora, Chris le lanzaba puñales a James con la mirada. De hecho, James estaba bastante seguro de que podía ver un tic en la ceja de Chris. Y sí, aquello era un tic inequívoco en su mandíbula. —Así que, resumiendo, lo de December está bien y te ha besado en el ojo, pero... —levantó una mano, como para protegerse del aire—, pero como no sabes si tiene un lunar con forma de luna, tú...

—En el trasero —añadió James. No estaba seguro de por qué había decidido aclararlo.

—Así que, como no sabes si tiene un lunar con forma de luna *en el trasero*, no vas a ir a por ella.

De acuerdo. Al oírlo así, James realmente pudo captar la idiotez. Pero no lo admitiría ahora. Estaba demasiado metido en el ajo.

—Has perdido el juicio, James —dijo Sam en voz baja.

Pero Chris no, Chris no habló en voz baja. Aflojó el agarre de la camisa de James, y justo cuando James pensó que su amigo tranquilo por fin iba a sentarse en silencio, le soltó un tortazo en el lateral de la cabeza.

Los vasos tintinearon y el estruendo de la sala cesó. Chris no se dio cuenta. Por suerte, Sam sí lo hizo. Se puso en pie de un salto y anunció entre risas: —Acabo de perder una apuesta. Aquí no hay nada que ver.

Con algunas miradas escépticas, la multitud volvió a sus respectivas conversaciones, atribuyendo el gesto grosero e insensible a más payasadas de los hombres.

—Despierta, James. Ve a por la chica que amas.

—El amor no existe...

—No. No te atrevas a volver por ese camino pensando que el amor no existe. Para y reconsidera cómo llamar a esa calidez que sientes en tu corazón. Cállate, James. Ni siquiera tienes que confesárnoslo, aunque seamos tus más antiguos y queridos amigos. Pero sí tienes que admitírtelo a ti mismo. Esto es lo último que te voy a decir esta noche: no seas un maldito gilipollas. Ve a por tu jodida mujer.

***

Dos días después

EL SUDOR CORRÍA POR LA ESPALDA de Joan. Se secó la frente con la manga.

¡Bang!

¡Bang!

¡Bang!

Golpeaba con el martillo la hoja incandescente. Hacía demasiado tiempo que no estaba sola en su remanso de paz.

El sonido metálico, el calor sofocante, el poder de moldear... aquí era donde siempre solía encontrarse a sí misma.

Otro golpe. Saltaron chispas. Esta era una de las muchas hojas por encargo que había recibido en los últimos dos días, así que, aunque sus perspectivas de matrimonio parecían sombrías, su futuro no era del todo oscuro.

Esto era lo que quería. Trabajo. Un trabajo gratificante. Un trabajo en el que podía volcarse y que normalmente disfrutaba. Algunos de los encargos tenían peticiones especiales de nombres o palabras para grabar en ellas. La que más ansiaba hacer era la cita «En el caos hay oportunidad». Era una paráfrasis de *El arte de la guerra*, su libro favorito. Aunque era agridulce pensar en ello, sabiendo la conexión de James con el libro, seguía apreciando la idea.

Su vida era un caos. Los cotilleos se habían extendido. Había renunciado al reto del duque. Pero de la oscuridad surgió una oportunidad.

Por mediación del hombre de negocios de Wes, Joan había estado recibiendo varios encargos de hojas. No estaba claro cómo se habían enterado de sus servicios, y estaba bastante segura de que ninguno de ellos conocía su identidad, pero así era como ella lo quería. Quería estar entre bastidores, haciendo lo que amaba.

¡Clang!

El sonido retumbó en sus oídos. Lo que normalmente le infundía un sentimiento de propósito y logro hoy brillaba por su ausencia.

Se sentía vacía. Tal vez, más apropiadamente, se sentía como el cuchillo, golpeado una y otra vez. Y no podía evitar preguntarse qué forma estaba adoptando bajo todos los golpes con los que el martillo de la vida la aporreaba.

—Joan. —Su nombre resonó en la pequeña habitación. Cuando levantó la vista, vio a Mimi y a Nobi de pie frente a ella, con una expresión de preocupación en sus ojos.

Mimi fue la primera en hablar. —Llevas aquí metida dos días. ¿Quieres hablar?

¡Clang!

—No.

¡Clang!

—Joan —dijo Nobi en voz baja—. Es comprensible que estés sometida a una presión considerable. Por favor, habla con nosotras.

¡Clang!

—No hay nada de qué hablar. —Se obligó a decir las palabras. No tenía ningunas ganas de hablar de todo lo que estaba pasando. Sus emociones estaban descontroladas. Sus impulsos, fuera de control. No quería decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

¡Clang!

—Si no vas a hablar con nosotras, ¿hablarás con James? —La voz de Mimi retumbó por encima de todos los demás sonidos en el pequeño espacio, y ante la mención del nombre de James, Joan se quedó quieta.

¿Estaba aquí? Dios, no podía dejar que la viera así. Debía de tener el pelo hecho un desastre. Estaba sudando. ¡Ni loca dejaría que la viera así! Pero si estaba aquí, ¿qué significaba? ¿Quería que estuviera aquí? No. Era demasiado doloroso pensar en ello. El corazón se le resquebrajó ante la decisión.

Los martillazos cesaron y dejó la herramienta sobre la mesa. Agarró los bordes del delantal con las manos. —No quiero verlo.

—No tienes por qué verlo. Solo lee esto. Es de él. —Mimi extendió la mano y le ofreció una misiva.

—N-no creo que la lea. —Joan no pudo evitar el tartamudeo en sus palabras. Era demasiado pensar en él. Se había pasado los últimos dos días ahuyentando las imágenes de su rostro sonriente, su risa profunda y resonante y sus fuertes brazos con cada golpe de martillo. Y, aun así, todavía lo veía con total claridad. El pelo oscuro y revuelto. Los ojos de un océano profundo. Aún podía sentir sus manos sobre su piel. Sus besos en el cuello. Lo deseaba desesperadamente. Si tan solo él pudiera desearla también. Amarla.

Nobi se acercó y le puso una mano suave en el antebrazo. —¿Es porque no quieres o porque sientes que no puedes hacerlo?

—Es que no puedo. —Joan se sentó en el duro suelo, y Mimi y Nobi se dejaron caer a su lado.

—Estamos aquí para lo que necesites, Joan. Podemos leerla juntas si quieres —el tono amable de Nobi la arropó.

—¿Por qué me escribe? —se le quebró la voz—. ¿No entiende lo difícil que es esto?

—¿Por qué es tan difícil? —insistió Nobi.

—¿No es obvio? Los cotilleos son crueles. Pasarán. De eso estoy segura. Pero por ahora, debo atravesar esta oscuridad. Sé que alcanzaré la luz. Sé que lo haré. Es solo que ahora mismo no parece brillar mucho.

Nobi le frotó la espalda y le dio una palmada en la pierna. —Eres una de las mujeres más fuertes que conozco, Joan. Puedes superar esto.

—Sé que puedo. ¿Pero y luego qué?

—¿No es esto lo que querías? —dijo Mimi—. Cada vez recibes más encargos. Cuanta más gente vea tus hojas, más negocio conseguirás. Tus sueños se están haciendo realidad.

—No como a mí me gustaría —consiguió articular Joan, sintiéndose tonta. Infantil. Y una ingrata—. Pero, aun así, ¿no tenía derecho a quejarse un poco?

—¿Qué es lo que no va bien? —preguntó Nobi.

—Estoy sola —negó con la cabeza—. Sí, estáis aquí. Pero un día vosotras dos os iréis. Casadas. Tendréis vuestras propias vidas. Y yo me quedaré sola.

—Puedes venirte a vivir con nosotros…

—Lo sé. Por supuesto que me lo ofrecerías, Nobi. Cualquiera de vosotras me acogeríais. Pero seguiría sintiéndome sola.

—Te encontraremos a alguien —dijo Nobi para tranquilizarla—. Solo es cuestión de tiempo. Seguro que Wes conoce a alguien. Incluso puedo… preguntarle a Chris. Los dos son duques. Estoy segura de que nos ayudarían a encontrar a alguien dispuesto y adecuado para ti.

—No quiero a cualquiera —bufó. Llegada al colmo de la exasperación, Joan recogió las piernas y apoyó la frente en las rodillas.

—¿Por qué no? —preguntó Mimi.

—Porque lo amo.

—¿A James? —preguntó Nobi en voz baja.

—Sí —suspiró Joan—. Era la primera vez que lo admitía en voz alta. Lo amaba. Él no la amaba a ella. No tenían futuro. Y, por eso, su porvenir se antojaba desolador, a pesar de que su negocio prosperaba.

—Entonces de verdad deberías leer su nota —la instó Mimi.

Joan levantó la cabeza lentamente. —¿Qué podría decir que ayudara en esta situación?

—Que te ama —sonrió Mimi con aire de suficiencia. Su respuesta desenfadada provocó un bufido en Joan.

—No ha escrito eso.

—Podría haberlo hecho —explicó Mimi—. Quizá ha escrito sobre su amor inmortal por ti y cómo planea llevarte para que os fuguéis y luego iros al continente para una luna de miel de varios meses.

—Lo dudo.

—Quizá te escribe para decirte que te ama y que ha conseguido una licencia especial para casarse contigo donde y cuando quieras. Y

que solo te está pidiendo que elijas el momento y el lugar.

—Mimi, por favor…

—Quizá te escribe para decirte que te echa de menos y que no puede vivir ni un día más sin ti.

—Mimi —dijo Joan con voz tensa—. No ha escrito nada de eso.

—No lo sabes. Y nunca estarás segura a menos que leas su carta. —Típico de Mimi: dejarlo todo meridianamente claro. Primero la fantasía. Luego la realidad.

—Podría ser tu duque, Joan —susurró Nobi a su lado—. Podrías ser la mujer de la que por fin se ha enamorado.

Era demasiado esperar. Era un imposible. La gente no cambiaba. Él era un libertino y siempre lo sería. Joan quiso tirar la carta. Era mejor no enfrentarse a la decepción que le causaría.

—Te dejaremos sola para que puedas leerla —dijo Nobi en voz baja, pero con la firmeza suficiente para que Mimi captara la indirecta.

Fue un gesto de respeto que le dieran su intimidad, para que pudiera decidir qué hacer. Si la carta expresaba su amor inmortal, por supuesto que le diría que sí. Pero esa no era una realidad imaginable. Había visto sus ojos en la terraza. ¿Protectores? Sí. ¿Cariñosos? Sí. ¿Amorosos? No. No podría soportar otra decepción.

Decidida, arrojó la carta al fuego.

Capítulo 19



El viaje más importante del alma es el camino hacia el autodescubrimiento.

-Juana de Arco

UN ARREPENTIMIENTO INMEDIATO LA ASALTÓ y Joan cogió sus tenazas de metal para rescatar la carta de las brasas.

La sofocó con un paño grueso, aliviada de que ni siquiera hubiera tenido tiempo de chamuscarse. El papel solo había adquirido un ligero tono tostado.

Creía que era lo bastante fuerte como para ignorarlo. Lo bastante fuerte como para pasar página y avanzar hacia su futuro sin él.

Pero las palabras de su hermana resonaban en su mente. *Nunca estarás segura si no lees su carta. Podrías ser de la que por fin se ha enamorado.*

Era verdad. Había esperanza. Y si quedaba aunque fuera la más mínima brizna de esperanza, tenía que examinarla.

Esperar a que la carta se enfriara lo suficiente como para poder abrirla con los dedos fueron los segundos más largos de su vida. Cuando por fin pudo abrir y desdoblar la carta, leyó sus palabras.

Queridísima Joan:

Te habría enviado flores, pero no me pareció que fueras de esas. Quizá no debería admitirlo, ya que resta humildad al gesto, pero no podía quedarme callado.

Conseguí las solicitudes de encargos e hice que te las enviaran. Son mejores que las flores, ¿no crees? Todo el mundo envía flores.

Antes de que te enfades y pienses que son encargos por lástima, no te preocupes, no necesité convencer a nadie para que los hiciera. Me limité a enseñarles una de tus hojas. Sí, debo confesarlo, robé una en la fiesta cuando te vi lanzar las dagas. Por cierto, ver tu potencia y precisión al dar en la diana fue una de las cosas más impresionantes que le he visto hacer a nadie. Y he visto a Sam y a Wes competir en un sinfín de actividades.

A estas alturas, probablemente te estés preguntando por qué te escribo una carta (y te consigo encargos).

La verdad es que quiero que seas feliz.

Joan se enjugó unas cuantas lágrimas de las mejillas ante sus sentidas palabras, y luego siguió leyendo.

Nunca quise arruinarte. Siempre sentiré que es culpa mía. Ojalá me dejaras arreglarlo, pero entiendo tus razones.

Esperaba que pudiéramos ser felices juntos en un matrimonio. Pero si no lo ves así, no te forzaré a algo de lo que luego te arrepientas.

Tu felicidad es importante para mí. Creí que podía anteponerla a la mía, pero, por lo visto, soy un hombre débil.

Así que, ahora, el motivo de esta carta. ¿Te reunirás conmigo?

Sorprendida, Joan dejó caer la misiva sobre la mesa. Quería quedar con ella. ¿Qué podía tener que decirle en persona que no pudiera decir en una carta? El único tiempo que habían pasado juntos había sido conspirando para juntar a Sally y Jacob. Sería incómodo estar a solas con él sin un objetivo claro.

Pero, por otro lado, se habían besado. ¿Dónde había quedado la conspiración mientras las manos de él recorrían su cuerpo y las piernas de ella se ceñían a su cintura? Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Y todas sus conversaciones aparte que le habían revelado facetas de él que nunca habría esperado. Su familia. Su madre. La falta de cariño. La vulnerabilidad que compartió. No había segundas intenciones en esas conversaciones. Solo había conexión. Pura. Profunda. Un hilo entre su corazón y el de él que todavía tiraba de ella.

Al mirar el lugar y la hora que él sugería para el encuentro, supo que iría. Se lo estaba poniendo tan fácil que no tenía excusa. Tenía que reunirse con él. Como mínimo, quería darle las gracias en persona por ayudarla a hacer crecer su negocio. Y sabía exactamente cómo se las daría. La idea le dibujó una sonrisa en el rostro.

Y si eso era todo lo que hacía, sería suficiente. Tendría la conciencia tranquila para afrontar su futuro sabiendo que James y ella podían ser amigos. Amigos. La palabra le dio vueltas en la lengua. Ser amigos estaba bien.

Pero antes de aceptar la amistad como el estado final de su relación, tenía que darles una última oportunidad.

***

JAMES NO PARECÍA darse cuenta del golpeteo incesante de su pie, pero si le hubiera preguntado al césped, este, sin duda, y con gran pesar, lo habría notado. ¿Pero quién hablaba con el césped? James no. No estaba ensayando su discurso en voz alta. Mascullando las palabras y tropezando con las novedosas emociones que correteaban por su corazón. No, él no.

Y, desde luego, no era él quien soltaba un suspiro, resoplaba y se entrelazaba las manos por encima de la cabeza con la esperanza de que le entrara más aire en los pulmones.

Hacía un día caluroso, pero no tanto como para justificar el reguero de sudor que le bajaba por la espalda. Ni por el labio superior. Por trigésima tercera vez aquella tarde, se pasó una mano por la cara para secarse el exceso de humedad.

Y esperó. Con la mirada perdida en las colinas que escondían Bellator Manor en la distancia. El lugar de residencia de Joan.

No quería darle ninguna razón para no acudir a la cita, pero sí quería darle la opción de elegir. Así que le había indicado que se reunieran en su propia propiedad, en uno de los estanques. El plan era esperarla y, si no aparecía, se marcharía, tomándoselo como su respuesta definitiva. Y quería pensar que, si no aparecía, llevaría a cabo su plan. Pero una parte de él, nada pequeña, que se revolvía en su interior no estaba muy segura de no acabar plantándose en su casa para forzar el encuentro.

Afortunadamente, no tuvo que tomar esa decisión. Allí, coronando la colina, estaba Joan. Con una mezcla de tonos salvia y verde esmeralda que la hacían parecer radiante, a James le flaquearon las rodillas. Y, por fin, se dio cuenta del golpeteo de su pie, que detuvo.

Quería correr a su encuentro, pero, más importante aún, no quería espantarla. El que había estado asustado antes era él. Asustado del matrimonio y de un futuro. Ahora lo esperaba con los brazos abiertos. Literalmente.

Cuando Joan llegó por fin a su lado, pudo ver el temor en sus ojos. Pudo sentir el muro invisible que había erigido a su alrededor, y odió que necesitara hacerlo para protegerse. Pero ya le contaría todo eso a su debido tiempo.

Sin abrazos, por ahora, la saludó con una palabra amable, temiendo que pudiera romper el cristal que la rodeaba. Luego, la cogió de la mano y los guio hacia un pequeño bote de remos.

—¿De verdad vamos a subirnos a esa cosa? —inquirió Joan, enarcando una ceja.

—Pues sí.

—¿Tengo que recordarte lo que pasó la última vez que nos subimos juntos a un bote de remos?

—No hace falta que me lo recuerdes. Me acuerdo. Y esta vez, quiero hacerlo bien. —Sacó un par de medias de repuesto del bolsillo y las agitó en el aire.

Y entonces ella hizo exactamente lo que él había predicho, pero con un impacto mucho mayor en su corazón de lo que había imaginado.

Se rio. Una carcajada profunda, que le salía del vientre. De esas que a veces uno espera durante meses y, cuando por fin llegan, uno se recrea en ellas y las alarga para exprimir hasta la última gota de placer.

Él se rio con ella, sintiéndose aliviado al instante. Se acabaron los golpeteos con el pie. Se acabaron los ensayos de frases. Estaba en el momento presente con ella. Con la mujer con la que quería estar. Solo esperaba poder convencerla de ello. No estaba preparado para decirle que la amaba, pero sabía que sentía más que simple afecto. Podía convencerla de que, algún día, el amor florecería. Al menos ahora podía admitir que el amor probablemente existía.

Su risa lo hipnotizó. Lo envolvió. Llenándolo hasta rebosar. Y justo al final de su carcajada, le echó los brazos al cuello.

Atónito, dejó los brazos colgando a los lados. No era un abrazo apasionado. Ella no desprendía ninguna tensión sexual. Era, pura y simplemente, un abrazo de agradecimiento.

No se daba cuenta de lo que le estaba provocando en ese momento. James nunca había sentido un contacto físico como aquel.

Agradecimiento.

Admiración.

Confianza.

Respeto.

Pertenencia.

...Amor.

James parpadeó con fuerza ante el escozor que sentía en los ojos. Justo cuando pensaba que Joan iba a terminar el abrazo, ella lo miró.

—Gracias por eso, James. Lo necesitaba. Eres un buen hombre—. Ternura, afecto, calidez. Sus ojos rebosaban dulzura. Para él.

Poco a poco, él levantó los brazos para atraerla hacia sí y le frotó la parte baja de la espalda. —Gracias a *ti*, Joan. No tienes ni idea de cuánto necesitaba esto.

Abandonando por ahora el plan de la barca, retiró los brazos y tiró de ella para que se sentara en la hierba a su lado.

—Creo que deberíamos hablar de la noche en la terraza. —Nunca habían hablado de ello en realidad, y ya era hora. Después del beso, se había sentido sacudido hasta la médula. Pero apenas podía admitírselo a sí mismo, y mucho menos explorar esos sentimientos compartiéndolos con Joan. Sacar el tema ahora con ella era arriesgado, pero era un riesgo necesario. Le temblaban las piernas y agradecía estar sentado en la hierba. Lo mantenía con los pies en la tierra. Le recordaba que, aunque parecía que se jugaba demasiado, la tierra seguiría ahí si ella lo rechazaba. El mundo seguiría girando. El sol seguiría saliendo. La hierba seguiría creciendo. Inhaló profundamente y exhaló, en busca de paz.

—Todo olvidado, James. No hace falta hablar de ello.

—Aun así, quiero compartir mi punto de vista contigo. —Puede que ella no viera la necesidad, pero él sí. En cierto modo, le sorprendía que no quisiera hablar de ello. Y no estaba seguro de si se debía a los nervios, a la incomodidad, al decoro o a que de verdad no le importaba. Esperaba que no fuera esto último.

—No hace falta…

—Por favor, Joan. —Suplicaría si hiciera falta. Era imperativo que explorara estos sentimientos con ella.

—Te escucho —, concedió ella mientras empezaba a juguetear con la hierba que había entre los dos.

—Al principio, cuando estábamos juntos, teníamos un propósito. Un objetivo común. Era entretenido conversar contigo y aprender cómo funcionaba tu mente. De alguna manera, éramos capaces de comunicarnos con gran facilidad.

Observó cómo Joan asentía con la cabeza.

—Luego, aquella noche en el jardín… Cuando nos besamos —vio el rubor en sus mejillas y sintió un revoloteo en su propio estómago—, algo cambió. Para mí. No sé para ti...

—Para mí también cambió algo —, convino ella en voz baja, sin mirarlo directamente a los ojos.

—En conjunto, he sido testigo de tu poder con la espada, de tu camaradería con tus hermanas, de tu inteligencia para conspirar y de tu imprudencia a mi lado.

—No soy imprudente —, se defendió ella con una rápida mirada, pero luego volvió a clavar los ojos en las suaves briznas verdes.

—Quizá entonces saco lo mejor de ti —, bromeó él, esperando captar su mirada.

Pero su respuesta consistió en un murmullo: —Quizá.

—Pero la llama se apagó cuando vi las manos de lord Tamely sobre ti. Lo vi todo negro. Negro por él. Quise llamarle la atención. Pero tampoco quería darle más importancia de la que tenía. La gota que colmó el vaso fue cuando desafió mi protección sobre ti.

James alargó el brazo y tomó la mano de Joan entre las suyas. No podía creer que estuviera haciendo aquello, pero había llegado el momento. Era la hora de dar un paso al frente y ser un hombre. De

ir a por lo que quería. De abrirse a la posibilidad de que le hicieran daño con la esperanza de conseguir lo que necesitaba.

—Esto no ha surgido como esperaba. Demonios, más que nada porque nunca lo habría previsto. Tú. Joan. Pero de alguna manera me has hecho creer en el amor. Me lo has demostrado. Siento algo cuando te miro a los ojos. Hablo contigo. Te escucho. Quiero saberlo todo de ti y quiero compartirlo todo de mí contigo. Quiero que seas mía. Quiero un futuro contigo.

—¿Qué estás diciendo, James?

—Estoy diciendo —hizo una pausa, frotando su pulgar de un lado a otro sobre los nudillos de ella—, que eres poder, inteligencia y belleza combinados. Nunca pensé que una mujer como tú pudiera existir. Y entonces nos encontramos. Eres leal. Amas a tus amigos y a tu familia con fiereza, deseando solo lo mejor para ellos. Pero también sabes cuándo defenderte y vivir tu vida plenamente.

Le apartó un mechón de pelo tras la oreja. —Me haces feliz. Cuando me has abrazado hace un momento, he sabido sin ninguna duda que mi sitio está aquí. Que estamos destinados a estar juntos. Te estoy diciendo… No puedo creerme que lo esté diciendo, pero sé que es verdad. —El corazón de James latía con fuerza en su pecho. Como un tigre que ruge sabiendo que ha estado cautivo demasiado tiempo, deseando ser libre. Deseando amar. Y ser amado. Se la jugaba, lo arriesgaba todo por Joan. Si ella lo rechazaba, no estaba seguro de poder permitirse volver a amar. Pero ese tigre, su corazón, necesitaba ser libre para vivir, para campar a sus anchas y sentirse plenamente vivo.

Así que James hizo lo más temerario que había hecho en su vida. Se abrió a un futuro sin ataduras. —¿Te quiero, Joan. ¿Quieres casarte conmigo?

Capítulo 20



«El amor es la fuerza más poderosa del mundo».

-Juana de Arco

DECIR QUE ESTABA sorprendida era quedarse corto. ¿La amaba? ¿Quería casarse con ella? ¿No solo protegerla del escándalo? Era demasiado bueno para ser verdad. Por lo tanto, no podía serlo. ¿Quizá le estaba mintiendo? ¿Exagerando la verdad? ¿Hiperbolizando sus sentimientos? Cuando pensaba en él, en sus profundos ojos azules, su actitud despreocupada, pero su alma bondadosa, sabía que tenía la capacidad de amar. Pero ¿cómo podía estar segura de que la amaba? Y tan de repente.

—¿Cómo sabes que me amas? —preguntó Joan con cautela.

Él se pasó la mano por el pelo antes de levantar la vista y responderle.

—No he estado con ninguna mujer desde que empezamos a hablar. Espera. Antes de que digas nada, sí, para mí eso es mucho tiempo. Y sí, siempre tengo la oportunidad de llevarme a una mujer

a la cama. Pero desde que estoy contigo, ni siquiera he mirado a otra mujer. No quiero a nadie más. No me di cuenta hasta que nos besamos. Y luego tuvimos el incidente con lord Tamely. Cuando su mano estaba sobre ti, solo podía pensar *«mía»*. No quería que nadie más te tuviera. Te quería a ti. Quería protegerte. Quiero protegerte.

—No sé qué decir. —El corazón de Joan latía desbocado, pero, aun así, todavía no podía darle el sí.

—Veo que dudas. Dime qué te lo impide. —Sus palabras eran curiosas, pero su tono era exigente. Desesperado.

Y supo que tenía que ser sincera. Al fin y al cabo, habían sido honestos el uno con el otro y, en general, se habían comunicado bien. No debía reprimirse ahora.

—Eres un libertino —dijo finalmente, y al instante se arrepintió al ver cómo se le ensombrecía el rostro.

Él le cogió las manos y sus ojos sinceros suplicaron a los de ella.

—Esa parte de mi vida ha terminado. Si nos casamos…, cuando nos casemos, te seré fiel. Eres la única mujer para mí.

Sabía que era verdad. Incluso decir ahora que era un libertino le había parecido injusto. En los últimos días había visto cualquier cosa menos a un libertino.

—Te creo, James. Sé que eres leal. Pones a tus amigos por delante en tu vida. Lo he visto con mis propios ojos. Sé que tienes buen corazón.

—Entonces, ¿por qué no me das el sí?

—Y tengo que decirte algo que podría hacer que cambiaras de opinión sobre todo. —Arrastró los pies, evitando su mirada.

—Dímelo —la animó él—. Puedes contarme cualquier cosa.

Con un profundo suspiro, Joan dijo:

—Te he estado ocultando un secreto.

Vio cómo las cejas de él se fruncían, formando profundas arrugas, y cómo apretaba la mandíbula.

—¿Qué clase de secreto?

—Es sobre el reto del duque.

—¿Qué es el reto del duque?

Joan se cubrió la cara.

—Estoy tan avergonzada… No sé si puedo decírtelo.

—Dímelo y ya está. No puede ser tan malo.

—Lo es… —las palabras sonaron ahogadas a través de sus dedos.

Con suavidad, James le apartó los dedos de la cara.

—Dímelo, Joan.

—Prométeme que no me odiarás después de que te lo cuente. Incluso si retiras tu propuesta, prométeme que podremos seguir siendo amigos.

—¿Amigos? Teniendo en cuenta lo que siento por ti, no estoy seguro de poder hacer eso…

—Solo prométemelo, por favor, James.

Él asintió. A ella le habría gustado insistir para que se lo prometiera de palabra, pero, teniendo en cuenta la expresión sombría de su rostro, tendría que bastarle con el gesto.

Era más fácil decirlo rápido, así que Joan dejó que las palabras salieran atropelladamente:

—Mis hermanas y yo nos retamos a cortejar a un duque esta temporada.

Y entonces esperó.

—¿Y?

—¿Y? —se burló ella—. Y soy una persona horrible por intentar atraparte para que te casaras conmigo basándome únicamente en que eres duque. A ver, no es que mis hermanas sean malas personas. Son maravillosas. Pero tienen buenas intenciones. Aunque supongo que he oído decir que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones... Da igual. Esto va sobre mí. Soy una persona horrible.

James echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No tiene gracia, James.

Ahora estaba doblado por la mitad, sujetándose el costado.

Finalmente, logró decir: —Joan, tu inocencia es encantadora.

—Puedo ser perversa. —No estaba segura de por qué defendía esa idea, pero ya lo había soltado. Valió la pena, porque el brillo en los ojos de él le dijo que se alegraba de oírlo.

—Sí. Lo sé. —Le guiñó un ojo.

—Joan, querida… —Su nombre, sumado a aquel apelativo cariñoso, le provocó un escalofrío cálido por todo el cuerpo—. ¿Has intentado atraparme?

—Bueno, supongo que en realidad no.

—Me alegro de oír eso —dijo él con una sonrisa embriagadora.

—Que sepas que, si me hubiera propuesto atraparte, lo habría hecho de maravilla.

—Sabes..., ahora que lo pienso..., sin siquiera intentarlo, me has atrapado más de una vez... el bote, el jardín, la terraza. Eres una auténtica diablesa. —James se dio unos golpecitos juguetones en la barbilla con el dedo—. Y me has robado el corazón...

—¿Lo he hecho?

—Sí. Es lo que he estado diciendo, Joan. Te quiero.

—Pensaba que a lo mejor solo lo decías para que me casara contigo.

James se rio. —Para empezar, sí, estoy intentando que te cases conmigo. Pero eso es porque te quiero. En segundo lugar, jamás diría esas palabras a la ligera. Nunca se las he dicho en voz alta a nadie.

—¿No?

—Ni a un alma.

—Entonces, ¿solo a mí?

—Sí. Solo a ti, Joan. Solo a ti.

El calor que había estado reprimiendo, la alegría que había estado conteniendo, la esperanza que había descuidado... Lo dejó salir todo. Le echó los brazos al cuello a James y dejó que las lágrimas corrieran.

—Yo también te quiero, James.

La mano de él le frotó la espalda en lentos círculos, mientras le susurraba al oído la pregunta que ella esperaba que le hiciera: —¿Por qué me quieres?

—Te quiero porque eres atento. Valiente. Fuerte. Eres leal. Tienes un fuerte sentido de la moral. No te rías. Es verdad. Puede que tengas tu propio concepto de lo que está bien y lo que está mal, pero lo tienes. No puedes convencerme de lo contrario.

—Ni lo intentaría.

—Bien. Porque te quiero por quien eres, James. Quiero... —se detuvo, insegura de si debía compartir o no su visión del futuro con

él.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —Le dio un beso suave en el cuello.

Le dejó besarla unas cuantas veces más hasta que le ahuecó la cara y juntó su frente con la de él. Con un susurro, dijo: —Quiero tener hijos contigo, James. Quiero darles todo el amor del mundo. Serás el padre más magnífico. Les enseñarás a arriesgarse. A encontrar la felicidad.

Con la yema del pulgar, Joan secó una pequeña lágrima que caía de la comisura del ojo de James. —Quiero tener pequeños James correteando por ahí.

—Y pequeñas Joans —añadió él con voz ronca.

Ella asintió. —Sí. Quizá incluso varios de ellos, todos juntos. Seremos la familia más feliz. Llena de amor y alegría.

James cerró los ojos con fuerza. —Sí. Eso es lo que quiero contigo.

—Demuéstrame que me quieres, James. —Joan se recostó sobre la hierba, atrayendo la cara de él hacia abajo con la suya.

—Te lo demostraré cada día, cariño.

—Demuéstramelo ahora.

Sus ojos le recorrieron el cuerpo y sus pechos se agitaron como respuesta. Podía sentir cómo se le endurecían los pezones.

—Quiero que sea especial, cariño.

—Lo es. Acabamos de confesarnos nuestro amor. Por favor. No te limites a decirlo. Demuéstramelo.

Le acunó la mandíbula con la palma de la mano. Con la otra, le apartó un mechón de pelo de detrás de la oreja.

—No puedo negarte lo que quieres.

—¿Nunca?

—Nunca —dijo, y se giró para colocarse sobre ella, apoyando los codos a ambos lados de su cabeza—. Inclinó la cabeza y le depositó un beso púdico en la mandíbula. Luego, la pureza desapareció mientras seguía besándola. Por el cuello. Detrás de la oreja. Bajo la barbilla. Por la clavícula.

—¿Quieres que te demuestre cuánto amo cada parte de ti?

—Sí, James —jadeó—. Cada parte de mí.

Deslizó un dedo por debajo del corpiño de su vestido.

—Veo que tienes los pezones duros. ¿Es por mí, cariño?

El placer le recorrió el cuerpo en una oleada desde su centro hasta los pechos. La estaba controlando casi sin tocarla. Sus entrañas ya no le obedecían. Solo escuchaban su cálido aliento, su suave tacto y sus palabras.

¿Debería sentirse escandalizada por su lenguaje tosco? Quizás, pero estaba cautivada.

—Sí, es todo por ti, James.

—Bien. Entonces les agradeceré su atención —su lengua recorrió el pezón turgente de ella. Soltó un grito.

—Grita todo lo que quieras, Joan. No hay nadie que pueda oírnos —cuando le lamió el pezón de nuevo, ella emitió un gemido inarticulado.

—Me encanta volverte salvaje, cariño.

—No estoy… —un aliento entrecortado escapó de sus labios— salvaje.

—Haré que grites mi nombre y gimas sonidos que no sabías que existían —un suave pellizco en el pezón. Un círculo alrededor de la punta. Una succión. Se llevó el pecho a la boca y le dio un pequeño

mordisco. Su mano se deslizaba por debajo de su vestido, rozándole la piel como una pluma. Pasando por la rodilla, bailando por su muslo. Por la cara interna del muslo.

Ella vibraba de necesidad. De calor. Pulsaba de deseo. De anhelo.

Sus gemidos venían ahora de todas partes.

—¿Te gusta?

—Todo, James. Todo. Te deseo —estaba suplicando, pero no le importaba. Su cuerpo buscaba algún tipo de liberación, y sabía que él era capaz de dársela. De guiarla hasta ella y quizás incluso más allá.

—¿Me deseas, cariño? ¿Entero? Soy bastante grande. ¿Crees que podrás con todo?

—Sí —susurró en un grito—. Voy a cogerte entero, James. Amo cada parte de ti.

Él se desabrochó la bragueta y Joan levantó la cabeza para mirar. Pudo ver su erección sobresaliendo. Era grande. No estaba en absoluto convencida de poder aceptarlo dentro de ella, pero estaba totalmente decidida a tenerlo todo.

A pesar de estar tumbada sobre la hierba, sentía como si estuviera nadando. Como si aquello no fuera real. Como si lo que estaba a punto de ocurrir no pudiera estar pasando. Él había sido un libertino de notoriedad, y la estaba eligiendo a ella para pasar el resto de su vida.

Las mujeres se peleaban por hombres como él, y todo lo que ella había hecho era ser ella misma.

—¿Estás lista, Joan?

Ella asintió, preparándose para su entrada, y cerró los ojos.

James chasqueó la lengua. —Abre los ojos, cariño. Mírame. Quiero que veamos el placer del otro —mientras hablaba, deslizó un dedo en su interior.

—Dios, estás tan húmeda, Joan. Para mí. —Sacó el dedo de ella y se lo chupó—. Dios mío, estás deliciosa. Necesito saborearte más.

El cuerpo de Joan ardía. Sus pechos se arquearon hacia el cielo mientras la lengua de él lamía su botón. Podía sentir cómo la lengua de él se engrosaba contra ella; un cálido cosquilleo le recorrió los labios. Un anhelo de más placer la invadió. Entonces, su lengua se afinó y jugueteó con su perla.

—James —gritó, arqueándose sobre la hierba.

Él emitió un zumbido de júbilo. —Eso es lo que quiero oír, cariño.

—James —gimió, sin saber qué hacer consigo misma. Volvió a bajar el cuerpo y hundió las manos en su pelo.

—Eso es, sujétame con fuerza. ¿Dónde me quieres?

—Justo. Así. —Tendría que conformarse con frases de una sola palabra.

Sus manos se hundieron bajo su trasero, acercándola más a su boca. Su lengua se engrosó y la presionó una y otra vez.

—¡Sí. James. Sí! —gritó. Un placer al rojo vivo la desgarró, robándole todas las fuerzas. Su cuerpo se quedó flácido.

—¿Estás lista para mí, Joan?

—¿Aún hay más?

James rio entre dientes. —Mucho más. Pero solo un poco más por hoy.

Ella entreabrió los ojos, clavando la mirada en la punta húmeda de su polla. —¿Eso es *un poco*?

—Es la cantidad perfecta para ti. Si estás lista.

—Sí, James. Te deseo.

Él agarró la base de su polla y la presionó contra su entrada. La punta, donde estaba la humedad, se sintió fría. Pero entonces sintió su calor. Su sólido calor.

Sintió cómo se hundía en ella. Unos centímetros.

Él gimió y Joan sintió que su cabeza se ladeaba. Era la perfección, y ella estaba a punto de abrazarlo por completo, de la manera más carnal posible.

—Más —suplicó.

—Te lo daré todo, cariño. —La penetró unos centímetros más, dejando que su cuerpo se adaptara. Podía sentir cómo le temblaban las piernas a él y supo que estaba usando toda su fuerza de voluntad para contenerse.

—Ahora, James. Lo quiero todo. No te contengas más. Te quiero. —Este era el hombre que amaba. Al que nunca dejaría de amar. Sus hombros eran lo suficientemente anchos como para soportar muchas cargas. Para protegerla. Y a pesar de todo, era fuerte y estaba dispuesto a abrirse. Lo amaba por todo lo que era, y sabía que él la amaba. Esta era la verdadera plenitud.

Él la embistió hasta el fondo. Sintió su cuerpo chocar contra el de ella. Gritó su nombre. Un placer puro recorrió cada célula de su cuerpo.

—Sí, James. Otra vez.

Con un gruñido, la embistió.

—Eres tan grande, James. Puedo sentirte por todas partes dentro de mí. —Gimió ante el placer que se acumulaba en su interior.

—Dios, Joan, nunca he sentido nada igual. Eres una diosa. Tu coño es mágico. Fue hecho para mí. Te necesito.

—Cógeme. —Embestida—. Cógeme. —Embestida—. ¡Cógeme! —gritó. Embestida.

Un remolino de estrellas envolvió la cabeza de Joan mientras un orgasmo la abría en canal.

James embistió una última vez y gruñó. Su rostro resplandeció en el momento exacto de su placer, y fue lo más hermoso que ella había visto en su vida. Esta era su vida. Su futuro. Su amor.

Joan se giró para mirarlo y, con los ojos entrecerrados, dijo: —Por si no ha quedado claro, mi respuesta a tu proposición es sí.

Epílogo



—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? —Joan observaba con ansiedad cómo James le tiraba del vestido. No es que fuera un vestido especialmente importante, pero no estaba segura de querer que le rasgara aquella tela tan bonita.

Como si fuera lo más normal del mundo levantarle el bajo de las faldas y examinarle la zona de los tobillos, James respondió con naturalidad:

—Estoy buscando un lunar. —Ni siquiera asomó la cabeza para guiñarle un ojo. Por lo visto, no bromeaba.

—¿Un lunar? —Aquello prometía ser interesante. ¿Qué podría haberle llevado de repente a buscar una marca como un lunar en su piel?

—Sí. —Eso fue todo lo que dijo. Sin explicaciones. Sin justificaciones. Se limitó a seguir alborotándole las faldas hasta subírselas a la altura de la cintura—. Por favor, sujétalas. —Le puso las capas de tela en las manos.

—¿Por qué?

—Para poder seguir con mi búsqueda. —Como si eso respondiera a la pregunta.

—No, ¿por qué estás buscando un lunar, para empezar? —Joan sintió que se retorcía, un poco molesta. ¿Podía ser más evasivo aquel hombre?

—Se me ha olvidado comprobarlo antes. —Sí, por lo visto, podía serlo.

Aquel hombre era desesperante. Seguía sin ofrecer ningún motivo para sus actos.

Después de que ella aceptara su proposición y de que hicieran el amor sobre la hierba, fueron a contárselo a la familia. Sus hermanas estaban entusiasmadas y, en cuanto su padre regresara de sus viajes, sabía que él también compartiría su alegría. James se había quedado a cenar y luego los dos se habían escabullido a la habitación de ella para pasar la noche, que era donde se encontraba ahora, con las faldas arremolinadas en los brazos. Sintiéndose, la verdad, un poco expuesta, a pesar del estado vulnerable en el que había estado antes al aire libre.

—Muy bien, James, pero ¿por qué demonios estás buscando un lunar?

—Un lunar con forma de luna, para ser exactos. En el trasero.

—James —exigió—. ¿Vas a explicarte o a hablar con rodeos?

Él se dio un golpecito en la barbilla. —¿Debo explicarme? Mmm… ¿O debería guardarte un secreto?

Joan dejó caer las faldas, atrapando la cabeza de James con el movimiento. Él se rio y sacó la cabeza de entre sus piernas.

Una vez que tuvo su atención, se cruzó de brazos y lo miró fijamente. —Secretos no, James.

—De acuerdo.

—Les dije a los Betting Buddies que la única forma de que me enamorara sería si conocía a una chica que me besara en el ojo, a la que le gustara el nombre December y…

—¡No lo hiciste! —Joan le dio una palmada en el pecho.

James se rio entre dientes mientras le ponía las manos en la cintura. El calor se extendió desde sus manos hasta el corazón de ella.

—Sí que lo hice.

—Es ridículo. —A pesar de lo ridículo que era él, las manos de ella acabaron por entrelazarse con el pelo de su nuca.

—¿Quieres saber qué es realmente ridículo? —le sonrió él.

—¿El qué?

—Que hasta ahora has cumplido dos de las tres condiciones.

—¿Y qué pasa si no encuentras un lunar con forma de luna?

—Nada.

—Entonces, ¿para qué te molestas en buscar?

—Para satisfacer mi curiosidad. —Le dio un golpecito en la nariz—. Puedes ahorrarme tiempo y decirme si voy a encontrar uno.

—Podría…, pero no lo haré. —Le besó suavemente los labios—. Necesito saber una cosa. Recuerdo las conversaciones sobre los nombres. December suena muy bonito. Pero ¿cuándo te he besado yo en el ojo? —Joan se devanó los sesos intentando recordar algún momento en el que se pudiera haber confundido con que le había besado en el ojo. Desde luego, no recordaba haber hecho tal cosa

en los jardines o sobre la hierba. Por más que lo intentaba, no se le ocurría cuándo podría haberlo hecho.

—En las barcas —respondió él con aire de suficiencia.

—¿El barco?

—Barcos. En plural. Yo estaba en uno y tú en el otro. Justo cuando me hundí, al chocar contra el agua, sacrificándome por ti, si me permites añadir.

—Fue un gran sacrificio. Uno que atesoraré siempre.

—Y uno que haría una y otra vez. Eres mía para protegerte. Por siempre jamás.

—Y esa es solo una de las razones por las que te quiero —lo estrechó en un abrazo.

—Y tus abrazos son solo una de las muchas razones por las que te quiero. —Sintió los labios de él presionar su sien y recordó por qué había sabido que era el hombre de su vida. Todavía le resultaba un poco chocante pensar que él la quisiera. Que de todas las mujeres que podría haber elegido, la había escogido a ella. Que él la eligiera la hacía sentirse especial. Ya no era solo una tercera hija que buscaba un lugar al que pertenecer, sino una mujer que destacaba.

—¿Volvemos a ese supuesto beso en el ojo?

—Sí. Tus labios entraron en contacto con mi ojo justo antes de que me estrellara contra el agua. Lo cual me hace darme cuenta de que fuiste tú la que dio el primer paso.

—¿Qué?

—Sí. —La apartó hasta mantenerla a un brazo de distancia, mirándola a los ojos. Ella podía sentir su intensidad envuelta en regocijo—. Sí, ahora que lo pienso… Tú eras la pícara desde el

principio, ¿a que sí? —Su pulgar le acarició la mejilla. La ternura casi fue su perdición. Pero primero tenía que aclararle las cosas.

—Yo no di el primer paso. Y eso no fue un beso.

—Fue un beso. Tus labios tocaron mi ojo. Por lo tanto, un beso. Y… —levantó un dedo en el aire—, si no recuerdo mal, fuiste tú quien primero llamó mi atención sobre Sally y Jacob. Así que sí, tú fuiste la instigadora todo este tiempo. Quizá, después de todo, hiciste un trabajo maravilloso para atrapar a un duque.

—Todo eso es discutible.

—Claro que lo es —dijo él en tono conciliador, con una sonrisita.

—Lo es. —Y quería discutirlo más, pero él le estaba deslizando el vestido por los hombros mientras depositaba suaves besos en su cuello y descendía por su hombro.

—Sí, lo es.

—Empieza a sonar como si fueras a estar de acuerdo conmigo sin importar lo que diga ahora mismo.

—Sí, estoy de acuerdo —murmuró, dándole más besos. Y luego añadió unos cuantos mordisquitos mientras ascendía de nuevo por su cuello.

—¿Vas a dejarte llevar o vas a ir a buscar ese lunar?

—Tengo tiempo para encontrar ese lunar más tarde. Por ahora, me dejaré llevar hasta el cielo con mi diosa.

***

¿Quieres más de Joan y James? Lee el epílogo extra.

A continuación, en esta serie, lee a Mimi y Sam en Le rebelde del duque.

Si te perdiste el Libro 1 con Boudicca y Wes, lee La solterona del duque.

Si quieres leer más historias picantes, empieza con ¡Bravo duque, pero qué frío!

¡Gracias por leer!



¡Gracias por leer! Suscríbete a mi boletín y recibe escenas extra, contenido exclusivo y un libro gratis.

Otros títulos de Eliana Piers



The Good Dukes

¡Bravo duque, pero qué frío!

¡Bravo duque, pero qué duro!

¡Bravo duque, pero qué malo!

¡Bravo duque, pero qué caída!

¿Bravo duque, dónde has ido?

¡Bravo duque, pero qué rebelde!

¡Bravo duque, pero qué salvaje!

The Ashbourne Legacy

El bribón y la bibliófila

El farsante y la física

El casto y la cautivadora

El rebelde y la rosa

El libertino y la lectora

El perezoso y el petirrojo

La espía y la solterona

La boda del legado Ashbourne

Dukes for Christmas

Una bella para un duque

Una chispa para un duque

Un sueño para un duque

Una nieve para un duque

Una malvada para un duque

The One With the Wanton Woman

El de la canalla y la lectora

El de la novia curvy del duque

El del duque, un escándalo y muérdago

El del duque redimido

El del duque rebelde

El del duque canalla

El peor duque… ¡pero qué encanto!

El mejor duque… ¡y se nota!

Duke Dare

La solterona del duque

La diosa del duque

La rebelde del duque

La dama del duque

Y si buscas algo un poco diferente, Eliana Piers escribe comedias románticas picantes como Lana Piers.

Lit Creek

Encendida por el mejor amigo de mi hermano

Encendida por mi segunda oportunidad ardiente

Encendida por mi jefe sexy e insoportable

Encendida por mi flechazo provincial

Encendida por el hermano de mi mejor amiga

Lit Creek Fire Department

Mi falso novio ardiente

Mi mejor amigo ardiente

El papá ardiente de mi hijo

Mi nuevo y ardiente roomie

Lit Creek Holidays

Halloween con el hermano de mi mejor amiga

Jingle y besos en el béisbol – La competencia ardiente

Decoraciones, damas de honor y decadencia en Bourbon Street

Calgary Courage

Juego falso, amor verdadero

Juego falso, pasión verdadera

Juego falso, nosotros verdaderos

Juego falso, verdaderos problemas

Juego falso, verdadero corazón

Lit Creek Billionaire series

Lit Creek Blue Collar series

Agradecimientos

Hay demasiadas personas a las que quiero agradecer—demasiadas para una sola página. Así que tuve que hacer una lista corta. Papá: ¡Tienes tantos personajes que no puedo seguirte el ritmo! ¿Qué sigue? ¿Misterios romcom? Jeje.

Esposo: Gracias por tu apoyo y por permitirme escribir exactamente lo que amo. Y gracias por TODAS las charlas de hockey. Ahora incluso sé qué es un B-U-G. Y mucho más. Eres el mejor.

Lectores beta: Tengo tanta suerte de haber encontrado lectores tan maravillosos que me han ayudado a mejorar mis historias :D

¡Morgan Evans! ¿Qué hacía sin ti? Gracias por ser tan increíble y asegurarte de que no pierda la cabeza. No es un trabajo fácil, ¡pero lo haces fantástico!

Equipo ARC y de calle: ¡GRACIAS! Gracias por la emoción, las publicaciones, los compartidos y TODO EL AMOR.

Lectores: A todos los que leyeron este libro: ¡GRACIAS! Espero que se hayan reído, sonreído y simplemente se hayan sentido bien mientras lo leían.

Sobre la autora

La galardonada y autora superventas internacional Eliana Piers ha estado escribiendo y cantando historias desde los cinco años. Inspirada por autoras como Julia Quinn, Tessa Dare, Meghan Quinn y Tessa Bailey, Piers decidió probar su pluma en el papel. Escribir sobre el amor y cómo dos personas llegan a conectar y compartir partes de sus almas se ha convertido en una obsesión. Lana Piers es el alter ego de romance contemporáneo de Eliana Piers. Piers vive en Canadá, donde nunca hace demasiado frío para un frappé y nunca se es demasiado mayor para amar un HEA OTT.